

45 días por año



Mar del Olmo

45 DÍAS POR AÑO

Mar del Olmo

Índice

[45 DÍAS POR AÑO](#)

[Sinopsis](#)

[Momento de presentaciones](#)

[Vibrando](#)

[Soco y Papá](#)

[Comida familiar](#)

[La boda](#)

[El ascenso](#)

[Pablo quiere hacer bebés](#)

[Mientras Elena tiene una aventurilla](#)

[Un Afterwork](#)

[Nos vamos de excursión](#)

[Jessi tiene un secreto](#)

[Dos son compañía, tres multitud y cinco una manifestación no autorizada](#)

[De ITV](#)

[Creo que ya llega el bebé](#)

[ERE que ERE](#)

[Nuevos aires, Buenos Aires](#)

Sinopsis

Ana es una cuarentona exigente y un poco autodestructiva pasando por todas las crisis.

Crisis sentimental, con un marido que le aporta poco. O mejor, que no le aporta lo que ella silenciosamente quiere que le aporte y nunca se atreve a pedirle. El eterno debate femenino.

Crisis laboral, agobiada ante las nuevas generaciones que vienen pisando fuerte y esgrimiendo unas armas que a ella se le caen por el propio peso y el efecto de la gravedad y los años.

Y crisis personal, porque siente que en ningún sitio está del todo satisfecha.

Ana necesita un cambio, lo que no tiene muy claro es qué es lo que quiere cambiar exactamente, entre otras cosas porque nunca tiene tiempo para dedicarse a sí misma y pensar. Tanto, que se dejará llevar hasta que sea la vida la que tome decisiones por ella.

© Mar del Olmo
© 45 días por año

ISBN formato epub:

Impreso en España
Editado por Bubok Publishing S.L.

Reservados todos los derechos. Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Momento de presentaciones

Navidad. No me gusta nada esta época del año. Porque me paso dos semanas largas luchando contra una dieta que no hago pero en la que sí pienso constantemente.

A veces oigo voces en mi cabeza a las que no escucho. La voz de la otra Ana Gómez en lucha contra estos cuarenta y cinco años que me vienen grandes. Queriendo conquistar el cuerpo que me arrebataron los cuarenta. Peleando contra esta cruel etapa de la vida en la que como mujer me cuesta encontrarme bajo las adiposidades instaladas en mi abdomen y mis caderas que antaño entraban en una talla 38.

No quiero parecer pesimista, mejor hagamos repaso de mis logros: vivo en un adosado en un pueblo de Madrid. Es un pueblo de clase media media siendo generosa en la categorización. No soy de las que tienen un gusto exquisito para la decoración como mi hermana Elena. Mi casa está montada con muebles mitad heredados (y tres veces reformados y repintados) mitad de Ikea de la gama barata. Un “quiero hacer una casa con estilo Habitanía” y me queda de inmigrante de Lituania, vamos.

Tengo un marido que... ¿Cómo lo describo? Manu...es...distinto. Vago, pero no por maldad, o eso quiero creer. Tiene menos sensibilidad que un cactus. Eso sí lo creo firmemente.

Tengo dos hijos. Ahora mismo en edad muy complicada. Pero, ¿cuándo no me han resultado complicados a mí? No sé si fue una buena decisión querer ser madre. A veces son ellos los que dominan la situación. Y he leído en los libros de autoayuda para padres de hijos adolescentes que eso no es bueno.

Trabajo. ¡Tengo un trabajo! Con la que está cayendo, todo el mundo se empeña en decir que es una suerte. Y no digo que no, que yo no soy una ingrata, aunque también tiene sus peros. Me ha tocado en suerte el jefe más gay que pueda existir sobre la faz de la tierra. ¡Ese hombre salió del armario antes que del útero de su madre! Tiene una personalidad más retorcida aún que yo.

Y ciclos hormonales doblemente largos. Además, me juzga los estilismos y los kilos más duramente que ninguna otra mujer.

Y no puedo dejar fuera a mi querida familia. A la que este año he decidido invitar a cenar en Nochebuena en mi casa. Quién me mandaría. Dos vinos y me vengo arriba. Yo creo que en mi casa no vamos a entrar todos.

Mi padre, que es un triperero de cuidado, ha pensado que el mejor menú debería estar compuesto por langostinos, huevos rellenos, jamón del bueno, sopa de Navidad y cochinillo. Para reventar y llegar al año nuevo rodando como rosquillas rellenas. No ha habido posibilidad de negociación, sobre todo en lo que concierne al cochinillo. Fundamentalmente porque el muy lumbreras ha comprado un lechón, vivo, y me lo ha traído a casa para que yo lo vaya engordando. Dice que como tengo perro así el animalito se siente acompañado y feliz y no se le endurece la carne por el estrés. Al cerdo no, pero a mí sí. ¡Cómo me voy a comer a un bicho al que mis hijos le han puesto nombre!

Esto de tener jardín (la forma esnob que tiene mi familia de llamarle al pedacito de patio que tiene este claustrofóbico adosado) hace que te encasqueten todo lo que respira, bebe, come o estorba. Y a mí me ha tocado la cena. Pero de momento, está viva.

—¿Quién es lo más bonito de la casa? ¿Quién quiere al bebé? ¡A que me como esta tripita tan rosita tan rosita!

—Mamá, ¿no crees que te estás pasando con el cerdo? Ya verás como al final le coges cariño y volvemos a cenar sólo huevos rellenos en Nochebuena. ¡Joder, qué familia!

—¡Cuidadito con esa boca niño! ¡Eres tan insensible como tu padre! ¿No te das cuenta que si lo matamos relajado estará más tierno? ¿Tú de psicología poco, no? Llama a tu hermana y salid ya que llegáis tarde al instituto ¡y yo a trabajar! Tu padre en la cama, ¿no?

—¿Y dónde va a estar si no?

Decidido, me deshago del cerdo esta misma tarde y encargo un cordero. Y mi padre que se hinche a pan. Yo no ceno mascotas.

...

Odio conducir. Y es inútil hacerlo porque estoy obligada a coger el coche a

diario y hacerme cerca de cien kilómetros entre idas y vueltas al trabajo y algún que otro recado. De las cosas que más puedo aborrecer es perder el tiempo atrapada entre conductores adormilados y parados unos detrás de otros haciendo una fila sin sentido. Nadie espera conseguir nada gratis. No hay una muestra de perfume carísimo al final de esa interminable serpiente de luces rojas. Dentro de cada coche los hombres y mujeres se hurgan en la nariz, leen el periódico del día apoyado en el volante y se maquillan para estar presentables ante sus compañeros de trabajo. Salir cinco minutos más tarde me supone un retraso considerable. Aburrída me asomo a cada vecino de asfalto para meterme durante un segundito en su vida. Invento historias que me creo a pies juntillas. Debería proponerle a Borja que me deje escribir cada domingo un relato del atasco. Incluso podría ser el nombre de la sección. En cuanto llegue a la oficina lo hablo con él. O mejor lo dejo para otro día porque hoy llego con un considerable retraso y aún me queda encontrar aparcamiento. Ahora es cuando me acuerdo de Tom Cruise y sus películas de la saga Misión Imposible. A no ser que lo que ven mis ojos no sea un espejismo y eso de ahí es un alma caritativa abandonando un sitio a solo diez minutos del periódico. Un poco pequeño, me va a costar, pero lo meto como sea. ¡Como sea! Una maniobra. Dos. Diez y no hay manera de encajarlo. No es momento de ponerse a sudar, por favor. ¡Recién duchada no! Este sexto sentido que nos viene de serie me alerta de graciosillos en las proximidades. ¿He oído risas o me estoy poniendo paranoica? Pero por desgracia no es fruto de mi imaginación sino que hay dos canis chandaleros observando mi desastrosa maniobra. No son risas, son carcajadas. Listillos de mierda. Quien ríe el último ríe mejor, ya veréis como sí. Me planto frente a ellos con una chulería desconocida en mí, con los brazos en jarras para ponerme en situación y un poco a su nivel. Macarra. Desafiante. No se me da mal.

—¿Disfrutando?

—¡Un huevo! ¿Tú no?

—Pues mira, no. Me lo pasaría mucho mejor si fueras tú el que sudaras en el coche. ¿Sabes conducir niño?

— ¡Pues claro! ¡Mejor que cualquier tía! Esa mierda coche lo habría aparcado hace media hora y con los ojos cerrados vieja.

Voy a obviar la grosería porque partirle la cara no me viene bien ahora.

— ¡Demuéstralo! Porque mucha risita pero no hay lo que hay que tener para

meter el coche en ese hueco en menos de veinte segundos. Digas lo que digas.

El macarra entra en mi coche y en dos maniobras y con una sola mano me lo deja perfectamente aparcado.

—¿Ves qué fácil vieja? Si es que las tías deberíais coger el bus o quedaros en vuestra keli limpiando. Que lo único que sabéis llevar es el carro de la compra. Y con ese también os chocáis contra las estanterías del *carreful*.

—Tienes razón; manejamos carros de la compra y burros con escaso nivel intelectual. Porque me has aparcado el coche que es lo que yo quería y no te has ido a pillar a la Cañada Real con él que es lo que me temía, así que yo gano. ¿Quedamos mañana aquí a la misma hora y me lo aparcas otra vez?

Muy dignamente me doy la vuelta y me dirijo hacia la oficina mientras una retahíla de improperios me acompaña justo hasta la mismísima puerta. Anoto mentalmente el nombre del bar donde estaba mi querido nuevo amigo para buscar mañana sitio muy lejos de allí no vaya a ser que me espere y no precisamente para aparcarme el coche como hoy.

...

Hoy me he puesto un vestido ceñido. Algo inusual en mí. No me siento cómoda vestida para matar, lo mío es la ropa más bien holgada desde que al cumplir los cuarenta me empezaron a salir cúmulos de grasa donde antes había músculos bien definidos. Pero hoy quería probar mi adquisición de ayer. En plena locura de compras en unas Rebajas anticipadas, ayer me llegó la faja reductora que pedí a la Teletienda mi último día de insomnio. Menos mal que son pocas las noches en vela porque yo sería capaz de arruinar la economía familiar en una semana. Me gusta todo lo que venden. A las dos de la madrugada y con una copa de vino blanco en la mano los sentidos se me nublaron ante la sugerente figura de una mujer en la pantalla embutida en una horrible prenda ortopédica. Cuando se la quitaba, los michelines le colgaban flácidos hasta la rodilla y se le borraba la sonrisa. Su pelo no tenía vida y los labios carecían de color. Pero era colocarse la faja y... ¡chas! ¡Transformación! Lo mismo que me ha pasado a mí esta mañana. Ha sido ponérmela, y aunque respiro con dificultad, me siento divina. Ni rastro de los antiestéticos michelines en la cintura. El culo ha vuelto a su posición original y mi tripa a la que lucía a mis veinte años. Como perfecto acompañamiento, taconazos y pelo planchado. Igual que la mujer del anuncio de la Teletienda.

Le he copiado el “total look”. Cambio radical. Un atuendo atípico y especial en mí. Un día es un día.

Veo la sonrisa velada de Borja mientras avanzo por el pasillo. A éste no le puede pasar desapercibido el cambio. ¡Menudo ojo tiene el mariquita!

—Uy qué elegancia. ¡Vienes divina! Vestido ajustado. Incluso te has peinado. ¿A qué pelu has ido, *Chez Anita la de la Planchita*? ¿Qué plan tienes hoy?

—Conquistarte, ¡bombón! ¡Ñam!

—¡Quita loba! Que aquí venimos por dinero no por placer.

— Borja, no te vayas enfadado que era una broma. Que ya sabes cómo soy, incapaz de hablarte en serio.

Pero Borja no me oye. Se ha ido muy airoso pasillo arriba con su boli de pompón en una mano y su cuaderno fucsia en la otra, moviendo el culo de forma exagerada sin poder evitarlo.

— Mejor me siento a trabajar y no le doy más vueltas. Él es así. Y yo una bocazas. No aprendo nunca. No le gustan las bromas hetero.

Mensaje en el móvil: *Se ha producido una falta de asistencia de su hijo/a Marina a la clase de Historia de España el día 16 de diciembre.*

No doy crédito. La he dejado con tiempo de sobra en la puerta del instituto. Otra vez embadurnándose de rímel en el baño. Tomaré nota mental de matarla cuando llegue a casa. Le habré dicho mil veces que odio que me manden mensajes del instituto. A pesar de mi fundado enfado decido que tengo que meterme en faena si no quiero que me den las diez de la noche delante del ordenador. Aunque me resulta difícil concentrarme cuando estoy enfadada y no doy una con las teclas. He vuelto a enviar un mail despidiéndome con “un cordial salido”. Me cuesta creer que haya ningún salido cordial. Si eres salido no eres cordial, ¿no? Pero, ¿por qué me enredo yo sola en estas tribulaciones ridículas que no me llevan a ningún sitio?

Cuando levanto la cabeza para buscar inspiración, veo a Jessi, la becaria, aproximándose hacia mí. Jessi es un bombón relleno de veintidós años con más tetas que cerebro. Estas dos condiciones la hacen estar muy bien “considerada” a pesar de no ser capaz de hacer la O con un compás... Eso sí ¡es cariñosíiiiiisima! Con una pequeña excepción, sólo lo es si eres del género masculino. La inteligencia no le da para ser mordaz con el resto pero por

alguna extraña razón, a todas las compañeras de la oficina nos cae francamente mal.

—Ana, ¿tienes un Tampax?

—No, lo siento.

—¡Ay perdona, que a lo mejor ya no usas!

No soy capaz de discernir si me está tirando un dardo envenenado o si realmente siente haber podido ser inoportuna.

—Mira bonita, si piensas que no uso Tampax es porque tú no usas el hueco donde debería estar tu cerebro. ¡No te jode la niñata! Yo en el bolso llevo las Tena Lady porque me río muchísimo y no puedo controlar los escapes. Pero si quieres te presto uno, que también te sirve. ¡Ah! Y no olvides que la cara con el pegamento se pone hacia las bragas para que no te depiles cuando te las vayas a bajar... Si es que llevas, claro.

Creo que la he visto irse con cara de pensar. Una extraña sensación de que no ha entendido nada de lo que le he dicho ronda por mi cabeza durante un buen rato.

Borja y yo hemos quedado a comer con unos posibles clientes. Nunca tengo claro del todo por qué me lleva siempre a mí. Teniendo tanta comercial de pro en la oficina y me arrastra con él a la mínima ocasión que se le presenta. Hemos quedado directamente en el restaurante porque Borja no ha aparecido por su despacho en toda la mañana sin dar pistas de dónde ha estado. Vamos al Mesón La Antigua Mina. Como su nombre indica, está en una antigua carretera antiguamente muy concurrida, en un antiguo paraje al que llamaban “la mina” no entiendo por qué y está siempre abarrotado de antiguos señores que fuman puros en su interior aunque esté prohibido por Ley. A todas estas lindezas hay que añadirle la pésima indicación para encontrarlo, así que he decidido irme en taxi. No tengo ninguna intención de llegar tarde y hacer entrada triunfal en ese antro. Seguramente con un ataque de nervios después de perderme una o dos veces que es mi media. No alcanzo a comprender por qué Borja se empeña en quedar siempre en el mismo sitio. A lo mejor piensa que eligiendo La Antigua Mina se realiza su inexistente hombría.

El recinto está más oscuro de lo que recordaba de la última vez que estuve. Hay pocos comensales sentados en las numerosas mesas, pero los que hay son exclusivamente masculinos y todos ellos rondando los setenta. Mirándolo de otra manera, es de los pocos lugares en los que voy a ser la más joven de la

fiesta.

Hemos quedado en la barra de la entrada a las 14.30. Aún son las 14.10, he llegado demasiado pronto y aquí no hay nadie conocido. Para hacer tiempo sin sentirme ridícula, debería pedirme alguna bebida y tomármela despreocupadamente en este territorio hostil, consultando mi móvil como si tuviera mil asuntos importantes que atender.

— Camarero, por favor, ¿podría ponerme un Rueda muy frío?

— Disculpe, señora, soy nuevo acá. ¿Qué es un Rueda? ¿Como el Fernet?

— ¿Argentino?

— ¡Punto para vos! Muy argentino si se me permite.

— Permitido. Un Rueda es la Denominación de Origen de un vino blanco, rico, rico, que quita berrinches a mujeres insultadas por becarias impertinentes. Se sirve muy frío. Estoy segura de que tienen muchos y muy buenos. Cualquiera me sirve, no soy exigente.

El nuevo camarero pide ayuda a un compañero veterano porque me temo que mi explicación no le ha ayudado lo suficiente como para encontrar una botella en la cámara. Finalmente me sirve una copa. Me la bebo de dos tragos. Siendo sincera, he de reconocer que estoy muy cabreada. Me ha sentado fatal que Jessi me haya llamado menopáusica en toda la jeta. La tetona aprovecha cada ocasión que encuentra para marcar la diferencia de edad que existe. Y no sólo conmigo, incluso Lola malaleche también me ha insinuado que un día le arranca los pelos por impertinente.

— Disculpe, ¿sería tan amable de servirme otra copita de Rueda? Estaba tan fresquito y tenía tanta sed que me lo he bebido un poco rápido...

Pero el siguiente también cae más deprisa de lo que me gustaría. Recién vaciada mi copa veo aparecer a Borja con “los potenciales”. Y yo creo que se me están entornando los ojos. Mala señal. Me saluda con la mano desde lejos. Parece que no tiene intención de acercarse hasta aquí. El jefe quiere rematar la faena lo más rápidamente posible.

— ¡Al grano Anita, que el jefe va con prisa!

...

—Hola Borja,

— Hola Ana. Me alegra ver que has llegado pronto. Quería presentarte a

Bernardo Sanz y Carlos Jaén. Socios y propietarios de los spas B&C que próximamente abrirán sus puertas en los barrios más exclusivos de Madrid y Valencia.

— ¡Encantada!

—¿Nos sentamos?

Mientras nos dirigimos hacia nuestra mesa, ubicada en el centro mismo del restaurante como si fuera la mesa de los novios en una boda, no puedo evitar preguntar locuaz qué significan las siglas B y C de sus spas. Camino justo al lado de Bernardo, a quien me entran unas terribles ganas de tratar de “don” por su avanzadísima edad.

Los ancianos ojillos de don Bernardo echan primero un vistazo a mi delantera antes de subir hasta mis ojos y responderme. Mi vestido ajustado le ofrece una bonita panorámica.

—Pues verás, donde ahora están las saunas antes teníamos unas tintorerías que se llamaban Bernardo y Carlos. Somos socios hace tiempo. Y mi nieta, que es muy lista, dijo que teníamos unos locales muy grandes en buenos sitios y que deberíamos renovarnos con los tiempos. Así que hemos pasado de dejar como nuevas las prendas de ropa a dejar como nueva la piel de los clientes. Eso dice mi nieta.

El vejete se hace el tierno hablando de su nieta. Eso sí, alterna la vista entre mis ojos y mis tetas.

—Entonces, ¿lo que han hecho ha sido transformar el negocio y acortar el nombre con sus iniciales?

—No exactamente. Mi nieta decía que Bernardo y Carlos no eran elegantes así que dice que B&C significa Beauty and Care. Es muy lista mi nieta...

Un enamorado de la familia el vejete. Lo vamos a pasar cañón viendo fotos de nietos y bisnietos. Yo, que nunca en mi vida he enseñado una foto de mis hijos a nadie... Voy a necesitar ayuda para superar esta dura prueba.

—Camarero, disculpe, ¿podría rellenarme la copa con ese Rueda tan frío que tenemos a medias?

Borja no me quita los ojos de encima. No quiero mirarle directamente pero siento su mirada sobre la piel como si fuera papel de lija. Está contabilizando las copas que llevo y seguro que tratando de calcular cuántas me ha dado tiempo a tomar antes de que llegara él con los abuelos. Seis, Borja. Llevo seis

vinitos de nada. Cierto que me patina un poco la lengua para lo locuaz que soy, pero estoy perfectamente. Estoy aguantando como una campeona. Sigo sin entender cuál es mi papel en esta reunión. Empiezo a pensar que lo ha maquinado todo esta mañana cuando ha visto mi look ceñido. Don Bernardito no para de encontrar la ocasión de ponerme la mano encima con cualquier excusa relacionada con su nieta. Éste se ha creído que yo me he caído de un guindo.

A la hora de los postres no aguanto más. El vino ha hecho su efecto. Tengo que ir urgentemente al baño.

—Si me perdonan, tengo que ausentarme un minuto. Voy al baño. Si lo encuentro.

—Claro, claro Ana. Ve tranquila que aquí te esperamos. Si es que eres capaz de localizar la mesa a la vuelta.

Parece como si las prendas se hubieran hecho más pequeñas de repente.

Touchée. Está mosqueado. El porqué lo sabré en un rato, supongo.

Al llegar al baño es cuando soy consciente de que me cuesta enfocar mi cara en el espejo.

—Hemos venido a lo que hemos venido Ana. Esa gordita del espejo no eras tú. No lo pienses más, tonta.

El cubículo del aseo es minúsculo. Me siento como Alicia cuando se vuelve enorme dentro de una casa diminuta. Es la hora de la verdad. Hay que quitarse la faja reductora y el vestido para poder hacer pis. La maniobra no resulta tan complicada como esperaba, pero recolocar todo en su sitio se torna mucho más difícil. Parece como si todo se hubiera hecho más pequeño de repente. No hay ningún frasco con un líquido extraño del que haya bebido. Esto no es Alicia en el País de las Maravillas. Y el vino blanco no hace encoger sino todo lo contrario. Estoy llena. Hinchada como un globo.

—Mierda, que esto no entra.

Contengo la respiración y fuerzo la faja hacia abajo con todas mis fuerzas. Pero lo único que consigo es partirme una uña. Miro el dedo afectado con desdén.

—Si estuviera Manu aquí ya habría soltado la broma habitual. S.O.S. Uña rota. ¡A Urgencias! Ni puta gracia que me hace la bromita...

Otro intento más. Parece que por fin empieza a bajar. Primero faja, luego

vestido. Otro tirón de faja y el vestido se desliza obediente. Poco a poco consigo recolocar la ropa donde estaba antes de entrar aquí. Salgo del baño sin volver a mirarme en el espejo. No quiero sentirme gordita como antes o me desaparecerá la autoestima y no seré capaz de volver a la mesa y sonreír que es lo que se espera de mí. Voy a levantar la barbilla y a pisar fuerte. ¡Arriba la dignidad y las mujeres cuarentonas, pre menopáusicas y rellenitas!

Camino hacia la mesa, pisando fuerte como me he propuesto, dueña de esa seguridad que traía puesta de casa por la mañana junto con la faja.

Todo el mundo me mira.

Me sonrían...

Se dan codazos unos a otros llamando la atención sobre la mujer que cruza la sala. Toda yo porte y elegancia. Un pie delante del otro. Contoneo las caderas. Me siento felina. Está bien que se me hayan entornado un poco los ojos a causa del vino. Me hace parecer más interesante. Me siento observada y lo estoy disfrutando. Me revuelvo la melena y pongo morritos. ¡Soy catwoman!

El trayecto se me ha hecho corto y eterno a la vez. Cuando llego a la mesa los ojos de Borja y los abuelos están brillantes. Si miro mejor diría que están húmedos. Amplias sonrisas... Espera, no, están llorando. Llorando de risa.

—¿Qué pasa? ¡Qué divertidos estáis! ¿Qué me he perdido? ¡Contadme el chiste!

Entre lágrimas, el amable don Bernardo, casi sin poder hablar, alternando bocanadas de aire y carcajadas, apenas sin aliento, me confiesa la verdad:

—Ana, querida, te has pillado el vestido con la faja ¡y se te ve todo el culazo!

Culazo. El vejestorio cabrón me ha dicho que tengo culazo. No culo. Culazo.

Disimuladamente, y roja como un clavel reventón, me llevo las manos a la espalda y bajo con cautela al lugar del delito. Entonces soy consciente del estropicio. Me he paseado, ciertamente, de un extremo a otro del restaurante y haciéndome la sexi, con todo el culazo fuera. Como buenamente puedo, me saco el vestido de su trampa mortal, dejando la faja doblada en la cintura que es donde se había quedado a su salida del baño. Con la máxima discreción posible me levanto y me largo sin despedirme de nadie. Mañana, si Borja quiere, que me eche a la calle. Pero la poca dignidad que me queda me la

llevo de aquí.

...

He pasado por la oficina de puntillas. Lo justo para coger las llaves de mi coche y salir por la puerta de atrás sin hacer ruido. No podía permitirme el lujo de que alguien me requiriera para cualquier tarea. No estoy de humor. No recuerdo haber hecho tanto el ridículo en mi vida. Mucho me temo que no he sido de ayuda para captar a los queridos Bernardo y Carlos como clientes.

Al llegar a casa el panorama es desolador: Manu está tumbado en el sofá, con convulsiones en el pulgar sobre el mando a distancia. La rotación de los canales en la televisión es vertiginosa. Saludo con el máximo de cordialidad que mi maltrecho estado permite y como respuesta recibo un gruñido que no sé interpretar. Antes de poder dejar el bolso y quitarme los tacones aparece mi querido hijo.

—¿Qué hay de cenar? Me muero de hambre. ¿Podemos pedir pizza?

—Hola cielo, yo también me alegro de verte. Mi día ha sido bastante difícil, gracias por preguntar. ¿Qué tal el tuyo?

Me mira de reojo por entre los mechones de su flequillo, resopla y me da la espalda mientras maldice entre dientes.

Subo hasta el dormitorio de mi queridísima hija donde me la encuentro tumbada en la cama, teniendo diez conversaciones simultáneas en whatsapp y con una mascarilla de pepino en la cara. Mejor no le doy un beso o me acusará de que le salen granos porque yo le arruino el tratamiento con mis ataques de amor. No me ha visto ni oído. Saludo desde la puerta.

—Hola Marina. ¿Qué tal tu día?

— ¿Qué tal mi día? Pues mal, mamá, muy mal. No entiendo por qué no confías en mí. Lo primero que haces es mandar un mensaje amenazante porque en el instituto te han contado no se qué mierda. Sudo de los del tuto. Sudo de ti.

Creo recordar que se ha acabado la temporada de Hermano Mayor. Si no, la mandaba de cabeza. Voy a meterme en la web a ver si encuentro un teléfono para futuros casos imposibles de cara a una próxima temporada. Porque Súper Nanny no me la cogerá con catorce años, ¿verdad?

Totalmente superada por la situación giro sobre mis talones, bajo las

escaleras cojo bolso y llaves del coche y me largo dando un portazo. Para que al menos se enteren de que me he ido. Meto la llave en el contacto, arranco y no lo puedo resistir ni un minuto más. Lloro con amargura. Decido que tengo que airearme de todos modos. Me voy a ir a tomar algo yo sola y que cenem mierda bendita que se encuentren en la nevera. Desde el coche escucho el grito de mi hijo a su padre:

—¿Y quién va a hacer ahora la cena? ¿Pedimos pizza?

Vibrando

Hay días, como el de hoy, en el que lo que debería hacer es pisar el acelerador en la siguiente curva y no girar el volante. Y a la mierda con todo. Pero no tengo narices. O tengo demasiadas narices y en el fondo no me quiero perder el final de esta película. De la mía en concreto. Estoy segura de que en casa no han interpretado todavía mi portazo y posterior huida. Y no lo harán hasta que les suene tanto el estómago que me echen en falta. A mí o a mis platos ya puestos en la mesa. Enseño el culo en un restaurante lleno de dinosaurios, la becaria me llama menopáusica a la cara, me cargan con todos los marrones que nadie quiere en el trabajo y llego a casa y lo único que hacen es pedirme la cena como al camarero del bar de enfrente.

Las lágrimas me empañan las gafas. Siempre se me olvida que llorar y ver están reñidos, y yo por la noche veo menos que la figurita de un Belén. En la siguiente rotonda me doy la vuelta, pero no voy a casa todavía. Aún estaría a tiempo de hacer la cena y no estoy dispuesta. Aparco en un descampado cercano a casa. Sentada en el capó del coche, intuyendo que a mi alrededor hay vida animal nocturna, árboles, trigo silvestre, y otra fauna que prefiero no identificar, levanto la vista al cielo y me inundo los ojos de estrellas. Pongo en práctica la respiración de yoga que aprendí de mi madre la semana pasada y noto cómo con cada inspiración—expiración me invade la tranquilidad y me vuelve la normalidad al pulso. Antes de llegar al éxtasis de la relajación decido volver a casa o me quedaré dormida a la intemperie.

...

—No le deis la menor importancia chicos. A la edad de vuestra madre las mujeres tienen unos puntos muy raros y bastante inexplicables. Me refiero a que no hay una razón lógica para la escenita de esta tarde de mamá. Lo ideal es que cuando vuelva ni se lo mencionéis. Como si no hubiera llegado a entrar en casa desde esta mañana. Así se le pasa antes. Hacedme caso. Yo la conozco

muy bien...

Entro por segunda vez en esa noche en casa donde todos cenan pizza. Manu y los niños me miran, se miran entre ellos, se hace un profundo silencio de dos segundos y vuelven a su cena como si sólo hubiera pasado un ángel. Este recibimiento es justo lo que necesitaba. Voy escaleras arriba, hacia el dormitorio. No me voy a plantear si me vieron entrar y salir. Es la excusa perfecta para irme a la cama sin dar explicaciones ni revivir una jornada para el olvido. Con Manu abajo con la boca llena, el baño es todo para mí. Espacio libre para iniciar el ritual de todas las noches antes de lograr meterme en la cama. Un día de estos voy a pasar de potingues, ungüentos y afeites y el resultado será el mismo. Los años caen en cascada con sus arruguitas insolentes y desafiantes. Como mi pequeña adolescente.

Cuando salgo del baño, Manu ya está metido en la cama, mando a distancia en mano, pasando por todos los canales a la velocidad del rayo, sin dar tiempo a que se vea ni una milésima de segundo de ninguno y poder reconocer el programa en cuestión por un fotograma.

—¿Qué tal tu día Ana? ¿Estás cansada? No me has dado tiempo a decírtelo, pero hoy estabas muy sexi y es una pena desaprovechar un momento así, ¿no?

No doy crédito. Me quedo petrificada. Ahora entiendo el sprint de la cena a la cama de mi marido. Me he puesto mi pijama de franela con dibujos de perritos escoceses como los del whisky. Pero a Manu no parece importarle. Estoy yo como para achuchones. Él continúa inasequible al desaliento y ciego a las pistas que le lanzo con mi cara de asesina en serie.

—Si quieres, vente a la cama y te doy un masajito para relajarte.

Me doy la vuelta y vuelvo al baño. Me encierro hasta que se le pase el calentón o duermo en la bañera, lo juro. Lo último que me apetece para acabar este día es el momento de lucha libre cuando Manu quiere tema.

—Ana, cari, ¿me estás oyendo? Hay alguien por aquí que quiere saludarte.

¡Eso ya sí que no! Salgo hecha un basilisco del baño.

—¡Eres un insensible de mierda! ¿Que ahora quieres temita? ¡Pues una alemanita!

—Una ¿qué?

—Una “ale”— “manita”.

Manu hace gesto de entender. Pone cara de fastidio y resignación y se tapa

con la manta hasta las orejas.

—No sé qué te pasa pero últimamente estás muy borde. Y esto no es como antes. Me tienes a dos velas. Coño Ana, que hace dos meses que no hacemos nada de nada.

—No llevo la cuenta, no me da tiempo. Incluso reconociéndote un poco de razón, lo que pasa es que últimamente estoy muy tensa y lo último que me apetece es ponerme cariñosa. Lo que quiero es dormir. Para eso me tomo los Valium. Lo siento. Te prometo que este fin de semana hacemos algo, ¿vale?

—¿Y qué hago yo hasta el fin de semana? No, mejor no me lo digas. Otra bordería, no.

Me estoy aficionando al concepto after work. Pero no con los compañeros de trabajo, con ellos cada día tengo menos intereses en común. Hoy he quedado con tres buenas amigas. No nos vemos tanto como nos gustaría. Para eso las mujeres siempre hemos sido bastante estúpidas. Sacrificábamos amistad por familia, compra, cocinas, transportes y extra escolares de los niños mientras ellos no se saltaban un partido de domingo con los colegas de toda la vida. Menos mal que estamos cambiando. Yo he empezado a ponerle remedio hace no mucho. Ahora que mando a mis hijos en autobús allá donde quieran ir. Mi único esfuerzo es tener siempre un par de bono buses en la entrada de casa.

Cuando llego al lugar de la cita ellas ya han llegado y están sentadas y tomándose sendos gin tonic. Sonrientes, divertidas, distendidas. Me incorporo al grupo con una conversación ya empezada.

—Tías, la semana pasada estuve en una reunión de “*tupper sex*” y por mucho que os diga, no os podéis imaginar lo que llegué a reírme.

—¿Te reíste o te gastaste la paga en artilugios? Dicen que son adictivos... Te dan placer y no te hablan.

—Bueno, me reí y compré.

—¡¡¡Que comprasteeee!!! ¿Qué compraste? ¿Lo has usado ya? ¡Cuenta, cuenta por favor! ¡Me parto!

—Éramos seis mujeres. De todas las edades, flipante. Había una señora de sesenta y seis años. Artilugios de lo más sofisticado. Yo me partía con las explicaciones de para qué servía cada cosa, porque además había más de una que lo había probado casi todo. Yo no podía cerrar la boca del asombro.

Parecía lela porque en mi vida había visto nada de lo que enseñaron. Es que ni los consoladores tenían la forma de...de siempre. Parecían hasta simpáticos.

Carcajada general.

—Me entraron ganas de comprar algo pero me sentí un poco perdida. En el fondo no sabía para qué necesitaba la mayoría de las cosas. Sigo felizmente casada con el sieso de Guille pero en la cama no está nada mal. Aunque lo de irme con las manos vacías tampoco me apetecía. Y me compré un tanga de perlas. ¡Me lo puse el otro día para ir de recaditos por el pueblo y casi muero! Gemía como una perra en celo al llegar a la farmacia. ¡La gente me miraba fatal!

Otra carcajada general.

—¿Me juras que nunca habías tenido ninguna “ayudita” después de dieciocho años casada?

—¡Pues no! ¿Dónde iba a ir a comprar esas cosas? Yo es que sigo siendo un poco clásica.

—Pues en este mismo centro comercial hay una tienda chiquitita pero que tienen de todo. Yo soy clienta asidua. Bueno, dejaré de serlo en breve, la están cerrando porque se van al centro de Madrid a un local inmenso de lo bien que les va el negocio. Ahora todo el mundo usa juguetes. Está de moda.

—Ana estás muy calladita. Cuenta, cuenta, que seguro que tú has hecho de todo...

En estos casos lo mejor es sonreír de manera distraída y tontuna. Así ni desmientes ni afirmas. He de reconocer que me pica la curiosidad. Yo pienso que Manu es tan sieso como el marido de mi amiga pero no sé si puedo calificarlo sexualmente. Porque no me parece justo y no tengo mucho elenco para poder comparar. ¿Las relaciones se me han hecho aburridas o soy yo la aburrida? Ya me avisó la ginecóloga que pasaría por una racha de total inapetencia, pero para tu pareja no es justo. Y ayer le prometí a Manu un fin de semana intenso.

—No es por ser aguafiestas, pero yo me tengo que marchar. Tengo que hacer unos recados y la cena. ¡Qué pereza! Miento vilmente. Tengo un plan.

—Ana, siempre eres tú quien disuelve el grupo. Un poco aguafiestas sí que eres.

—¡Os podéis quedar vosotras! (No lo hagáis, no lo hagáis, no lo hagáis...)

—Si te vas nos vamos todas. Besos ¿Quedamos para la semana que viene?

Por fin se han ido. He mentido. No tenía que hacer ningún recado así que me he metido en la farmacia a echar un vistazo a los colutorios como si me estuviera haciendo un máster hasta que he visto que se han metido todas en sus coches y han arrancado. Compro un cepillo de dientes porque la farmacéutica está muy mosqueada con mi larga visita y salgo en dirección al centro comercial. Busco en el directorio del centro pasando el dedo por el listado de comercios hasta que encuentro lo que buscaba. Intento ubicarme girando sobre mi misma y mirando el plano de situación por debajo de mi axila. Recordatorio: en una próxima vida pedir que me otorguen el sentido de la orientación y de la lectura de mapas. Camino en dirección a una tienda en concreto. Cuando llego, levanto la vista hacia el rótulo superior donde con letras llenas de curvas y rellenos se ve su sugerente nombre: *El vibra d'or*.

—Ánimo Ana, respira. Nadie va a juzgarte. Sólo vas a curiosear.

Una vez en el interior del sex shop siento que me encojo. Probablemente a causa del pudor que se me ha instalado en el estómago y el terror a que alguien me reconociera, incluso a kilómetros de casa o el trabajo. Las estanterías estaban casi vacías. Como me había dicho Paloma, estaban liquidando las escasas existencias ante el inminente traslado. Pero el efecto era el de un local desangelado y frío que invitaba poco a la compra de ningún juguete erótico. Una dependienta se me acercaba con paso decidido y una sonrisa de oreja a oreja. Era el polo opuesto a la imagen mental que tenía de una dependienta de sex shop. Yo me había imaginado una imponente rubia platino, de coleta alta y tirante, enfundada en un traje de cuero negro brillante y subida en unos zapatos de dominatriz. Pero quien venía hacia mí era una señora de unos cincuenta años con un pantalón de tergal marrón oscuro, blusa de flores y cuello bebé y unos zapatos imposibles de describir.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarla en algo?

Completamente muerta de vergüenza cogí lo primero que pillé en la estantería.

—Gracias, no hace falta. Ya tengo lo que buscaba. ¿Me cobra por favor?

Mientras me cobraba eché un vistazo disimulado a lo que acababa de comprar y suspiré resignada.

...

Entré en casa nerviosa. Escondí la bolsa del Vibra d'or. Es evidente que cuando se convive con adolescentes hay que andarse con mil ojos. No es que sepan de sexo más que nosotros a su edad, es que tienen un máster cuando nosotros estamos en parvulitos. Tienen demasiada información de todo y de lo que no tienen, la inventan.

Yo quería contarle a Manu cuál había sido mi adquisición, estaba más que segura de que le iba a gustar, incluso hubiese dicho que le iba a hacer ilusión. Tanta o más que a mí.

Viendo que mis hijos, para variar, no estaban compartiendo el salón con su padre, me senté tranquilamente a contarle mi tarde con las chicas.

—Sí, con las chicas. Y me he liado la manta a la cabeza y como decías que te tenía un poco abandonado pues entré en un sex shop y compré esto.

Saqué mi adquisición: un tanga con vibrador incorporado y mando a distancia.

Manu lo miraba con cara de bobo.

—Ana, ¡qué sorpresa! ¿Qué te está pasando? ¿Cuándo lo probamos? Los niños están entretenidos ¿Subimos y te enseño una cosita en el dormitorio?

—Manu, no hagas tantas preguntas y que no te entre el ansia o me arrepiento ya de haberlo comprado y lo tiro.

—No, no, no. Qué te parece si nos vamos los dos solos a cenar.... ¡Con el mando!

— ¿Y los niños?

— Que estrenen la sandwichera. Para el caso que nos hacen no creo ni que noten que no estamos.

No se puede decir que me lo pensara mucho. Era cierto. Mis hijos habían pasado a la fase “no te necesito, no intentes ayudarme” y me costaba asimilarlo. Esta negación de la evidencia día tras día sólo me había traído cenas recalentadas a horas intempestivas, así que había llegado el momento de empezar a soltar aire para empezar a volar todos. Todos. Yo también.

— De acuerdo. Dame media hora. Necesito mucho retoque hoy.

...

Elegimos un restaurante argentino muy chiquitito que frecuentábamos mucho

cuando nuestros cachorros aún no habían irrumpido en nuestras vidas.

Nos recibió un camarero encantador, vestido de negro de pies a cabeza y de acento porteño. Nos acompañaba hasta la mesa meciendo las vocales. Hablando de lo linda que quedó la noche y la suerte de llegar tan pronto y poder elegir el rincón más romántico. Las velas dispuestas sobre las mesas jugaban al escondite con las sombras. Me retiró la silla para ayudarme a tomar asiento. Tanta galantería creaba un ambiente dulzón, pero no sabía distinguir si entre Manu y yo o el camarero y yo. Nos trajo las cartas y nos cantó un tango con los platos fuera de carta ¿O eran imaginaciones mías? ¡Es que era muy argentino! Su boca y sus ojos sonreían constantemente, contagiando una felicidad tontuna. Yo estaba rendida a su acento y todo me parecía fenomenal. Gracias a Dios, Manu mantenía la entereza y fue capaz de pedir una botella muy fría de vino blanco mientras decidíamos qué cenar.

—Yo creo que sería capaz de llevarme el vino y la cubitera y secuestrarte durante unas horas para volverte loca de placer. Estás tan tentadora que no sé cuánto voy a aguantar sin arrancarte la ropa.

—¿Ya saben los señores qué tomarán?

El camarero camina con sigilo y nos sobresalta. Manu pide también por los dos. Adoro cuando toma la iniciativa y no me hace falta ni pensar.

Mientras llegan los platos nos dedicamos al vino y al intercambio de miradas cómplices y gestos sensuales aprendidos en películas de dudosa calidad. La cara de Manu se tiñe de un rojo atornasolado. Creo que empieza a excitarse. Le veo cómo mete la mano en el bolsillo de su americana, pone cara de malo, entorna los ojos como si apuntara a un objetivo concreto y su mano hace una leve presión sobre el mando a distancia que nos trajimos de casa y que no cambia canales precisamente.

Estaba preparada para una sensación placentera, una descarga de placer, me humedezco los labios porque sé que va a llegar...

¡La descarga! Pica. Quema. No me esperaba algo así. Me ha pillado desprevenida y pegué un salto en la silla sobresaltada.

Manu pone cara de placer. Está encantado con mi reacción. Piensa que el placer ha sido tal que no he podido ser más comedida. Voy a darle otra oportunidad al juguetito.

Nuestro camarero de acento burlón nos trae los segundos. Yo me siento algo

tensa, menos juguetona, quiero estar preparada la próxima vez que mi marido le dé al botón del placer. Esta vez voy a retorcerme de gusto.

Manu vuelve a llevarse la mano al bolsillo de la chaqueta y noto como todos mis músculos se tensan y me siento más al borde de la silla. Aprieta el botón mientras me sonrío maliciosamente.

Esta vez me levanto del salto. Me ha chamuscado viva.

—¡Coño, para!

Manu me mira picarón. Llega otro plato ¿Pero qué ha pedido este hombre? ¿Como si estuviéramos en el chino? Beberé vino. Necesito relajarme, destensar los músculos porque este estrés debe ser la causa de que no esté consiguiendo el efecto deseado con el tanga de marras. Y a Manu le ha encantado el poder que le confiere ese minúsculo mando que aprieta a su antojo y que le hace disfrutar sobremanera. Vuelve a presionarlo.

Esta vez ha sido la definitiva. Del salto tiro la silla y aunque soy consciente de que he sido educada para no tocarme partes pudendas en público, me llevo las manos en un vano intento por separar el tanga de mi piel. Siento, por segunda vez en un muy breve espacio de tiempo, todas las miradas clavadas en mí.

Manu presiona de nuevo.

—¡Ay, ay, ay!

Me golpeo intentando apagar un inexistente fuego. Al menos llamas no se ven. Pero arde, arde como las ascuas.

Le suplico a Manu con la mirada que le quite las pilas al puto mando y lo tire al río mientras yo me voy al baño a quitarme el infernal cacharro de entre las piernas pero él no lo interpreta como me gustaría y me habla con voz ronca de placer.

—Ana, cariño, siéntate.

—No me pienso sentar.

—Ana, esta es nuestra noche...

Y antes de que pueda matarlo presiona el mando.

No puedo evitar el grito que sale de mi garganta. Es casi un aullido de dolor.

—Me encanta esta intensidad....

El muy gilipollas vuelve a presionar el mando mientras yo grito, salto y me

golpeo el tanga como si así fuera a dejar de funcionar, pero sobre todo, incapaz de hablar, concentrada en ese ardor que me está matando. Tengo que sacar fuerzas para hablarle, tengo que parar esta tortura.

—Manu para de una puta vez. Esto no vibra. Me está quemando, ¡coño!

He conseguido cita urgente con el ginecólogo. Con los pies en los estribos, la doctora está examinándome extrañada. Ha sido imposible evitar la pregunta:

—¿Me quieres explicar cómo te has hecho esto?

—Mejor no preguntes.

Soco y Papá

Después de unos días de reposo obligado, casi podría decir que me hizo ilusión reincorporarme al trabajo porque entre otras cosas significaba que podía volver a ponerme ropa interior sin ver las estrellas. Eran tantas las ganas de no sentir dolor y de empezar la semana con buen pie que me puse el despertador antes de lo acostumbrado para ser la primera en llegar a la oficina. Y de paso salir también la primera y de puntillas para no ser alcanzada por el marrón de última hora que parece perseguirme desde mi primer trabajo. Necesitaba hacer vida normal, de esa que hacen las personas que ven el sol antes o después de sus obligaciones laborales. Ir al súper, hablar un rato con mis hijos, tener tiempo de pasear al perro sin necesidad de hacer una gymkana, tareas así, sin importancia para otros pero placeres inconfesables para mí por el hecho de no tener tiempo jamás para hacerlas.

Es una delicia salir a estas horas un poco intempestivas. La carretera vacía, intuir en el horizonte la salida del sol, la música a tope, la rubia saludándote en la curva.... ¿la rubia saludando en la curva? Presa del pánico, frené en seco dejándome el dibujo de mis ruedas nuevas en el asfalto. La rubia se parece increíblemente a la novia de mi padre. Me invade un miedo que me acelera el pulso y la respiración ante la pueril perspectiva de que pueda ser un fantasma pero sé que tengo que acercarme por si ese parecido que he intuido de refilón es real. Salgo del coche con la respiración entrecortada y me acerco a la mujer que seguía haciendo aspavientos desde el arcén. Mis peores presagios se hacen realidad ¡es ella, Soco, antigua asistente en la casa familiar y ahora “novia” de mi padre!

— ¡Soco! ¿Qué haces aquí a estas horas? ¿Qué te pasa? ¿Y mi padre?

— ¡Ay señorita Ana, menos mal! ¡Menos mal! ¡Qué disgusto!

— ¡Qué no me llames señorita, Soco, que eres un proyecto de madrastra! ¿Dónde está mi padre?

— Ay Ana perdona, es la costumbre... Verás, tu padre tiene un problema...

— ¿Qué tipo de problema Soco? ¿Dónde está? Por favor explícate que me estoy poniendo histérica.

— No, no, te explico. Verás, tu padre siempre dice que conmigo está viviendo una segunda juventud y dice que no quiere saltarse ningún paso.... así que anoche me propuso ir a achuchar al coche como si fuéramos dos adolescentes... Ya sabes que quien paga manda. Ufffff, jijijiji, ¡qué mal ha sonado eso!

— ¡Por Dios! ¡Ahórrate los detalles morbosos y al grano!

— Vale, valeeeee ¡qué carácter, como tu madre! no me extraña que tu padre.....

— Soco a mi madre ni mencionarla que todavía te doy un tortazo con la mano abierta y te dejo aquí tirada con tus historias.

— Bueno, pues estábamos haciéndonos arrumacos en el coche, y de repente nos han iluminado unas luces que se acercaban, tu padre se ha excitado muchísimo (más de lo que ya estaba que era increíble) y ha empezado a decir que era un encuentro en la tercera fase, una nave extraterrestre y no sé cuántas cosas más... ¡El caso es que le ha entrado una energía increíble! Las luces se han ido acercando y tu padre, presa de la excitación, ha salido para darles la bienvenida a la tierra. Las luces estaban cada vez más cerca y yo no quería que los extraterrestres me vieran las tetas así que me he dedicado a buscar mi ropa. Cuando ya estaba adecentada del todo me he dado la vuelta y he visto un coche de la guardia civil y a dos agentes hablando con tu padre. Le pedían la documentación, pero como podrás comprender, no la llevaba encima, estaba dentro de la cartera, en sus pantalones, en el coche. Tu padre estaba muy raro, como nervioso, y le ha entrado un ataque de risa que ha acabado en amago de infarto, Así que estoy aquí para cuando venga la ambulancia indicarle donde está mi Antonio ¡Ay qué disgusto más grande Virgen! Yo creo que todo es culpa de la miarma esa que se ha tomado. Que mira que le dije que no le hacía falta a mi torito...

— ¿Miarma, Soco? ¿Qué es eso? Este rollo adolescente, ¿os está haciendo probar drogas de diseño? ¡Flipo con vosotros! Y luego el abuelo les da la chapa a sus nietos ¡Menudo ejemplo!

— Yo no sé si la miarma esa es de diseño o no Ana, se la dio su amigo Paco en el paseo el otro día y le dijo que a él le iba muy bien y tu padre quería probarla.

— ¿No será Viagra, Soco?

— Pues será. ¡Yo qué sé lo que se toma!

— Mejor dime dónde está mi padre. A tomar por saco mis buenos propósitos de hoy. No hay manera de que esta familia no haga de las suyas. No veo un carajo, dime cómo llego hasta él.

— Sigue este camino de tierra hasta el final y cuando llegues al árbol ya verás las luces azules, los guardias están con tu padre... ¡Pero ten cuidado con los soca...!

Ya había empezado a correr. Antes de que a Soco le diera tiempo a acabar la frase. Soy así de rapidilla. Y en un socavón del camino caí.

— ¡Podías haberlo dicho antes guapa!

Seguí corriendo con las rodillas y las manos embarradas. Tenía que ver a mi padre. A pesar de que me arrepentí nada más llegar a mi destino. La escena era entre dantesca y ridícula. No es que yo sea una carga, pero ver a tu padre en pelota picada no es plato de gusto.

— ¡Papá! ¿Estás bien? ¡Tápate por Dios!

Un guardia civil le tendió sus calzoncillos con cara de asco. Mi padre parecía estar intacto. Y excitado. En el más amplio sentido de la palabra.

— ¡Cómo en mi vida! Hace mucho tiempo que no estaba tan bien... Estos señores tan amables me están dando conversación. En justo pago, yo estoy compartiendo con ellos todo lo que sé sobre abducciones extraterrestres.

— Pero la multa por exhibicionismo no se la va a quitar E.T. ya se lo voy advirtiendo.

— Yo no exhibo nada, son ustedes los que han venido a mirar.

— Papá, mejor cierra la boca, no empeores las cosas. Y dime, ¿Soco por qué está en la carretera esperando una ambulancia?

— ¡Coño, Soco, se me había olvidado!

Le vi salir corriendo en calzoncillos y calcetines y no se me ocurrió otra cosa que ir tras él con sus pantalones en la mano.

— Socooo, ¡mi amooooorrrr!

No doy crédito a lo que oigo. Quisiera saber en qué momento mi padre se convirtió en este Romeo de pueblo. Se abraza a nuestra ex asistente y se besuquean cual tortolitos. No estoy preparada para esto, lo siento. No puedo permanecer mucho tiempo más contemplando la escenita propia de Corín

Tellado. Le llamo una y mil veces pero me ignora vilmente así que lo mejor que puedo hacer es pirarme. Francamente enfadada, le tiro los pantalones deseando hacer diana con la hebilla del cinturón en la coronilla de mi padre y me despido con un gruñido.

El viaje de mi padre con su Viagra me había reventado todas mis buenas intenciones. Ya pasaban de las nueve y la carretera estaba atestada de coches. Iba a llegar tarde al trabajo. Una vez más.

...

Tras pasado el umbral de la oficina me cruzo con Borja quien me mira de arriba abajo con mueca burlona.

— Ana, no sabía que te dedicabas a la lucha libre en barro los fines de semana ¿No te cambias de ropa después del último combate?

Bajo la vista hasta mis embarrados pantalones y zapatos.

— Te lo contaría, pero como no te lo vas a creer mejor ahorro saliva.

— ¡Cuenta, cuenta! No sé con qué disfruto más, si con tu inexistente puntualidad o con las historias delirantes que te inventas para excusarte.

Estoy demasiado cansada como para tirarle un dardo. Lo mejor es darse media vuelta y ponerse a trabajar. Frente al ordenador, me da por pensar en mi absurda capacidad para atraer como un imán las escenas más ridículas. Yo que siempre soñé con una vida de cuento, a veces siento que vivo en un cómic cutre... ¡Vaya forma de empezar la semana, peor imposible!

La estridente voz de Jessi me saca de mis lamentos.

— Anaaaa, te llama Borja, que vayas a su despacho.

Casi en la puerta vislumbro a alguien más en el despacho de Borja. Y la espalda que veo me resulta vagamente familiar. Llamo con los nudillos y el invitado se gira hacia mí.

— ¡Ana, Ana, Anita! ¡Cuánto tiempo sin verte! Le estaba contando a Borja que me has tenido muy abandonado.

Frente a mí se encuentra la tremenda humanidad de Alfonso, el que fue mi primer jefe recién salida de la universidad. Se me acerca con los brazos abiertos y la pelvis adelantada ¡No ha cambiado nada!!

Me asfixia e inmoviliza con un abrazo de oso y aprovecha para restregarse de forma nada paternal.

— Alfonso, cuánto tiempo... ¿Qué haces tú aquí?

— Nada, un proyecto de colaboración que vengo a proponer, y quiero que estés presente en la reunión porque me gustaría contar contigo como mi más cercana colaboradora.

Un escalofrío me recorre la espalda. Lo que menos me apetece del mundo es estar en la misma habitación que ese viejo verde. Borja me devuelve a la realidad

— Pues andando, que nos esperan en la sala de reuniones.

En dirección a la sala de reuniones Alfonso, estrábico de nacimiento, me va haciendo gestos obscenos con la lengua y llevándose la mano al paquete.

Como pegarle una patada allí donde se toca no puedo, sólo se me ocurre devolverle una mirada tan de asco que sería capaz de congelar el deseo de cualquiera. Menos el de Alfonso.

Hace años él intentó tener una relación conmigo. A punto estuve de picar por ingenua y joven pero afortunadamente al final no cuajó. Había pillado a Alfonso tocándose sus partes mientras miraba un vídeo de osos pandas y eso me pareció lo suficientemente raro como para cortar toda relación con él. Verle hoy no ha sido plato de gusto. Era un cerdo acosador y no me hace ninguna gracia volver a tenerlo cerca.

Entramos en la sala y allí se encuentra la mitad del equipo de redacción del periódico tomando canapés y bebiendo del vino de las bandejas que los camareros pasan incansables.

No entiendo muy bien el objetivo de esta reunión. Según Borja se ha organizado para coordinar una serie de reportajes sobre viajes que hará Alfonso. Vale, lo entiendo, pero ¿y esa fiesta por qué? Como estoy segura de que por mucho que me lo expliquen no voy a estar de acuerdo en que celebren la presencia de Alfonso, no le voy a hacer ascos a una celebración en el trabajo. Vinos y tapas en lugar de ordenadores.

Había empezado a sentirme animada cuando noté una extraña sensación en el trasero. Una presión de algo indeseado en mis nalgas, buscando un hueco que no debería buscar.

Me tensé como las cuerdas de un violín. Mi única idea era darme la vuelta para ver quién era el cerdo paranoico que me estaba agarrando por la espalda queriendo clavar su pica en Flandes.

Comida familiar

Por fin es fin de semana. Y se ha despertado soleado y primaveral. He invitado a la familia a comer. Hay que aprovechar este solecito incipiente. Barbacoa muy a la española, llena de panceta, chorizo y chuletillas de cordero. Como siempre, tengo la terrible sensación de que he comprado comida para un regimiento. Mi padre siempre nos enseñó que era mejor agasajar por exceso que por defecto y es de las pocas cosas que él me enseñó y que a día de hoy sigo al pie de la letra. Estoy agotada pero desde que mis padres hacen vidas separadas siento la necesidad de coger el testigo materno para no perder estas reuniones familiares y mi diminuto patio da mucho juego. Manu, experto en juergas baratas, me ha preparado un bidón de sangría capaz de emborrachar a un batallón de legionarios.

Me he esmerado con los detalles. Mesa puesta ya y decorada con motivos florales y velas anti insectos con el fin de evitar la histeria adolescente ante la presencia de moscas, mosquitos y avispas. He puesto el nombre de cada uno en un letrero unido con una pinza a las servilletas. Así, como en las bodas, coloco a los más afines juntos y a los que discuten en cuanto se ven lo más lejos posible los unos de los otros. Somos capaces de liar Waterloo en cada reunión familiar. Muy sicilianos decía una amiga de mi madre. He colocado cojines de colores por el suelo que invitan a pasar una bonita tarde de conversación.

Llaman al timbre y empieza el desfile de invitados: mi hermana Elena, que viene acompañada de sus tres hijos, mis dos hermanos, Toño y Quique, y la madre que nos parió a los cuatro: Águeda.

Mi madre es un ser especial. Siempre lo había sido, pero desde hace unos meses el cambio es diario. Son pequeños detalles, pero sumados uno tras otro hacen de ella una persona diferente a la mujer que nos crió y nos curó las heridas con litros de mercromina. Ella era una señora, muy elegante pero clásica en el vestir, y hoy lleva falda hippy adornada con un montón de

colgantes ruidosos. El pelo muy rizado y mucho más largo de lo que estoy acostumbrada a ver en ella. Gafas de sol setenteras y chanclas de piscina. Con las uñas pintadas. Cada una de un color.

Van entrando todos a casa en fila india. Los primos se chocan los hombros a modo de saludo y las chicas se abrazan como si no se hubieran visto en años y corren a encerrarse en una habitación.

Los adultos de la familia decidimos dedicarnos a asuntos de mayores: beber sangría y cotillear. Yo esta vez tengo algo importante que contar. Y esta anécdota no me la puede pisar nadie, como suele ocurrir

Empiezo a relatar la aventura con papá y Soco en el descampado y mamá se líaa un canuto ajena a la conversación.

—Insisto, yo creo que papá está perdiendo el norte. Lo del otro día me parece lamentable. Yo creí que se había matado o algo por el estilo y lo que hacía era pasárselo en grande en pelota picada ¡En medio de la nada!

—Ana, un respeto, está delante nuestra madre y no creo que para ella sea fácil oír hablar de papá en estos términos. Nos guste o no, ella estuvo cuarenta años casada con ese hombre.

—Antonio, eres tan aburrido como lo era tu padre hasta que se lió con la Soco. Te estoy oyendo, no soy lerda. Y me da igual lo que haga mientras me siga pasando la pensión.

—Mamá, que rule el porro, anda.

—Tienes mucho morro Quique. Lo mío es terapéutico. Lo tuyo vicio. ¡Te lo compras y te lo lías tú! Con lo que me ha costado a mí aprender....

Mamá da una calada a un porro que más parece una trompeta que un cigarro. Toño la mira con reprobación y Quique con envidia.

Elena y yo seguimos dándole vueltas al comportamiento de nuestro padre.

—¿Me dices en serio que se lo viste todo a papá? ¡Qué grima!, ¿no?

—Verlo seguramente lo vi. Pero no miré, no estaba para fijarme. O si lo hice lo he olvidado. A quien vi a la perfección fue a Soco. ¡La muy asquerosa! Está firme como una colegiala. Debe ser de tantos años limpiando a fondo los rincones de casas ajenas. Dura como un roble la tía. Ni gota de celulitis. ¡Y yo comprando fajas reductoras para esconder los michelines con veinte años menos!

—Es que los hijos destrozan el cuerpo. Y el cerebro según van creciendo.

Manu nos sirve otro inmenso vaso de sangría a las dos hermanas. Es un gran anfitrión. No soporta ver un vaso vacío.

—¿De verdad crees que se van a casar?

—¡Y yo qué sé! Es lo que dice tu padre, pero sólo cuando está Soco delante. Yo creo que lo hace para que se calle. Ya sabes que en eso tu padre es un experto. ¿Por qué te preocupa tanto?

—Porque no sé cómo se lo van a tomar los niños y porque no tengo un chavo para comprarme un vestido para ir de boda.

—Flipo contigo. Tus hijos han visto ya de todo y no creo que si se casan estos dos monten un bodorrio como el de la Duquesa de Alba. Anda, vamos a dejarnos de chorradas y llama a tus hijos que vamos a comer.

Elena pega un grito por la angosta escalera para que bajen los no tan niños y mamá apaga su segundo peta de maría en el suelo. Le miro los ojos y no me gusta lo que veo. Los tiene totalmente achinados, síntoma inequívoco del morón que lleva.

Los cinco adolescentes se sientan en el mismo lado de la mesa muy pegados, esperando que alguien les ponga algo comestible en el plato mientras ellos ven vídeos en YouTube en sus móviles. Curiosa esta generación. No se hablan entre ellos a la cara pero se ríen de lo que se escriben en WhatsApp estando a pocos centímetros de distancia. Les observo un rato y durante ese tiempo no se han mirado ni una sola vez a los ojos.

Los adultos comen menos de lo que beben, sobre todo mi madre.

Cuando los chicos han terminado se levantan. Mi hijo, demasiado inquieto para no liberar un poco de energía antes de hacer otra inmersión en el mundo de la consola, saca de un rincón un saltador y reta al resto de primos a un concurso a ver quién es el que más aguanta saltando.

Mis hijos tienen más práctica y van ganando. Ventajas de que el saltador sea suyo. Mis sobrinos lo intentan con ahínco pero caen no más allá del quinto o sexto salto. Esquivan el suelo con la agilidad propia de su edad.

El resto miramos el espectáculo y sonreímos gracias a algún tropezón más o menos divertido.

Siguen cayendo los litros de sangría y el sol y mamá se enciende otro porro. Ella dirá que es terapéutico, pero ese concatenar uno con otro no me parece por prescripción facultativa. Quique la mira con envidia insana.

Animada por las risas de los más jóvenes, mi madre, que siempre ha ejercicio de abuelita cachonda, se levanta lentamente y se acerca al corrillo formado por los primos.

—¿Qué hacéissss?

—¡Hola abu!! Estamos haciendo concurso de saltos. ¡Voy ganando! He hecho 150 sin caerme.

— Juegas con ventaja tramposo. Te pasas el día saltando con el cacharro ése en vez de estudiar.

— Y tú ¿qué sabrás de lo que yo hago, niñata?

— Mamá, ¿me está llamando niñata!

— Mamá, ¿me está llamando tramposo!

— Lo oigo, lo oigo.

He aprendido a oír sin intervenir. Muy duro el camino, pero la meta ha merecido la pena. Lo que no intuía era que lo peor estaba por llegar. La abuela, totalmente emporrada, se atreve a lanzar el reto a sus nietos.

—¿Puedo probar yo?

Cinco rostros llenos de granos se vuelven a la vez con los ojos muy abiertos buscando la cara de su abuela. Cuatro adultos nos quedamos sin respiración temiendo que no sea una broma de nuestra madre sino una amenaza real de coger el saltador e intentar utilizarlo. Manu rellena vasos con sangría vaticinando sequedad en la boca por la asombrosa noticia de mamá.

—Mamá, por favor, no seas ridícula. Ya tienes unos años.

—Lo mismo podría yo decir de ti Toño. Hace una década que cumpliste los cuarenta y no consigo que te vayas de mi casa ni con agua caliente, así que ¡déjame en paz! Salto lo que me da la gana. ¿No me ha dicho el médico que me viene muy bien hacer ejercicio? Pues saltar es un magnífico ejercicio.... ¡Cómo he podido tener un hijo tan soso!

Elena y yo nos hemos pasado de rosca con la sangría, y superado el primer susto, da la sensación que nos parece buena idea que nuestra madre se ponga a saltar. Para no perdernos nada del espectáculo nos ponemos de pie y formamos un círculo con nuestros hijos alrededor de Águeda la superabuela. Cuando a mi madre se le mete algo en la cabeza es imposible hacerla desistir por mucho que protesten mis hermanos, así que mejor disfrutar del momento en primera fila.

Quique se ha fumado el peta de mi madre a escondidas aprovechando que ella lo ha dejado a medias para hacer acrobacias.

Mamá intenta subirse al saltador pero le resulta complicado. Hay que tener un equilibrio a prueba de terremotos y después de cinco cigarrillos terapéuticos no lo tiene centrado. Los nietos la animan como si les fuera la vida en ello. Adoran a su abuela. Al final consigue subirse y saltar. Cuando se empeña...

Un salto, dos saltos, tres saltos....

Los abalorios que cuelgan de su falda tintinean alegremente.

Cuatro, cinco saltos...

Su cara refleja un éxtasis de felicidad.

Quique y Toño tienen cara de pasmados, Toño con la boca abierta, Quique con la boca llena de porro...

Elena y yo no damos crédito. Sonreímos orgullosas de mamá.

De repente, la falda y todos sus abalorios se quedan atrapados bajo el saltador. Y lo que pasó a continuación ocurrió a cámara lenta.

Los niños aplauden a rabiar.

Mamá nota el tirón en su falda.

Elena y yo damos palmas con entusiasmo.

Toño mantiene su cara de mosqueo.

Quique la suya de emporrado.

Mamá pone cara de terror y empieza a caer de espaldas, poco a poco, las piernas suben hacia el cielo y la cabeza baja hacia el suelo. Se le pone el mundo del revés. Todos vemos aparecer las bragas color carne de cintura alta y desaparecer la cabeza entre las flores.

Corremos todos asustados hacia ella. Se ha partido la crisma, seguro. Le devolvemos la falda a su posición original y le sacamos la cabeza de mi plantación de margaritas.

— Mamá, ¿estás bien? ¿Te has hecho daño? ¿Quieres que vayamos a urgencias?

Ella nos mira con una cara de felicidad incomprensible teniendo en cuenta el golpe que se ha dado y nos contesta con un rotundo:

—¡Vaya viaaaajeeeeee!

La boda

Dos semanas después del incidente del saltador en casa mamá nos ha convocado de urgencia a una comida familiar. A todos los hermanos. Bueno, Toño lo tiene fácil. Lo convoques o no él siempre está. Es la ventaja de vivir con mamá. Si hay cónclave los demás nos tenemos que desplazar más o menos, pero a él le basta con abrir la puerta de su castillo—dormitorio y salir al salón.

Nada más entrar por la puerta soy consciente de que hay algo que no cuadra en la escena. Están todos allí. Mis tres hermanos mano a mano, y... ¡claro! ¡Mi padre!, él es el elemento discordante. Y eso mosquea. A la gran Águeda le han quitado un peso de encima con la separación de su marido y cuenta poco con él. Bastante poco. El que papá esté puede significar que tenemos algo que celebrar. Repaso mentalmente por si se me ha pasado por alto alguna fecha importante, pero mi cerebro me devuelve páginas en blanco de una agenda familiar por lo general llena de eventos y efemérides. Las caras de Quique y mamá dan alguna pista de que no es oro todo lo que reluce, que no siempre hay cónclave de los Gómez para descorchar champán y morir de risa.

Elena y yo hemos tenido que hacer maravillas para dejar a hijos y marido en casa sin preguntas, así que el hecho de haber venido para poner cara de funeral nos deja hurañas. Normalmente las llamadas a filas de mamá son para celebrar un acontecimiento de festivas características, como que ha conseguido hacer la postura del escorpión en su clase de yoga, o porque la tía Carmen le ha mandado chorizos de la matanza de Belmonte, o incluso porque está eufórica por la excelente calidad de la hierba que se ha fumado y le da por hacer unas exquisitas tortillas de patata que adora compartir con sus retoños. Mamá es una juerga constante, así que hacemos cábalas de si es todo una pose debido a la presencia de papá. Pero si él es la causa, sigue sin haber una explicación lógica para su presencia. Elena y yo nos miramos cómplices y resoplamos. Le hago un guiño que entiende a la perfección y movidas por un

mismo resorte nos levantamos y nos reunimos en la cocina.

—Ana, tú vienes más a esta casa, dime dónde guarda mamá el anís. O me caliento el gaznate con un licor fuerte o me piro a mi casa a echarles la bronca a mis hijos. Prefiero gritar s soportar este silencio tan cortante. ¿Qué demonios hace papá aquí? ¿Se ha muerto alguien? ¿Está bien la tía Carmen? Es la persona más anciana que conocemos...

— No tengo ni idea. Acércame dos vasos de ese estante que ya he encontrado el Marie Brizard. Si lo echamos en los vasos del agua no nos pillan. Y ahora, al patíbulo, hermana.

Mientras estamos echando ingentes dosis de anís en los vasos, escuchamos a Antonio cantando a voz en grito en la ducha todo el repertorio de canciones de los 40 principales. Damos unos toques en la puerta con la vana esperanza de que nos oiga y salga de una vez. Es una manera muy vil de intentar escaquearse de la que se avecina.

Mamá va y viene de la cocina al salón y del salón a la cocina intentando parecer normal. En uno de los viajes ella también aporrea la puerta del baño de Antonio el barítono.

—Toño, ¿quieres acabar de una vez que te estamos esperando?

Pero sólo se oye a Toño desafinar por encima de la música de la radio. Mamá se encamina de nuevo hacia el salón. Sus andares traen con ella sensación de glaciación, el frío se siente por donde pasa. ¡Como siga paseando, papá el dinosaurio puede llegar a extinguirse!

No se ha liado ni un porro desde que hemos llegado y eso mosquea a Elena que al ser la hermana mayor conoce a mi madre mejor que nadie.

—¿Mamá pasa algo? Estás un poco nerviosa. Desde que pillaste a papá con Soco haciendo ñaca ñaca no te había visto así.

Mi padre pone cara de orgullo cuando se menciona a su Soco y ñaca—ñaca en la misma frase.

— Elena no seas ordinaria o te meto un sopapo y te pongo en tu sitio.

—Mamá, ya tengo una edad para poder decir libremente lo que pienso. Y mis hermanos para escuchar, por si lo que te preocupa es que lo escuche el pequeño Quique.

—Años tienes y muchos, pero yo soy tu madre, ésta es mi casa y si me da la gana y te pasas te doy una leche que te meto en vereda y no se hable más.

El oráculo ha hablado. Lo mejor es cerrar la boquita y dar marcha atrás o acabamos en comisaría.

—Mamá, ¿me puedes decir qué pasa? Aparte de tus nervios hay algo raro en el ambiente...

—Vamos a la mesa y comemos que se va a quedar todo frío y allí hablamos. Con el estómago lleno todo parece menos malo.

Mi padre sigue preguntando de camino a la mesa que quién hace ñaca ñaca. Se está rifando una torta y tiene muchas papeletas. Mamá le oye y le contesta:

—Últimamente todos, según parece...

Elena y yo nos miramos y miramos a mamá extrañadas. Ha dicho que con el estómago lleno todo parece “menos malo”. ¡Qué raro! Este no es el estilo de mamá. Personalmente espero que la noticia no tenga que ver con la salud de ninguno de los presentes. No me siento preparada para asumir una enfermedad ahora. Bastante tengo con mis crisis personales, familiares y laborales y mis sofocos. No estoy fuerte y en las malas hay que estar firme y sólida como una roca.

¡Claro! Por eso está aquí papá... Mamá siempre había dejado claro que “prefería morirse antes que volver a estar bajo el mismo techo que el cochino depravado”.

Nos sentamos a la mesa muy pegados a mamá sus cuatro polluelos, y un poco arrinconado, papá. Todos cariacontecidos. Unos por sus propias preocupaciones, otros porque están de cuerpo presente pero de mente ausente (concretamente papá que tiene cara de seguir dándole vueltas a quién hace ñaca—ñaca) y otros por las noticias que esperamos conocer en breve. Mamá tiene la mirada perdida mientras sirve el primer plato. Sopa. Todo va bien si hay sopa. Comemos en silencio. Desesperados porque nadie habla. Mamá se levanta para traer el segundo plato y los demás soltamos aire liberados de la presión. Pero cuando aparece por la puerta de nuevo con una fuente barritas de pescado congelado y estira su mano para servir a mi padre ese potingue todos entramos en pánico. Elena y yo nos miramos con cara de terror. Mi madre odia los productos congelados. Realmente el tema parece grave.

— Chata— dice papá— si hace falta te subo unos euros la pensión, pero a tu edad no puedes comer esta basura, que te suben las transaminasas y se te obstruyen las arterias. Tú, que además siempre has sido muy pasiva no te lo puedes permitir porque...

La mirada asesina de mamá deja mudo a mi padre a mitad de su desafortunado discurso. Agacha la cabeza como un niño pillado en falta y se aparta un poco más, por si las moscas. Si mi madre te hace la cobra con la diestra no la ves venir.

Quique también está especialmente cabizbajo y medio mudo.

Elena y yo nos afanamos en sacar temas normales de conversación, el paro, la sanidad, los suspensos de los hijos, pero mi madre asiente distraída o contesta con monosílabos.

En un momento determinado, deja los cubiertos encima del plato y pone las manos sobre la mesa.

—Ahora que hemos terminado de comer, tengo que daros una noticia importante.

Quique empalidece y hunde la cabeza en el plato un poco más. Toño mira a su madre con cara de ser la primera vez que la oye hablar mientras coge disimuladamente los restos de pescado congelado del plato de mamá. A todos nos puede casi más la curiosidad que la preocupación, que es mucha.

—Hijos, Quique ha dejado embarazada a Mónica.

Elena y yo no podemos evitarlo y después de tanta tensión, esta noticia nos provoca un ataque de risa incontrolable. Papá se levanta y abraza a Quique con fuerza.

— ¡Ese machote!! ¡Dame un abrazo máquina!

Pero los brazos de Quique cuelgan flácidos a ambos lados de su cuerpo. Parece no compartir el entusiasmo de nuestro padre.

—¿Se puede saber qué es lo que les hace tanta gracia a las dos chistosas? Con vosotras nunca se puede tratar un tema serio. Pero este es muy importante para mí.

Quique nos intenta fulminar con la mirada y se sonroja hasta la raíz del pelo. Le sale rana la jugada. Elena y yo seguimos llorando de risa.

—Mamá, que no es un drama, que aquí donde lo ves, tu niño pequeño tiene casi cuarenta años. Espero que no pensaras que sólo paseaba con Mónica de la mano... Lo que es de tontos es quedarse embarazada con los años que tiene ella. Esto sería un drama si tuvieran quince, pero esto es lo mejor que les ha podido pasar. Así, hasta es posible que maduren.

—Ana eres una bocazas de mierda. ¿Quieres que le cuente a mamá que tú te

acostabas con Manu antes de casarte? ¿Eh? ¿Se lo cuento?

—Quique, cuenta lo que te dé la gana. Yo ya he superado tus chivatazos hace lustros. ¿Ves mamá como le hace falta madurar? ¡Qué reacción tan adulta hermanito!

—¡Haya paz de una vez!! Ana, ya hablaremos tú y yo de ese temita que dice Quique. Pero no os he traído a mi casa para discutir, sino para deciros que para que no se note mucho la tripa de Mónica, su madre y yo lo hemos arreglado todo para que se casen en dos semanas. Así que esta reunión es para repartiros las invitaciones a la boda y comunicaros la noticia en persona.

Papá borra rápidamente la sonrisa de su cara.

—Oye, si a mí me has convocado para que asuma los gastos del sacrificio, retiro lo de subirte la pensión, ¡que hasta me han gustado las barritas esas!

Si las miradas matasen, la de mamá habría tenido poder para celebrar una boda y un funeral.

Las dos semanas de plazo que nos dio mi madre para creernos que la boda de Quique y Mónica era de verdad una celebración pasaron volando. Evidentemente no hay iglesia por medio. No había ni tiempo ni ganas. La madre de Mónica tenía un cuñado trabajando en el Ayuntamiento de Brunete y allí colaron a la parejita en la lista de espera de contrayentes enamorados. Pretendía ser una boda muy familiar. Por la premura y las circunstancias. Como nota de color, ésta será la primera vez que a un evento familiar se una Soco en calidad de consorte de mi padre y no de asistenta de mi madre. Cuando llegan los dos cogiditos de la mano, mi madre los mira de soslayo y saca un peta de un indescriptible bolso hippy de lentejuelas y se lo enciende. Para no ir de non, se ha traído de acompañante a su profesor de yoga, que lleva una pinta que ni Gandalf del Señor de los Anillos.

La ceremonia es muy breve. En el salón de plenos del Ayuntamiento, desde mi silla de terciopelo rojo veo a Mónica de perfil y está embarazadísima. Imposible esconder esa tripa. Por lo menos, por el tamaño de su bombo, calculo que está de seis meses.

Como en teoría todo lo del embarazo es secreto, y la parejita se casa por amor, concretamente por hacer el amor sin protección, no le he contado a Manu la razón de la boda relámpago. Pero le supongo la suficiente vista como para adivinarlo.

—Anita, nuestra recién estrenada cuñada es muy mona, pero... ¡vaya barriguita cervecera! Esta bebe más que yo. O a lo mejor padece de aerofagia. ¡A tu hermano le van las redonditas!

— Anda, calla un ratito. Luego te cuento con detalle lo que le gusta a Mónica.

Elena está lloriqueando. Es el colmo de la sensibilidad y la lágrima fácil. Me parece increíble que se siga emocionando en las bodas después de cómo le fue a ella en su matrimonio.

Estaba claro que la ceremonia no iba a ser larga. El alcalde no conocía de nada a Quique y Mónica. Y cuando digo de nada, es de nada. No hubo tiempo de que se hablaran ni medio minuto antes de entrar a la sala, así que tampoco hubo nada personal que aportar al rito oficial. En veinte minutos cada uno estábamos montando en nuestros respectivos coches rumbo al restaurante donde íbamos a terminar de celebrar aquella boda exprés.

Para respetar al máximo las tradiciones y que pareciera una boda menos precipitada, hasta se habían preocupado de preparar la disposición de los invitados en las mesas. Los niños y adolescentes acabaron todos sentados en una mesa. No habría problemas entre ellos, cada uno se iba a encerrar en sus WhatsApp, Snapchat, Twitter, su mundo. En las mesas de los mayores no ocurre igual. La situación es más violenta ya que ha habido que juntar en una mesa a las dos familias, en la mayoría de los casos sin conocerse previamente. Lo de juntar es puro sarcasmo. Estamos en el mismo local, pero eso parece Berlín durante la guerra fría, separados por un muro, en este caso invisible. Incluso diría que nuestra familia mira hacia un lado y ellos al opuesto. Y tampoco se ve muy felices a los novios.

Parecemos una convención de los descendientes de los Capuleto y los Montesco. He tenido que ir al baño nada más llegar y tras la puerta he sorprendido una conversación entre dos familiares de Mónica. Se lamentaban por la pobre niña, y en la extraña familia en la que había ido a caer, ¡pero la honra es la honra! Señal de que todos saben que está embarazada. Me tranquiliza. Han debido ver a mi madre haciendo lo que no debe en público porque decían que era una antisistema que se había sacado un cigarrillo medio deshecho del bolso y se lo había encendido en mitad del salón, pasándose por el arco del triunfo la prohibición de fumar, acompañada por un tipo extraño que se parece mucho al que mató a Sharon Tate... El padre besuqueando a una

señora con pinta de chacha... Las dos hermanas que parecen las tacañonas, todo el rato cuchicheando entre ellas y muertas de risa, y el otro hermano y el marido de una de las tacañonas arreglando el mundo mientras acababan con la cosecha de Valdepeñas del último año...

Definitivamente han hecho una perfecta radiografía de los Gómez. Nada más salir del baño voy a cascarle todo a Elena y decidimos hacer también un retrato robot de la familia contraria. Decidimos que la familia de Mónica son igualitos a los Monster. El padre tiene pinta de enterrador, la madre es una Morticia rechoncha con moño, uno de los hermanos tiene más pluma que un edredón de Ikea, y en un rincón hay una prima un poco guarrilla acosando a un camarero.

Por cierto, ese camarero me resulta vagamente familiar. Esa forma de sonreír con la boca y los ojos al mismo tiempo... ¿Dónde lo he visto yo antes?

La boda transcurre sin incidentes incluso compartiendo mesa y mantel con los Monster. En el fondo han demostrado que no son mala gente. Tal vez un poco arpía la madre, pero le daremos una oportunidad de redención. Hoy es pronto para enviarla a la hoguera. Llega la tarta nupcial, con una espada toledana para que la corten los novios del tamaño del Empire State. ¡Qué ordinariéz! Los novios se levantan para partir la tarta y el maître le susurra algo a Quique al oído. Quique asiente y vemos como el primero toma la palabra. Nos informa a gritos, a todos los presentes y a los del restaurante de enfrente, que como no han tenido tiempo de encontrar orquesta como prometían en los anuncios de la radio, la casa ha decidido invitar a barra libre y sacarán el karaoke del almacén. ¡Eso! Denos herramientas para liarla parda, que se ve que hay material suficiente juntando el alcohol y un micrófono.

Antes del anuncio de la barra libre, el cava barato ya corría a raudales por las mesas. Personalmente, he perdido la cuenta de cuántas copas me he echado al gaznate. Elena, sentada a mi vera, tampoco parece tener ningún interés en contarlas.

Un camarero se me acerca por la espalda y me pregunta si deseo más cava. Ese tono de voz me resulta vagamente conocido. Me giro y me encuentro al tipo de la sonrisa de ojos y labios. Nada se pierde por preguntar.

— Perdona, pero llevo mirándote rato y no consigo acordarme de qué te conozco. ¡Porque te conozco de algo seguro!

— Disculpe señora si le digo que yo no recuerdo. Llevo pocos días

trabajando acá. Nomás llegué anteayer.

¡Ese acento argentino meloso! ¡El camarero del restaurante argentino!
¡Tierra trágame! Mejor que olvides Anita. Si él recuerda tu numerito será letal.

— Es cierto, me habré confundido.

Bien hecho. Tema zanjado. Copa de un tirón.

La familia de Mónica se ha subido a una pequeña tarima en formación Mocedades. Creo que van a estrenar el karaoke. La fiesta por fin se va a poner interesante. Estoy totalmente preparada para el descalabro Monster. Pero los muy aburridos cantan como los ángeles. Parecen la familia Trap. Es más, a la pequeña Morticia le pones una toca y parece Sor Citroën. Ya se podían perder por los Alpes los enanos cantarines... La oferta de canciones del karaoke llega a las manos de Elena, quien ojea el catálogo y se decide por un viejo éxito de Alaska. Evidentemente, ella no canta si no canto yo, y yo estoy un poco achispada y me da todo bastante igual. Manu se ha hecho íntimo del de la barra y allí se fue hace rato, así que no parece haber mejor plan que echarse unos cantos y reírse mientras podamos. Nos levantamos muy decididas, conscientes de que años de coro en el colegio de monjas algo habrán modulado y educado nuestras voces. Y es que no seremos los von Trap, pero a lo mejor nos parecemos a Las Grecas. Agarramos el micrófono a cuatro manos y empiezan los primeros acordes. La canción elegida es ¿A QUIÉN LE IMPORTA? Un himno. Un auténtico frenesí de los ochenta tardíos. Una oda a la juventud de las hermanas Gómez donde no existían las patas de gallo ni la necesidad de ocultar molestos michelines bajo fajas reductoras que te la juegan cuando menos te lo esperas. Y empezamos a desmelenarnos. Cantamos un poco peor que los anteriores vocalistas pero nos da igual. Nadie nos mira. Elena se ha motivado en exceso y tira del micrófono hacia ella y a mí no se me oye. Y yo también quiero ser la rubia de Abba así que le doy un tirón al micro y consigo colocarlo justo debajo de mis labios. No sé qué mosca le ha picado a mi hermana porque vuelve a hacer fuerza y a llevarse el micrófono a la boca dejándome sin voz, así que vuelvo a tirar mientras muevo la cabeza en un auténtico desenfreno ochentero.

Nuestros hijos van desfilando de uno en uno hacia la calle. Son unos insustanciales y no saben divertirse. Seguro que luego en casa nos echan en cara que han pasado vergüenza por nuestra culpa. Vergüenza les tendría que dar ser una panda de zánganos. El único que se queda a escucharnos es Pablo,

el hijo pequeño de mi hermana. Se nos ha situado en primera fila, muy pegadito a la tarima y baila moviendo las caderas totalmente desacompañado. Igual que su padre. Debe estar bailando la música que lleva dentro, no la que estamos cantando su madre y yo.

En los acordes finales de la canción estamos ya preparadas para bajarnos y bebernos una copita que bien nos hemos ganado cuando oímos cómo empieza otro clásico de juventud. Suena ¡Salta! de Tequila.

Nos entregamos a la canción. Elena lleva una elegantísima falda de tubo y unos zapatos de aguja imitando a Dita Von Teese. Totalmente metida en la letra de la canción y creyéndose miembro de Tequila, se olvida de su vestimenta y se agacha para coger impulso para el salto. Entonces se oye un ruido que la deja paralizada y muda en posición de sentadillas.

Yo sigo encantada de ser ahora solista, pero cuando veo su postura me mosqueo. Con la intensidad de la canción ya a medio gas me asomo a la espalda de Elena temiéndome un ataque de lumbago, pero lo que veo es una tremenda raja en la falda de mi hermana que deja al descubierto sus medias de color carne y un horrible tanga morado con lunares amarillos. En mi mente imagino tener el móvil a mano y hacer una foto de ese espectáculo y colgarla en Facebook, muy a lo Sofia Vergara pero en cutre. De una sola mirada entiendo que me necesita. Me solidarizo con ella y tiro con todo el dolor de mi corazón mi micrófono. Elena sale corriendo hacia el baño conmigo pegada a su espalda como si fuera un disfraz de lapa. Ella querrá tapar el estropicio de su falda y yo creo que ya que voy aprovecharé para deshacerme de esta molesta tripa que me ha salido de tanto cava.

Cuando salimos del baño con un remiendo en el culo de Elena y mi vejiga aliviada, la fiesta se ha disuelto. Los del restaurante se han llevado el karaoke y están recogiendo los manteles. La boda del año ya es pasado.

El ascenso

Hoy es lunes. He conseguido llegar pronto a la oficina incluso después de haber sobrevivido a la boda y la resaca de este fin de semana. Adelanto trabajo como una posesa. Últimamente estoy un poco apática en el trabajo. Ya no soy tan ágil como antes. Así que el día que tengo la suerte de estar inspiradísima como hoy, me zambullo en lo que tengo entre manos y me olvido del mundo. Tengo delante de mí toda la prensa de la competencia desplegada y tecleo a mil pulsaciones por minuto. O eso quisiera yo. Giro la cabeza hacia la ventana para descansar los ojos y veo que tengo unos pelos de loca de asustar. Pero no hay tiempo para pelos. Ya llevo dos tazas de café de la máquina, y por supuesto, estoy cardíaca. Retiro el post it de nubecita rosa número seis de la pantalla de mi ordenador. Sexta tarea de Borja cumplida. En su cumpleaños tengo que regalarle un taco de notas cuadrado. El suyo es más empalagoso que la familia de “Pequeño Pony”.

Me reclino un rato en la silla y trato de decidir qué nubecita rosa atacar ahora. Son las once de la mañana y ya estoy agotada. Necesitaría un paseo para despejarme y conseguir terminar con todos los deberes del peor Borja hiperactivo.

Es justo él quien se me acerca por la espalda con sus andares femeninos y su característico boli con pompón. Le veo reflejado en la pantalla que acabo de bloquear y dejar en negro. A pesar de que le veo venir, no me espero que me ataque con una cosquilla en los michelines. Odio que me toquen los michelines. Por supuesto, reacciono con un grito y un bote en la silla.

—Hija, ¡qué reacción tan eléctrica y exagerada! Me lo tengo que tomar como que hace demasiado tiempo que no te toca un hombre. Jajajajaja ¡un hombre! ¡Yo! Jajajajaja ¡Cada día me hago más gracia! jajajaja

— “Festival del humor presenta a Borja el chispas”. Te he dicho mil veces que ni me vengas por detrás ni me hagas cosquillas, que reacciono fatal. Además, estoy muy concentrada y lo único que consigues con esto es

descentrarme y que tarde una eternidad en deshacerme de tus nubes de algodón de azúcar rosa. ¿A qué has venido por cierto? Como verás no me caben más post it en la mesa y hoy tenía intención de ir a casa a dormir....

Me giro hacia él con los brazos cruzados y el morro fruncido a ver si pillla la señal de que estoy poco receptiva a otro marrón adicional.

—Pues nada, si la señora no está de humor me voy por donde he venido y le doy el trabajo del dominical a Jessi. Seguro que estará feliz de poder hacer de conejillo de indias de los mil y un tratamientos de belleza que costeará el periódico para que salga un reportaje en tres semanas. De la cadena de spas B&C. Supongo que recordarás nuestra comida con el simpático don Bernardo y el día que decidiste no ocultarle ningún secreto de tu interior...

No sé si levantarme y calzarle un bofetón por el mero hecho de insultar mi buen hacer tratando de darle a Jessi algo que no sean las buenas tardes o por recordar el aciago día en que paseé mi faja reductora por un restaurante lleno a rebosar. Le hablo apretando los dientes para dominar el ataque de ira.

—Niiii ssssse te ocurrrrrraaaaaaaa.

—¿Cómo dices? No te entiendo bien cuando te pones en plan víbora rencorosa.

—Borja, lo de que tiran más dos tetas que dos carretas se lo tolero a quienes les gustan las tetas pero a tí ese juego no te va. Y Jessi te cae más o menos como a mí, así que menos tonterías y ya me estás contando de qué reportaje para el dominical estás hablando.

Borja me da un golpecito en el brazo con su boli de pompón, se sienta y cruza las piernas teatralmente. Se le ilumina la cara.

— Los dos vejetes han dotado a su cadena de spas con todos los últimos tratamientos de belleza y como son anunciantes de los que invierten bien, la directora del dominical quiere que vaya una de nuestras redactoras y los pruebe todos. Circuito de piscinas, masajes, manicura y pedicura, tratamientos faciales... Te vas a pasar un día entero dejando que te traten como a una reina, Anita. Por fin alguien te va a tratar bien.

La cara de felicidad de Borja se borra al segundo y medio de haber pronunciado esa frase al ver mi cara de asesina. Está indeciso entre irse o quedarse y sonrío de oreja a oreja para pronunciar la última frase antes de salir corriendo.

—Anita, digo entonces que tú estarás encantada de aceptar el reto, ¿cierto?

—¡Cuenta con ello Blancanieves!

Borja lleva pantalón amarillo, camisa blanca con cuellos alzados y chaleco azul eléctrico, como la princesita de Walt Disney. No dudo en devolverle el golpe cuestionándole su particular gusto en el vestir.

Me mira con cara de no entender pero sé que prefiere no preguntar. Soy consciente de que lo desestabilizo con mis miradas asesinas. Sonríe satisfecho, me da un último toque con su varita mágica emplumada y se va pasillo adelante con su inconfundible balanceo de caderas.

...

Una semana más tarde es mi cita en el Spa B&C. Sólo rezo por no encontrarme con el pequeño viejo verde de don Bernardo, a ver si en medio del masaje le da por visitarme y me amarga el día. Teniendo en cuenta que el local está en pleno barrio de Salamanca fui ayer a la peluquería para causar buena impresión. Sí, los vapores arruinarán mi alisado pero quiero hacer entrada triunfal. Borja habló de sentirse como una reina. Por algo se empieza. Entro con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en la cara y la mantengo mientras me identifico en la recepción ante una chica asiática totalmente espectacular. Ella se presenta como Harawaki y me invita a contar con ella para cualquier cosa que necesite. Su voz es tan aterciopelada como su piel. Estas japonesas vienen con buena genética de serie. Envidiable.

—Ya hemos completado el registro. Si quiere me puede acompañar, le enseño los vestuarios y le explico los tratamientos que hemos preparado para usted. Está todo pensado para que disfrute al máximo de la experiencia y pueda probar toda nuestra oferta de belleza.

En el vestuario me esperan un albornoz, unas zapatillas, un juego de toallas y una pequeña bolsa hermética con un gorro de plástico para no echar a perder mi sesión de peluquería de ayer. Bonito detalle. Siguiendo las indicaciones de mi espectacular cicerone, me pongo el bikini que días antes me aconsejaron traer conmigo para disfrutar de las distintas piscinas. Es del verano pasado, han pasado ya siete meses desde entonces y he ganado unos kilitos. Muevo el bikini a un lado y otro del trasero pero lo ponga donde lo ponga no me cubre de ninguna manera la totalidad del culo. Lo mismo ocurre con la parte de arriba. Parecen dos pezoneras en vez de un bikini de cortinilla de corte

brasileño... Tengo que tomarme en serio la dieta. Pero hoy no puedo darle mucha más importancia, es lo que hay, y al fin y al cabo esto no es la playa sino un Spa y nadie me va a mirar, voy a estar casi siempre oculta tras el albornoz o sumergida en agua caliente. Dejo de pensar en mi cuerpo fofisano, cierro los ojos, respiro hondo y me relajo. No puedo perder el objetivo, he venido a lo que he venido, así que tengo que apresurarme, el bombón chino espera al otro lado de la puerta del vestuario.

Meto la bolsa hermética en un bolsillo del albornoz, es lo único que me han dado que aún no me he puesto, y con todo listo salgo del vestuario y encuentro a mi inseparable Harawaki esperando sonriente. Mientras caminamos juntas en dirección opuesta a la entrada me va explicando en qué consiste la experiencia.

—El primer tratamiento será un circuito de piscinas con distintas temperaturas y chorros a diferentes presiones. Es requisito indispensable bajar sus biorritmos acostumbrados al estrés de la ciudad. El agua es el elemento que más nos ayuda a lograrlo. La luz en las piscinas es muy tenue, para simular el vientre materno. Contribuye a sentirse en paz consigo misma.

Vamos andando hasta llegar a una piscina de forma irregular. Harawaki me insiste en que tengo que pasar por todos y cada uno de los chorros colocados en los bordes de la piscina ya que cada uno tiene una finalidad. Me explica que el agua está a una temperatura de 36,5°C exactamente, la temperatura ideal para...

He dejado de escuchar. Dejo a pequeño saltamontes con la palabra en la boca, me quito las zapatillas, tiro el albornoz al suelo y miro a un lado y a otro buscando una escalera para meterme en esa simulación del útero de alguna geisha con posibles. Ni rastro de acceso seguro a la piscina. Pero esta vez no hago el cateto. Me tiro de bomba. No había reparado en que había tres personas más en el agua, tres hombres de distintas edades que me miran censurándome. He creado un tsunami y he mandado a tomar por saco la sensación placentera de estar en líquido amniótico.

La chica asiática se me acerca casi de puntillas y con la cara bastante descompuesta me dice que está prohibido tirarse, que eso no es una piscina pública. Su sonrisa cada vez es más forzada.

Abochornada, le pido mil disculpas. Siento que tengo la cara del color de las berenjenas maduras.

Hago un esfuerzo ímprobo por ir pegada al borde de la piscina para no volver a meter la pata, pero cuando paso por el primero de los chorros una fuerza descomunal me lanza a propulsión al medio de la piscina donde hay un remolino causado por todas las corrientes que forman los chorros y me cuesta mucho ponerme un pie en el fondo. Noto como me hundo y siento una terrible presión en el pecho. Es imposible ahogarse en un spa. No puedo ser ese caso de risa que luego transforman en noticia de El Mundo Today. Cuando por fin consigo clavar la uña del dedo gordo en la separación entre dos gresites salgo a flote con el pelo totalmente descolocado y empapado. Me tenía que haber puesto el gorro. Adiós a mis cincuenta euros de peluquería.

Nuevamente, la simpática Harawaki se aproxima a la piscina y espera impaciente a que llegue de nuevo a la orilla.

—Olvidé decirle que no se puede meter el pelo en la piscina sin protección de un gorro de baño. ¿No ha traído uno usted?

Su voz suena más aguda que cuando me dio la bienvenida en la recepción.

—Lo siento mucho. No me lo he traído, no me avisaron de que tuviera que hacerlo, pero en el bolsillo del albornoz tengo uno desechable. Voy a cogerlo.

Fuera del agua voy despacio hacia mi albornoz para no acabar ahora en el suelo, cojo la bolsa hermética del bolsillo y saco el gorro. No es transparente como esperaba sino verde hospital, pero en estos momentos la cara de Harawaki es tan de Hiroshima que me lo pongo sin cuestionarme la tonalidad. Siento la mayor parte de la cabeza desprotegida, sin plástico que cubra mi empapado pelo. Cuando intento estirarlo para tapar lo máximo posible me percató de que lo que me puse no es un gorro de baño sino un tanga desechable. Los pelos se me salen irremediamente por las patas del tanga y debo parecer la novia del Yeti haciendo el pino.

Pequeño Saltamontes está a punto del colapso, con intermitentes ataques de risa histérica y llanto desconsolado.

Le pongo cara de corderito pidiéndole disculpas con la mirada, me quito el tanga de la cabeza y avanzo de nuevo hacia la piscina prometiendo no volver a meter la cabeza.

Intento pasar muy digna por delante de los tres clientes con los que comparto piscina, todos ellos relajados y ajenos a mi espectáculo. Consigo pasar la prueba de cuatro de los cinco chorros por los que aún tengo que pasar. A escasos dos metros está la escalerilla de salida ¡Había una

escalerilla! Ya casi lo he logrado. Avanzo confiada. Pero el último chorro de agua es el más fuerte. Con este último chorro vuelvo de nuevo al centro de la piscina y no hay manera de avanzar. La fuerza del agua es mucha. Siento tres pares de ojos mirándome desde tres ángulos distintos y tres sonrisitas picaronas unos centímetros más abajo de cada par de ojos. Pero no me miran a los ojos precisamente...

Bajo la mirada y veo que mis pezoneras brasileñas tapan una axila y la otra se ha escondido en el canalillo entre mis pechos. Por mucho que intento arreglar el estropicio no lo consigo con la fuerza del remolino que se forma en el centro mismo de la piscina de marras. Ahora mismo se trata de una cuestión de supervivencia, si muevo los brazos hacia el bikini dejo de luchar contra la corriente y me volverá a pasar como antes, que mi cabeza se hundirá y con esta fuerza del agua no saldré. Ni siquiera consigo gritarle a Harawaki que apague el grifo porque tengo la boca llena de agua. Me voy a ahogar. Qué manera tan ridícula de palmarla. Tras unos terribles segundos, el hombre más corpulento se acerca hacia mí con paso firme y me arrastra literalmente hasta zona segura.

Me deposita en la escalera y libre ya de corrientes me abrazo a él todo lo fuerte que puedo. Me da igual estar medio desnuda, con el bikini totalmente fuera de su sitio. Me ha salvado la vida y yo le achucho como si todavía pudiera arrastrarme el chorro asesino. En medio de mi sincero agradecimiento siento que él se aprovecha de lo cariñosa que me he puesto y sus manos descienden por mi espalda al tiempo que noto que alguien más de su anatomía se está alegrando con este abrazo fraternal. Le empujo todo lo fuerte que puedo y salgo de allí a toda prisa.

Harawaki corre a mi encuentro con el albornoz extendido para tapar todo lo que se ha salido del traje de baño. Parece más avergonzada incluso que yo misma.

Sin preguntarme si estoy bien o no, creyendo que si no habla de la escena desaparecerá de su cabeza me lleva hacia otra estancia.

—Espero que haya disfrutado de la experiencia relajante del agua.

Su cara no expresa lo que su boca dice.

— Ahora le hemos preparado un masaje drenante y desestresante. Como la prenda desechable que le dimos para el masaje pasó a mejor vida en la piscina, le aconsejo que se ponga la toalla limpia que encontrará en el

vestuario como si fuese un camarero. Pase por aquella puerta por favor.

Un nuevo vestuario. Una toalla perfectamente doblada y encima otra más pequeña doblada en forma de cisne. Cojo el patito y me envuelvo con él el pelo empapado. Me quito el albornoz y cojo la otra toalla... Recuerdo que Harawaki me dijo que me la pusiera como un camarero. Es raro, pero decido hacerle caso. A esta chica le va a dar un infarto por mi culpa. Doblo la toalla cuidadosamente a lo largo y me la cuelgo del brazo. No entiendo el porqué de este ritual. ¡Ni que le fuera a servir un café a la masajista!

Salgo del vestuario hacia la sala de masajes en pelota picada, con el pelo envuelto en lo que antes era un cisne de cuello largo y una toalla colgada del brazo como un camarero siguiendo las indicaciones de Harawaki y me encuentro con una señora muy pelirroja y muy muy corpulenta que me mira como si no acabara de creer lo que está viendo. Le da un tremendo ataque de risa que dura una eternidad a mi entender. Estoy un poco cansada ya de esta experiencia que prometía ser muy relajante y que me está poniendo los nervios de punta. Al cabo de un rato la walkiria consigue recomponerse.

—Disculpe, pero necesito que a ser posible se ponga la toalla alrededor de la cintura, yo de momento no voy a tomar nada, gracias, si eso luego, un tinto de verano y unas olivitas.

Eso fue la gota que colmó el vaso, me giré y di un sonoro portazo al cerrar para que la impertinente masajista se enterase de que no me había hecho ninguna gracia.

Al menos demostró tener tan buenas manos como poca gracia, así que finalmente la experiencia empezó a enderezarse. Y así transcurrió hasta el final. Masaje facial, limpieza de cutis, pedicura y manicura. Si mi pelo no hubiera sufrido los estragos del agua nada más empezar, ahora mismo estaría perfecta. Preparada para lo que me quisieran poner por delante. Mientras me visto, pienso cómo redactar este aciago día para que los abueletes de B&C inviertan durante todo el año en nuestro suplemento y quede un texto digno de la atención de nuestros lectores.

Harawaki ha recuperado su color natural cuando me despide en la puerta. Siento que se está quitando un peso de encima.

—Espero que haya disfrutado de la experiencia en nuestro centro. Y que vuelva pronto.

—Muchas gracias. Cuente con que no lo haré....

Mientras me alejo oigo perfectamente el suspiro de alivio de Harawaki ante mi promesa de no retorno.

Pablo quiere hacer bebés

Hoy he conseguido madrugar y llegar muy pronto a la oficina. Necesito silencio, inspiración y un milagro de Dios para conseguir escribir algo digno de mi día en el puñetero spa. Ser capaz de convertir mi desgracia y mi vergüenza pública en una experiencia maravillosa, inolvidable en positivo y altamente recomendable. Eso, si quiero que me sigan encargando trabajos de nivel y no las mierdas que nadie quiere hacer y que me han acompañado los últimos tres años. No se me está dando mal del todo, la concentración es total y bendigo a las musas que me hacen compañía en el profundo silencio de una redacción vacía. Me sobresalta el timbre del móvil. En la pantalla aparece el nombre de Elena. Muy pronto para ella, algo debe pasar.

— ¡Hola Elena! Es pronto. ¿Ha pasado algo?

— Ana, Anita, ¡te he preparado una sorpresita!

—Llámame tonta pero no sé por qué tengo la sensación de que la sorpresa a mí no me va a gustar nada de nada.

—Hermanita, me tengo que ir de viaje y necesito que te quedes con los niños. Son sólo cuatro días Ana. No puedes decirme que no, por favor. Sabes que yo por ti lo haría. Necesito irme. Se los dejaría a mamá pero en su casa hay overbooking. Quique y Mónica siguen buscando piso sin éxito. Por favor, por favor, por favor.

—¿Y dónde vas y con quién que tanta ilusión te hace?

—Ilusión me hace hasta ir al súper si puedo ir sola. Es la desventaja de estar divorciada y que el capullo del padre de mis tres hijos se haya ido a vivir a Bruselas para poner tierra de por medio.

—Elena, que no fue por eso. Que aceptó el trabajo de su vida. A ver, ¿cuántas veces lo hemos hablado? ¿Desde cuándo quería conseguir un puesto en el Parlamento europeo? ¡Desde que lo conociste! No te hagas la despechada ahora. ¡Yo también me habría ido! A tocarse las narices a dos manos lejos de la vista de los jefes y cobrando una pasta. Blanco y en botella

guapa.

—Vale, que sí. Que no me lo cuentes otra vez. Pero vamos a lo nuestro. ¿Te quedas con ellos? Me voy el jueves por la mañana y vuelvo el domingo por la tarde. Dos días están en el colegio y el fin de semana están todo el día con sus amigos. Ni te vas a enterar. Sólo que vas a tener que poner tres platos más en la mesa.

—Tienes un morro que te lo pisas. Eso vale para las dos mayores pero a Pablo hay que vestirlo, ayudarle con el baño, llevarle al cole y recogerlo... ¡Que “Gomarrota” es casi un bebé!

—Ana, no te pases. No le llares Gomarrota que un día se te va a escapar delante del niño y la vamos a liar. Y no seas cerda y me obligues a mendigar y suplicar, que lo hago.

Silencio por mi parte. Si cree que he colgado a lo mejor se lo piensa y llama a nuestra madre.

—Ana, que te corto las piernas. Por favor, que lo necesito...

—De acuerdo. Me los quedo. Pediré ayuda a mamá si fuera necesario. Pásame por escrito las normas con tus hijas en cuanto a horarios, salidas, móviles, indumentarias no permitidas y demás. Que luego vuelves y me echas la bronca porque en dos patadas se te ha ido a la mierda tu disciplina militar.

—No sé si te quiero o te odio pedorra. Muchas gracias. Luego te acerco a casa las maletas de los niños para que vayan directamente del cole a tu casa el jueves.

—Perfecto. Luego te veo. Beso.

...

Ojalá todo fuera tan fácil como lo pintaba mi desesperada hermana para deshacerse de sus hijos dignamente para una escapadita de relax. Pero el viernes mi casa ya era la jungla donde solo sobrevivían los más fuertes. Y estaba claro que yo estaba en la base de la pirámide con los débiles a punto de ser devorados. En mi caso por la montaña de ropa sucia que había ocupado el pasillo de los dormitorios. Había también sujetadores de colores flúor y dibujos estridentes tirados por el suelo del baño de los niños. Mochilas de todos los tipos y tamaños a los pies de la estrecha escalera. Cajas de cereales abiertas en la cocina. El Cola cao esparcido por la encimera. Música a todo

volumen saliendo de un dormitorio cualquiera, los dibujos animados en la tele del salón. Una pelea por un hueco en el espejo en un cuarto de baño...

—Pablo, apaga ya la tele que nos tenemos que ir al cole.

—¡Es muy pronto tía Ana! En casa mamá me deja acabar de ver Shin Chan.

—Pero como mami no está, las cosas en casa de tía Ana son distintas. Hoy también desayunas en el cole. Tía Ana tiene que llegar al trabajo a tiempo. Y el fin de semana ves todos los episodios de Shin Chan que quieras

—Los fines de semana no hay Shin Chan ¡que no te enteras de nada!

—Chicoooooos me piro. En diez minutos os quiero a todos fuera de casa o vais a llegar tarde. Manu luego nos vemos. Por favor ve tú a la compra que las fieras se han comido hasta la comida del perro y a mí no me va a dar tiempo.

Desde que tengo la casa invadida todas las conversaciones son a gritos. He intentado comunicarme con ellos con un tono normal pero tuve que desistir a las pocas horas. Me di cuenta de que el ruido que producían era muy superior al volumen que yo era capaz de darle a mi voz. Y me dolía la garganta de intentarlo. Así que me rendí a la sonora evidencia.

Como ya sabía yo, tengo que llevar a Pablo al colegio. Lo que me faltaba para tener una buena excusa que contarle a Borja cuando llego tarde y disfrutar con su desesperación. Lo dejo en la puerta del cole, le doy un sonoro beso y enfilo hacia el trabajo.

Por desgracia, cuando llego no tengo la buena suerte de encontrarme con mi querido jefe con cara de novia enfurruñada pidiéndome explicaciones por mi retraso, así que me siento en mi mesa donde encuentro la habitual decoración de post it rosa chicle en forma de nube que deja Borja todas las tardes antes de irse a sus bares de ambiente para no permitir que yo haga mi propio trabajo. Sé que no es mal tipo del todo pero que todas mis jornadas empiecen terminando su trabajo me repatea las tripas. Empiezo a despegar los post it y los ordeno por prioridades. Cuando el puzle cobra sentido en mi cabeza me meto de lleno en mis tareas.

A las diez y media de la mañana recibo una llamada de un número desconocido. Dudo si hacerme la sorda y seguir concentrada o incluso bajar al bar de la esquina a despejarme con un café y un croissant, pero me viene a la mente la horda de adolescentes que tengo de okupas en casa y por si es del instituto de alguno de ellos descuelgo. Elena no me ha dejado los teléfonos

para estar preparada en caso de catástrofe nuclear, pero por desgracia mis hijos me han hecho desconfiar de esos números desconocidos en horas de oficina. Los de las ofertas de Telefónica me dan guerra a la hora de la cena, no pueden ser ellos.

—¿Sí? ¿Hola?

—Buenos días, ¿es usted la responsable de Pablo Blasco? ¿Ana Gómez?

—Sí, soy su tía. ¿Le ha pasado algo a Pablo? ¿Desde dónde me llama?

—No, no, no. No se preocupe, el niño está bien. Soy la tutora de Pablo y necesitaría que nos viéramos a ser posible hoy mismo. Tenemos que tratar un asunto muy importante. Me he intentado poner en contacto con su madre pero me han avisado en dirección que estaría ilocalizable hasta la semana que viene y el tema que me preocupa tiene que solucionarse hoy sin falta.

—¡Gracias a Dios! ¡Qué alivio! ¿Me podría adelantar al menos de qué asunto importante tenemos que hablar de manera tan urgente? Me temo que no puedo dejar mi trabajo así como así. Le valdría que fuera cualquier otro familiar.... Por ejemplo, ¿la abuela del niño y madre de su madre? ¿Qué mejor que una abuela para solucionar cualquier problema? Tiene experiencia por partida doble, nada más y nada menos que de dos generaciones.

Necesito librarme de este nuevo imprevisto. Trago con darles de comer y con vivir en el caos del desorden y el ruido constante, pero los problemas de Pablo tienen que ser de fácil solución. Oigo cómo la tutora de mi sobrino carraspea de manera antinatural. Y después una voz desafinada me responde.

— De acuerdo. Si usted no puede me parece una buena solución. ¿Le puede usted decir que esté en el Centro a las doce y media y que pregunte por mí en secretaría? Mi nombre es Esther Bueno.

—Ahora mismo llamo a mi madre y se lo digo. Muchas gracias

—Gracias a usted.

Hoy debe ser mi día de suerte. Ha colado. Ahora sólo falta que localice a mamá y que no tenga mejores planes. Yoga, bingo, amigas o incluso que no me coja porque no tenga bien alineados los chakras.

En el teléfono de mi antigua casa nadie responde. Tres intentos. Silencio al otro lado.

Miro el reloj nerviosa. Son las once ya y si no localizo a mi madre me va a tocar darle explicaciones a Borja después de haberme librado de ello esta

misma mañana, pedirle permiso, consentir que vuelva a reírse de lo que él llama mis historias delirantes para escaquearme del trabajo y acercarme al colegio para que me cuenten un rollo pueril de último curso de infantil. La tal Esther Bueno sonaba más que intransigente y tesa como un palo. ¡Qué antipática! No me apetece nada tener que hablar con ella.

Finalmente marco el móvil de mi madre y a la segunda llamada contesta. Su voz suena rara. Como en un susurro.

— Ana no puedo hablar. Te cuelgo.

Mi madre va a colgar. No me lo puedo permitir. Oigo por detrás al profe barbudo de yoga que la acompañó a la parodia de boda de mi hermano pedir en voz alta a la clase que hagan la postura del nosequé. Le pego un grito desesperado, es mi última oportunidad.

— No mami, no me cuelgues por favor, que esto es una urgencia de vida o muerte.

—¿Qué pasa ahora Ana? Con lo mayor que eres y que sigas dependiendo de mí... Ya te dije que mi terapeuta me ha recomendado que rompa un poco los lazos con vosotros para ser más yo. Para encontrar mi zen...

—Que sí mamá. Que tú rompas con lo que quieras pero a partir de mañana por favor. Me han llamado del colegio de Pablo. Quieren hablar con el responsable del niño en ausencia de Elena y yo no puedo ir o me echan a la calle. Es a las doce y media. Esos bonitos horarios de los colegios en los que parece que siempre tengas que estar preparada en casa para cualquier cosita que ellos quieran contarte. ¡Parece que no trabaja ni una sola madre en este país!

—Ana yo no soy la responsable de Pablo, hija. Elena te los ha dejado a ti, pues tú te encargas. Sin acritud cariño. Además he quedado después de yoga con mis amigas para ir al herbolario...

—¡Y una mierda mamá! ¡Tú has quedado con el camello! ¡Que la única hierba que utilizas tú es la maría!

La he cagado. Por ahí no, Ana.

—Mamá por favor. Te lo suplico. Si vas, yo invito al herbolario de una semana.

—¿A qué hora has dicho que tengo que estar en el colegio?

—Gracias mami. Eres la mejor. A las doce y media.

A mi pobre madre no le ha dado tiempo ni a cambiar su indumentaria de yoga así que se va al colegio con sus mallas fucsias y sus zapatillas de deporte. Muy abuela yeyé. Para gestionar sus emociones, de camino al colegio acabó con la reserva de hierba que tenía y lo apagó justo en la puerta del centro.

—Buenos días, mi nombre es Águeda García. La abuela de Pablo Blasco. Vengo a ver a su tutora, Esther... Esther algo.

—Siéntese ahí, enseguida viene.

La hacen esperar en un pasillo verde lleno de corchos y murales con los trabajos de los niños. Mi madre los mira con ojillos achinados intentando interpretar el significado de cada dibujo. Entonces aparece por la espalda Esther Bueno. Es una chica joven, con una cabeza muy grande y una cara rarísima, como si se la hubieran pasado por la plancha en vez de su camisa. Tiene gesto adusto, incluso antipática, pero no es buen momento para prejuzgar. La mejor versión de Águeda le sonrío intentando contagiarle su “buen rollito” pero Esther no se inmuta. Hace pasar a mamá a una clase vacía y se sientan una frente a la otra en un pupitre un poco bajito para su estatura.

Mi madre la mira sonriente con sus ojillos emporrados esperando que Esther empiece a hablar.

—Así que usted es la abuela de Pablo...

—Sí. Águeda.

—Encantada Águeda. Verá el tema no es muy fácil de tratar, pero considero que es imprescindible abordarlo ya, antes de que vaya a mayores.

Mamá no habla. La mira fijamente, concentrada, con sonrisa emporrada.

A Esther se la ve algo nerviosa e incómoda.

—No sé si su hija le comentó antes de irse de viaje que el lunes nos vamos de excursión a una granja escuela. Se trata de una experiencia extraordinaria para los niños. Será la primera vez para muchos que vean animales de granja en vivo, tendremos muchas actividades y...

Águeda sigue mirando sin ver. Como la tutora no continúa con la frase teme haber perdido el hilo de la conversación.

—¿Y?

— Y pasaremos allí la noche.

— Genial. Me parece perfecto. Seguro que mi hija está de acuerdo con que

el niño duerma fuera una noche. ¿Dónde tengo que firmar?

Mi madre se levanta y mira a su alrededor buscando un boli. Sólo quiere irse de allí. La profesora le está pareciendo una muerta viviente.

—No se trata de la autorización. Es más bien todo lo contrario. Mucho me temo que no puedo dejar que Pablo vaya a la granja.

Mamá cierra un poco más los ojos y le sonrío. Esther está muy incómoda.

—Águeda, ¿está entendiendo lo que le digo? ¿Se encuentra bien?

—Ssssssiiii. M' esstáaaa diciendo que mi nieto no puede ir a la granjaaaa. ¿Correctooo? Pues no va. No entiendo el drama.

—Correcto. Pero lo preocupante es el motivo. Esta mañana les ha dicho a todas las niñas que cuando estemos en la granja escuela les va a... ¡hacer el amor! ¡A todas! Como comprenderá el caso es suficientemente grave como para que haya tenido que tomar la decisión de que Pablo no nos acompañe.

—¿¿¿Por???? No entiendo muy bien el problema...

Esther está totalmente descompuesta y desconcertada no comprende que la abuela NO LO ENTIENDA. —Águeda perdona, le estoy hablando del acto sexual...

—No se preocupe, yo le digo a su tía que le ponga unos preservativos en la mochila. Yo creo que con un embarazo no deseado en la familia ya hemos tenido más que suficiente. Mi hijo ha dejado embarazada a Mónica. ¡Con 40 años! ¡Lo que ha tardado el petardo! Yo ya pensaba que era un poco eunuco pero parece que no....

Esther se levanta de golpe y tira la silla.

—¿Pero qué está usted diciendo? ¿Está loca?

A mamá le da un ataque de risa. Risa silenciosa provocada por una buena dosis de una marihuana de calidad excepcional. Se abraza la cintura intentando mitigar el dolor abdominal que le provoca la risa. Pasan así tres interminables minutos para Esther que sigue clavada como una lanza en el suelo.

—Lo que le digo... (Risitas), que yo creía que era eunuco el pobre... (Risitas) y ahora me viene con que va a ser padre... (Risitas) ¿Es tronchante o no lo es?

—La verdad que no consigo ver dónde encuentra usted el chiste de todo esto, y me importan bastante poco los eunucos o Nenucos que quiera usted tener en su familia. Yo la he llamado para tratar un tema de vital importancia para su nieto, pero veo que no le importa lo más mínimo. Ahora entiendo de

dónde saca el niño su deplorable comportamiento. Pero tenga por seguro que esto no se queda aquí. De momento Pablo está expulsado del centro durante una semana, y lamento decirle que es más por el comportamiento de su abuela que por el del niño. A ver si de este modo aprenden los dos.

La muy estúpida no sabe dónde se ha metido. Mi madre de buen rollo es una mujer encantadora y muy comprensiva, pero que no le toquen a los suyos. La fiera interna ha matado el buen rollo. Se le borra la sonrisa de la cara como si le hubieran dado una bofetada pero sólo ha sido la estupidez de Esther. Atrás queda el efecto sedante de la maría.

—Perdone querida mamarracha. Cierto, mi nieto tiene mucho de mí, y de su madre. Gracias a Dios. Y de su padre, por desgracia. Y todos esos genes que le delatan la permanencia a una familia le hacen consciente de sus orígenes. No sé si usted podrá decir lo mismo. Me he pasado un rato extraordinario de puro ridículo. Pero ya se acabaron las impertinencias y las estupideces. Pablo va a ir a la excursión. Para su información, que la veo escasita de experiencia, a sus años no puede hacerle el amor a nadie. Sea un poco adulta y pregúntele al niño qué quiere decir con “hacer el amor” y luego hablamos. Y cuando se lo cuente, practíquelo. Aunque no creo que ni un ciego quiera nada con usted. ¡Fea!

Liberado su enfado, se levanta, le da la espalda a Esther y sale dando un portazo muy estudiado.

—Tengo que decirle a Elena que vuelva de Londres... Y que no deje que el niño vea las telenovelas con la asistenta.

Mientras Elena tiene una aventurilla

Sentada en su asiento de clase Business de Iberia, Elena suspira aliviada. Dejar atrás a las dos fierecillas y al pequeño diablo le parece increíble. Lo de estar separada es agotador. Al principio fue el dolor. El enano cabezón de su ex se había cansado de ella. NI siquiera tuvo la decencia de liarse con otra más joven para que pudiera machacarle y odiarle a conciencia. Que se había acabado el amor. Que en realidad no estaba seguro de haberlo sentido nunca. Que jamás había pensado en tener familia, y menos aún numerosa.

Y se fue. Se llevó a la gata, eso sí. Dormía con ella en la panza. Cuántas veces no se había planteado Elena si su marido no era un poquito homosexual. Que no tenía nada en contra de los homosexuales. A no ser que te hayas pasado casada con uno dieciocho años y te haya dejado plantada con tres hijos. Entonces sí pasa, porque te hunde un poco en la miseria. Un detallito sin importancia.

Sacude la cabeza. Intentando alejar los pensamientos negativos de su mente.

Lo mejor de todo es cuánto odiaba discutir. No lo hizo ni a la hora de firmar los papeles del divorcio. Y le dio todo lo que quiso. Incluso una pensión mucho más que generosa. Y con ella se estaba permitiendo el lujo de darse una vueltecita por Londres viajando como una reina. Clase Business, hotel de cinco estrellas, compras con una tarjeta cuyos cargos iban a la cuenta de su ex...

Y mientras, los niños con su hermana. Ana a veces se portaba. Y su madre. Ella la entendía porque ahora saboreaba con placer su soledad. Ahora que papá se había ido, mamá disfrutaba de esos pequeños placeres que parecen prohibidos cuando convives a tiempo completo con alguien durante más de cuarenta años. Por eso era su mejor cómplice en estas escapadas que necesitaba con desesperación a medida que los niños se hacían mayores.

—Señores pasajeros, les habla David Trueno, comandante del vuelo de Iberia con destino Londres. Les informamos que en 15 minutos aterrizaremos

en el aeropuerto de Heathrow. La temperatura es de 5° y la hora local las 12.55. Esperamos que hayan tenido un buen vuelo y confiamos en que sigan viajando con Iberia. Muchas gracias.

Elena se despereza y piensa en lo sensual que ha sonado la voz del piloto.

—Venga Elenita. Tú puedes. A darle caña a la Visa y a las piernas. ¡Vamos a patearnos la ciudad!

Tras Kilómetros de aeropuerto y eternos minutos de espera en la cinta de recogida de equipajes Elena mira por la ventanilla del taxi las calles de Londres. Ha elegido un gélido fin de semana de febrero. La ciudad tiene el ambiente Jack el Destripador clásico de las películas. Un escalofrío le recorre el cuerpo. Pero aleja tópicos de su cabeza sacudiéndola una vez más. Cuando Elena sacude la cabeza ahuyenta a los fantasmas.

—Madam, we've arrived.

El taxista avisa de la llegada al hotel. El Conrad St. James parece más blanco por la luz de la ciudad. Pero es una apuesta segura. Elena paga, recoge su maleta y se adentra en el cálido espacio del vestíbulo del hotel. Son pocos metros hasta el mostrador de recepción. Está a punto de llegar cuando un hombre vestido de impecable azul marino se gira bruscamente y se da de bruces con Elena, quien cae de culo con rebote y grito de dolor incluido.

—¡Coño!

Normalmente el sentido del ridículo duele más que el golpe, pero en esta ocasión duelen con idéntica intensidad. El hombre se agacha para ayudarla a levantarse.

—Lo siento muchísimo. ¡Qué torpe! No la había visto y no he tenido tiempo de corregir mi maniobra de giro. Al darme la vuelta ya estaba ahí.

En la caída libre, la generosa melena de Elena ha dejado su ubicación natural y se le ha desparramado por delante de la cara. Mientras devuelve el pelo a su lugar murmura un “la madre que lo parió” de lo más sentido.

Elena va a soltarle un improperio. O tres.

Uno por tratarla de usted como si fuera mucho mayor de lo que es.

Otro por insinuar que la culpa ha sido suya.

Y otro de propina por cretino.

Pero al apartar su cortina de pelo se encuentra a un tipo con unos ojos negros impresionantes, más entradas de lo estrictamente favorecedor en una

melena negra rizada y una mano, tendida en un caballeroso gesto de ayuda, increíblemente bonita. Sus ganas de insultarle se transforman en un ridículo intento de coquetería. Acepta su mano y sus disculpas.

—No se preocupe. No ha sido nada. Más aparatoso que grave.

Mantiene el usted para equiparar su edad pero es evidente que ese hombre es más joven. Pelo azabache sin una sola cana. O tira de tinte o tiene quince años menos que ella como poco.

Al levantarse suelta otro discreto grito agudo provocado por el dolor de rabadilla.

—¿Está bien de verdad?

—Sí, en serio, no se preocupe. Una terrible casualidad tropezar con un español nada más aterrizar en Londres. ¿Cómo supo que yo también lo era?

—Creo recordar que gritó un coño bien alto al caer.

¡Mierda!

Lo mejor será cortar rápidamente la conversación. Se acabó el momento coquetería. Zanjemos la conversación. Plan B: ser un poco altiva y aparentar indiferencia.

—Pues muchas gracias por la ayuda...

—David

—David. Estoy perfectamente. ¿Y mi maleta?

La maleta descansa tirada unos metros más allá.

—Me temo que ha caído más lejos que usted.

—Yo no he caído lejos. He caído bajo. Hasta el suelo concretamente. Más bajo imposible. Al menos en un plano real. En uno figurado podría ver el abismo.

—¡Qué profunda!

Elena no contesta. Lo mira con un fondo de desdén en los ojos y camina tan digna como puede hacia su maleta. La recoge del suelo y se dirige decidida hacia el mostrador en un vano intento de empezar de cero su llegada al hotel.

Saluda a la recepcionista como si nada hubiera sucedido. Busca en su bolso la cartera para entregar su documentación y formalizar la reserva. Mientras la empleada del hotel rellena una ficha con sus datos Elena mira abstraída hacia ningún sitio. Una voz la devuelve al presente.

—Perdona, pero siento que no hemos empezado bien y no me gusta dejar un mal recuerdo a nadie. Y menos a una compatriota. ¿Me dices tu nombre y me permites que te invite a tomar algo?

Elena ni siquiera lo mira. ¿Cuándo ha cambiado el usted por el tú? Recuerda cómo le gustaron sus ojos y sus manos y decide que una copa la ayudaría a curar su maltrecho orgullo.

—De acuerdo. Soy Elena. Aceptaré ese “algo”.

—¡Estupendo! Acabo de bajarme del avión. Como ves sigo con el uniforme. Si me dejas darme una ducha y deshacerme de mis compañeros te puedo invitar a comer en un sitio encantador que conozco en Candem.

—Yo también acabo de bajarme de un avión. ¡A lo mejor hasta hemos viajado en el mismo! Dame media hora. Por cierto, por mí no hace falta que te deshagas de nadie. No me asusta la gente.

—Gracias, pero soy yo quien no tiene ganas de gente hoy. En media hora nos vemos aquí mismo.

—Si estás asocial mejor lo dejamos. No tienes obligación de ningún tipo conmigo.

—No tengo ganas de MUCHA gente. Pero sí de gente nueva. En treinta minutos nos vemos.

David ha puesto un intenso énfasis en el MUCHA. Tanto que a Elena le ha llegado una bocanada de aliento. Desconcertada y dudando entre catalogarlo de asqueroso o insinuante, Elena camina hacia el ascensor y David hacia sus compañeros de tripulación que le esperaban mientras él se dedicaba a tirar y levantar a una mujer en medio del vestíbulo.

Elena tiene poco tiempo y mucho que arreglar. Parece que sus planes no seguirán exactamente el rumbo que ella había programado pero no le desagrada. Es cierto que esos viajes los hace para estar sola, pero realmente lo que busca es no estar con sus hijos y sus obligaciones. Para huir de la rutina de todos los días, de meterse en la cama con el ruido de fondo de la televisión que la ayuda a olvidar lo frío que está el otro lado de la cama. Porque a veces se siente sola y abrumada por sus hijos, el trabajo, el inexorable paso del tiempo, el aburrimiento, la rutina, la desorientación, la toma de decisiones en solitario...

—¡Corta Elena!

Lo malo de un fin de semana pensado para llenar la maleta en destino y vaciar la VISA de tu ex es que no llevas nada digno para salir a cenar en buena compañía. Por mucho que le cueste asumirlo, aunque no va con intenciones de nada concreto, en lo más recóndito de su ser se remueve un gusanillo que le recorre el estómago y baja por entre las piernas. Porque nunca se acaba el deseo de gustar. Y que tras tirarte de culo te inviten a cenar es un sueño para cualquiera que esté en su sano juicio.

Se apaña como puede con la poca ropa que ha llevado y no termina del todo a disgusto. En el fondo, aparecer muy arreglada puede ser un claro síntoma de desesperación, así que será mejor que el destino le tienda la mano en lugar de pisársela. En el fondo no deja de ser una disculpa subida de tono. La reacción de un caballero. Algunas cosas nunca deberían cambiar.

En el vestíbulo del hotel Elena busca con la mirada a David. Intentando no fruncir mucho los ojos. Lo que está claro es que las gafas se han quedado en la habitación para cuando vuelva y ponga la tele. Ante todo dignidad, querida. Los tenemos pero no los aparentamos.

—Hola Elena. Me gusta lo que veo y huelo.

David está a su espalda y más cerca de lo que seis meses de abstinencia pueden soportar. El gusanillo se vuelve serpiente. Me da a mí que este tío va a cuchillo.

—Hola David. Te estaba buscando. No te esperaba por la retaguardia.

—Te sorprendería por dónde soy capaz de aparecer...

¡O este tío está más caliente que la sopa de mi madre o se ha leído la trilogía de Grey! No sé si es prudente irme con él o si lo ideal sería subirme a mi habitación y encerrarme.

—Je, je, je. ¡Qué gracioso! ¿Listo?

—¡Listo! He pedido un taxi, supongo que habrá llegado ya. ¿Vamos?

El trayecto se llena de preguntas inocentes sobre temas banales lo que hace sentir menos tensa a Elena.

El restaurante es un espacio muy pequeño y algo oscuro, con luces directas sobre las mesas, muy cerca del mercadillo de Candem Town cerrado ya a esas horas. Los comensales que ocupan algunas de las mesas del local son claramente los restos de los visitantes y comerciantes. Pelos de colores, rastas, cuerpos perforados por piercings en todas las partes no ocultas por la

ropa, cueros, estampados imposibles, olor a incienso... ¡Menos mal que no tenía nada mejor que unos vaqueros y una chaqueta de punto o estaría haciendo el mayor de los ridículos!

Sentados ya en su mesa, justo en el centro del restaurante, Elena ojea la carta.

—¿Vegetariano?

—¿Yo? ¡No! Pero la comida de Londres es bastante basurilla para mi gusto. Además me tocan tres días de vegetales aún.

—Perdona, ¿qué es eso de que te tocan tres días de vegetales? ¿Una apuesta? Porque a dieta Dukan no me suena, que esa me la he hecho yo tres veces y...

—No, es una variación de la dieta paleolítica. Es la combinación perfecta para el paleo training. Hay que cultivar el cuerpo por dentro y por fuera. Yo la dieta Dukan nunca la he hecho porque se basa totalmente en las proteínas animales. Sobre todo pollo y ternera que en casi todos los países provienen de granjas masivas donde los animales tienen el peor de los tratos y la alimentación es a base de piensos compuestos y hormonas que les hacen engordar rápido. Basura. Ni más ni menos.

(¡Qué rollo de discursito!)

—Interesante punto de vista. Yo es que he decidido no pensar tanto. Si pienso en todo lo que es nocivo para la salud de cuerpo o mente creo que había pedido la crionización hace tiempo.

—A mí me parece importante. Es una forma de vida para mí. Cuidarme se ha convertido casi en una obsesión. Si no como correctamente o hago el ejercicio que tengo estipulado para un día en concreto no consigo sentirme bien conmigo mismo.

—Pues no debe ser fácil seguir ese tipo de vida siendo piloto.

—Bueno, no mucho, pero cuando repites destinos te vas buscando la vida para encontrar los restaurantes que te convienen y en vez de salir de copas con el resto de la tripulación me voy a dormir pronto para hacer mi entrenamiento por la mañana.

—Y hoy estás haciendo una excepción... No quiero ser la responsable de que te saltes tu entrenamiento matinal por falta de sueño.

—Hay muchos tipos de entrenamiento Elena. Al fin y al cabo la humanidad

no se extinguió en el paleolítico, ¿no?

Boa constrictora, cobra rey, pitón real, anaconda, nido de víboras hambrientas. Este tío va directo al grano. Es un auténtico kamikaze. Al que se le puede decir que no o dejarse acariciar por las manos más bonitas y masculinas que he visto nunca.

—Ha— ha, ha— ha, ha—ha

Esa risa le ha sonado tonta y nerviosa hasta a ella.

Menos mal que en la carta no hay nada con carbohidratos ni grasas saturadas, es decir un postre lleno de nata y chocolate que se coma con una cuchara y poder compartirla y chuparla por delante y por detrás porque si no monto un numerito sexi sexi. Que yo también sé hacerlo cuando me lo propongo.

Terminan la fruta y las infusiones. En la calle hace mucho frío y caen pequeños copos de nieve.

—¿Te apetece una copa?

David se acerca mucho para contestar.

—¿Una copa con hielo? Creo que me apetece más entrar en calor que pasar más frío.

Acerca sus labios a los de Elena y los roza de una forma tan sugerente que a Elena le fallan las fuerzas en las piernas para mantenerse en pie. Está por doblarse como un orangután y ponerse primitiva, primitiva.

—¿Y qué sugieres?

—Vamos al hotel y te lo explico.

No hay respuesta porque a Elena no le sale la voz. David levanta la mano enérgico para pedir un taxi que baja por la calle a pocos metros.

Una vez dentro, pegadas las piernas de ambos, hay silencio teñido de urgencia.

En la recepción del hotel una petición acelerada de llaves. En el ascensor, David sugiere que sea Elena quien vaya a su habitación.

—¿En la tuya? Yo preferiría la mía. Un poco de galantería de la de antes...

—Yo tengo todo lo que necesitamos en la mía y no me parece oportuno pasarme por los pasillos haciendo alarde de condones.

—¿Pero es que los llevarías hinchados con helio y sujetos con el hilo

dental?

—Ven tú a la mía. 308.

Y se baja del ascensor dejando a Elena sin aliento y con sensación de haber perdido una batalla. Pero las puertas se cierran y suben hasta la 5º planta. Elena corre hacia su habitación. No quiere correr el riesgo de que a David se le baje la euforia o incluso que se quede dormido. Con la escasa cantidad de comida ingerida ella estaba muerta de hambre pero el hombre paleolítico a lo mejor se sentía más que satisfecho. Viendo el lado positivo, así al menos no se le ha hinchado el estómago y no tendrá que meter tripa.

Se lava los dientes, se pone brillo de labios, una pasadita con la maquinilla de afeitar cortesía del hotel por las piernas, perfume en sitios estratégicos, último vistazo a la ropa interior... ¡Lista! A la tercera planta.

Llama al ascensor, entra, acerca la tarjeta magnética al sensor y pulsa el botón de la tercera planta pero las puertas no se cierran.

Lo intenta de nuevo pero tampoco. Mal momento para que se haya estropeado el ascensor.

Se baja y espera que las puertas se cierren. Espera un interminable minuto y vuelve a llamarlo.

Viene otro ascensor diferente y repite la operación. Pero la tercera planta parece no querer funcionar. Entonces se da cuenta de que a lo mejor las tarjetas están programadas para poder acceder únicamente a la planta de la habitación y zonas comunes...

Se baja de nuevo y mira a derecha e izquierda tratando de adivinar dónde puede estar la salida de emergencia para bajar andando. Pero, ¿y si sucede lo mismo con las puertas de emergencia y se queda encerrada en las frías escaleras? Lo último que le apetece es pasar la noche como una indigente y que la tenga que rescatar el personal del hotel.

Empieza a pensar que esta aventura está siendo demasiado complicada. A lo mejor el universo le está mandando señales para que abandone.

Tercera planta. Cierra los ojos, aprieta los labios y empuja con toda la fuerza de que es capaz, convencida de que no se abrirá. Pero se equivoca y sale despedida hacia el extintor del alfombrado pasillo.

—Bien pensado. Salida de incendios enfrente del extintor. Me siento segura. ¡La madre que me parió! ¡Qué accidentado me está resultando Londres!

Recorre el pasillo y por fin llega a la puerta de la 308. Se le ha bajado la intensidad de la excitación hasta tal punto que duda si llamar o darse la vuelta. Pero llama.

—¡Cuánto has tardado! Estaba llamando ya a recepción para preguntar por tu número de habitación y subir a buscarte.

—No habrías llegado.

—¿Perdona?

—Nada.

—Bueno, pasa.

David está semidesnudo ya. Sólo lleva unos calzoncillos que dejan a la vista un cuerpo muy musculado y más depilado que el de Elena. Le empieza a entrar pánico escénico pensando que pueda pinchar ella en lugar de él como sería lo lógico. ¿Por qué los hombres se empeñan en ponernos todo tan difícil? Ahora también competimos por ver quién tiene menos vello en el cuerpo...

—¿Quieres tomar algo del minibar? Hay zumos de fruta, refrescos, cerveza...

—No me imagino ambientando una noche loca con un zumo de melocotón la verdad. ¿Hay vodka? Es lo único que soy capaz de tragar sin hielo. Porque entiendo que hielo no tenemos...

—No, hielo no. Un vodka... ¡Va fuerte la dama!

—En estos momentos lo necesito.

David va al minibar, saca una botellita de vodka lo sirve en un vaso y se aproxima a Elena con la mano extendida. Cuando llega a ella aparta la mano y la besa con fruición. A Elena se le abren los ojos de par en par del ímpetu pero los cierra enseguida y decide disfrutar.

David deja el vaso de vodka sobre una mesa y abraza a Elena por la cintura con una mano mientras con la otra sube por la espalda y empieza a desabrocharle el sujetador al tiempo que la conduce hacia la cama.

Elena siente que le sigue haciendo falta ese vodka que descansa sobre la mesa. Que se le ha apagado la lívido en la escalera de incendios. Que David va fuerte... ¡muy fuerte! ¡Por Dios! ¿Qué es lo que siente pegarse a su cuerpo con ese ímpetu? Necesitaría dos vodkas.

David besa muy bien. Pero siente ansiedad en su boca. Urgencia. Desnuda a Elena con pericia. Ella se siente una adolescente torpe. En el fondo no deja de

resultarle raro encontrar pasión. Con su marido todo era aburrido pero era lo conocido.

Lo seguro.

Lo monótono.

¡Por favor qué placer de manos tiene este hombre! ¡Bonitas y expertas!

—Aaaaaaaaam

¿He sido yo la que ha soltado ese gemidito de placer? No sabía que fuera capaz.

Elena se deja hacer. Parece que David domina mucho mejor el cotarro que ella. Se le nota experto en muchos más cuerpos de los que ella pueda imaginar.

David acaricia a Elena despertando terminaciones nerviosas desconocidas y muy placenteras.

Ella se siente fuera de sí. Y enloquece en un orgasmo fulminante.

Abre los ojos fuertemente cerrados hasta entonces en un intento de concentración total en el placer y se encuentra a un David con cara de hacer flexiones. Profundamente concentrado. Se da cuenta de que ha llegado el momento de empezar a fingir que sigue disfrutando.

Dos minutos más.

Diez.

Veinte.

Me escuecen hasta las uñas de los pies. Por favor que acabe ya...

Veintisiete.

¡Por fin! Se acabó. Deja de arañarme tío. Me estás dejando el clítoris como el papel de lija. Esto no tiene ni gracia ni causa placer. Me lo tengo que quitar de encima y ponerme hielo. No voy a poder ir de compras. ¡Mala suerte la mía!

David se desploma sobre ella y le besuquea el cuello. Se tumba de medio lado y con sonrisa de corredor de maratón que cruza la meta victorioso pensando ya en el pódium le pregunta:

—¿Te ha gustado?

¿Qué se dice en estos casos? ¿Es una pregunta trampa? ¿Si miento me meto en un lío? Meterme, ya en ningún sitio más...

—Ha sido... el polvo más largo de mi vida David.

Bien. Eso no es mentira. No respondo a su pregunta pero no me compromete.

—¿Pero te ha gustado o no? A mí me encanta el sexo, la verdad.

—Nadie lo diría....me ha encantado David, pero me voy a ir. Mañana me espera un día duro.

—Yo vuelo por la noche de vuelta a España. ¿Quieres que quedemos a comer mañana y repetimos?

—Pues... no sé si podré... Déjame tu número y según vea las cosas te llamo y quedamos.

Si ni siquiera sé si voy a poder andar ¡como para repetir! ¡Este tío es una máquina!

Elena sube a su cuarto y se da una ducha de agua helada tratando de bajar la irritación. Coge el móvil para apuntar el número de David por si acaso llama no cogerle, cuando ve un mensaje de Águeda.

Creo que deberías volver. No estoy muy segura pero tengo la sensación de que quieren expulsar a Pablo del cole una semanita de nada...

Un Afterwork

Elena volvió como una exhalación antes de lo esperado. Pasó por casa y sin bajarse del coche metió a sus tres cachorros y arrancó de nuevo rumbo a su casa. Así que, ¡por fin me he deshecho de mis sobrinos! Los adoro, sí, pero es demasiado para mí. De dos a cinco criaturas en casa hay un salto de funambulista y el circo no está hecho para mí. Vuelve a ser lunes y voy a trabajar con la sensación de no haber descansado nada. Más bien es algo más que una sensación, es toda una realidad. La semana se presenta cuesta arriba. Odio esta sensación de resaca provocada por la falta de sueño y no por unos buenos gin tonics. No me vendría nada mal ponerme un día el mundo por montera y cogermela una buena cogorza. Atarme las medias a la frente, subirme a las barras de los bares sin zapatos, creerse gogó por un día... Como en las películas de despedidas de soltera. Todo a lo bestia. Debe desestresarse de lo lindo.

Atasco como siempre en la carretera. Como no avanzo ni a metro por segundo, estudio mi cara en el espejo retrovisor. Tengo unas ojeras que me llegan al ombligo, el mismo sitio donde caen mis tetas desde hace un par de meses. Se va a montar fiesta ahí abajo con tanto artista invitado. El coche de adelante se mueve, meto primera, avanzo medio metro, freno. Y así una y otra vez. Subo el volumen de la radio, empieza la sección de Jimeno y los niños y no me la pierdo ni un día.

Suena el móvil y maldigo al madrugador que haya decidido jorobarme el único rato que me río abiertamente. No puedo colgar porque el móvil está en el bolso y el coche no trae tecla anti tocapelotas. Me cago en sus muertos, ¡cuelga de una vez!

Miro la pantalla de la radio y el nombre de Borja brilla insistente. Siendo él no me queda más remedio que responder la llamada. Cojo aire, suspiro y trato de sonreír. Es demasiado temprano como para poder soportar un ataque de hiperactividad de mi jefe. De hecho es demasiado temprano para que él

esté despierto. Me resulta tan extraño que incluso descuelgo intrigada y tratando de mantener la sonrisa en los labios para que no note lo mucho que me inoportuna.

—¡Hola Borja! ¿Todo bien? Es pronto para ti...

No se oye ninguna voz al otro lado del teléfono. Ruidos extraños, guturales, de procedencia desconocida. Lo más probable es que Borja haya dormido con el móvil en la almohada, es algo muy normal en él, y en una vuelta lo haya tirado y por casualidad se haya marcado mi número. Es mucho efecto mariposa, pero mejor esto que pensar en la alternativa trágica del secuestro. Me siento muy aliviada. No hay marrón a la vista. Pero no existe la casualidad con Borja y justo cuando voy a colgar, decido comprobar una vez más que no hay nadie al otro lado, me ha parecido percibir un sonido casi humano.

—¿Borja? ¿Estás ahí? ¿Borja?

Ahora sí, se oyen gemidos al otro lado. Lloriqueos lastimeros seguidos de sonoros sorbetones de mocos. Borja está llorando desconsoladamente.

—Borja, me estás asustando y no es buena idea hacerlo cuando estoy al volante. Bastante mal conduzco ya como para añadirle otro ingrediente de riesgo. ¿Qué te pasa?

Se siguen oyendo los sollozos de Borja y presiento su esfuerzo por intentar hablar pero no le entiendo nada. Finalmente, no me deja otra alternativa que coger el toro por los cuernos y plantarme en su casa con la esperanza de que no sea muy grave el incidente. Pocas fuerzas un lunes por la mañana para arreglar tragedias griegas.

—Voy a tu casa. Estoy allí en veinte minutos. Prepara café. Yo llamo a la oficina y me invento una excusa por los dos.

Borja vive en pleno centro. Muy apropiado para un gay ultra moderno, pero nefasto para alguien como yo, que no me meto en el centro ni en taxi. Soy mediocre conduciendo por carretera, pero en ciudad soy un piloto suicida, y los parking del centro me parecen una broma de mal gusto. Ahí a mí no me cabe ni la bici con cestita delantera. Sé que a diez minutos de casa de Borja hay un bonito parking de paredes de vistosos colores y fotos en blanco y negro, ubicado en pleno barrio de Chueca, así que incluso a pesar de las prisas, la seguridad de la carrocería de mi Ford Focus pesa más que el disgustazo de mi jefe y dejo el coche allí. Confío que el paseo hasta su casa me siente bien. El portal es descomunadamente grande, de los que antes eran

paso de carruajes, como el de Espe Aguirre que es muy propia ella. Pulso el 3ºD de un interfono con cámara de TV que desentona horrores entre tanta madera noble labrada.

Subo las escaleras, porque el ascensor está en proyecto, no más. Borja aparece desde una puerta al fondo del pasillo, totalmente compungido, en bata de seda color malva y el pelo desordenado coronado por un antifaz de idéntico color. Cuando me ve aparecer vuelve a meterse dentro de casa, pero mi retina ya ha sido agredida con su aspecto. ¿Por qué tengo que presenciar esto? ¿Por qué?

Entro en el piso de Borja y cierro la puerta. Sé perfectamente dónde ha ido Borja. Me voy quitando la chaqueta por el camino y la dejo, junto con el bolso, encima de un silloncito Luis XVI de lo más barroco, me descalzo, entro en el dormitorio y me siento sobre una cama muy revuelta en la que está tumbado un Borja destrozado, rodeado de Kleenex usados.

—¿Has hecho café? Me temo que lo vamos a necesitar.

Borja niega con la cabeza. Dejo la vaporosa cama de Borja atrás y me voy a la cocina. Lleno hasta el borde el depósito del agua de la cafetera, rebusco en los armarios hasta encontrar un termo. Alessi, como no podía ser de otra manera. Todo con marca y diseño en casa de un gay con un buen sueldo. Borja toma el café con la leche muy caliente así que necesito otro termo. Cómo no, hay otro termo imitando la piel de vaca. ¡Qué propio todo! Azúcar, cucharitas y un paquete entero de servilletas de papel, aunque más que bocas limpiaremos mocos en el día de hoy.

Le sirvo una taza de café con leche cargadísimo de azúcar y me pongo otra yo pero en versión light. Cojo aire. Empieza la gran aventura.

—¿Empezamos por el principio? O hacemos un flashback?

—¿Siempre tienes que ser irónica? ¿Incluso cuando los titanes están en pleno hundimiento?

—Yo pensaba que tú tenías poco de titán, la verdad. Siempre me has parecido más un enanito desviado...

Borja rompe a llorar desconsoladamente. Muy ruidoso y teatral. Se lleva las manos a la cara y se la tapa por completo.

—¡No puedo seguir viviendooooo!

—Borja, no podré ayudarte si tú no eres capaz de contarme las cosas con

un poco de tranquilidad y orden. Sabes que me aturullo a mi edad. Venga, tómate el café y entre sorbito y sorbito me cuentas qué ha pasado.

Borja bebe de su taza, con el dedo meñique estirado como una banderilla. Poco a poco se va recomponiendo. Coge el último pañuelo de una caja ahora vacía y se suena de manera sonora. Deja la taza sobre una mesilla de noche que parece venir directamente del Ikea y a medio montar y lijar pero que seguro que está firmada por un magnífico diseñador de interiores neoyorquino.

—¡Tom me ha dejado!

Y rompe a llorar desesperadamente otra vez. Sé que suena muy cruel, pero me empiezo a impacientar. El drama ajeno me resulta ridículo. Lo admito, yo vivo en un puro drama y monto escenas dignas del peor culebrón venezolano, pero no es lo mismo llamar que salir a abrir. Obvio.

Intuyo que esto va a durar mucho más de lo que tenía pensado, así que cojo un par de cojines, los acomodo detrás de mí y apoyo la espalda en el cabecero de la cama preparada para escuchar una de las shakesperianas broncas de la pareja formada por Tom y Borja. Mi jefe y su novio son dos cuarentones diametralmente opuestos. Tom es un canoso muy atractivo con cara y pose de tipo duro y al que le encanta ir de hetero por la vida haciendo sufrir a Borja, quien es claramente la parte más débil de la pareja. Aparenta veinte años menos. Tiene una piel envidiable. Un portento de la naturaleza. ¡Ni una maldita arruga por Dios! Inconscientemente me estiro la cara mientras pienso en la piel de Borja en lugar de escuchar sus lamentaciones.

Borja sigue hablando de su último arrebato pasional con Tom. Dice algo de un compañero de trabajo de su novio, monísimo, que siempre viste trajes de Ermenegildo Zegna, que coquetea todos los días con su chico, que si Tom se deja, que si le manda flores a casa con tarjetitas misteriosas en las que sólo hay un dibujo que seguro tiene un significado oculto que él no pilla, el móvil, los reproches, las broncas, Tom que se harta, coge la puerta y se larga llamándole loca histérica, que si todos estos años él le ha aguantado mucho pero eso ya es demasiado, que si es un puto te lo juro Ana. Al oír esto me meto de lleno de nuevo en la conversación, porque este vocabulario no es propio de Borja, pero él continúa la frase, “un puto egoísta Ana”. Con todas las letras.

A veces hace una pausa para coger aliento y seguir contando con más vigor que antes. ¡No se cansa! ¿Cuántas veces he vivido esta historia antes? Se quieren mucho pero a Tom le cuesta mantenerse siempre en el nido. A veces

necesita volar. Y sólo vuela, no empolla huevos ajenos. ¡Qué ordinariez de metáfora me ha salido! Yo también querría volar a veces. Sola. Pero me persigue mi complejo de Teresa de Calcuta. Siempre intentando resolver los problemas de los demás porque los míos me quedan grandes. ¿Qué estoy haciendo consolando a Borja cuando soy yo la que necesita llorar y decirle que estoy harta de que me utilice como negra y él firme mis trabajos? Que tengo un marido que es más lento que un taxi diésel. Que ya ni sé cuándo fue la última vez que alguien reconoció alguna de las cosas que hago, siempre para los demás, nunca para mí. ¿Le cuento yo acaso que la flaccidez está ganando el terreno de esta batalla terrible entre la crema celulítica y mis muslos y eso me hunde? ¿Que necesito un aumento de sueldo que no me quiere conceder porque estoy harta de la ropa del Primark porque no tienen mi talla de muslos? No, todo eso yo me lo trago solita. Porque él descarga pero no quiere cargas ajenas. Y yo también estoy fatal.

Unos lagrimones como puños se deslizan por mis mejillas y su calor me consuela y me alivia.

Borja me mira extasiado. Debe pensar que soy el colmo de la empatía. Me abraza muy fuerte, casi hasta cortarme la respiración. Se levanta de la cama y me dice:

—Gracias Ana. A veces no soy consciente de lo buena que eres conmigo. Y hoy lo he visto claro. Muy claro. Nadie ha sentido tan hondo como tú mis problemas. ¡Has llorado conmigo!

Mi cara se mueve entre la desolación y la sorpresa. Hacía más de media hora que no escuchaba a Borja sino que dialogaba con mi yo interior. Es más, le culpaba de al menos la mitad de mis males.

—Me voy a dar una ducha y te invito a comer. A un restaurante espectacular. Deja el coche aquí. Ahora me toca a mí cuidarte.

Borja se levanta y se encierra en el cuarto de baño.

Voy a seguirle el juego y aprovechar este golpe de suerte. A lo mejor, todo esto trae algo bueno. Quiero incorporarme pero tanto tiempo sentada en postura de indio ha hecho que se me duerman las dos piernas. Han sido cuatro horas sobre la cama en posturas imposibles y más quieta que una ardilla disecada. Mientras intento recuperar la sensibilidad de pies y piernas a base de ligeros masajes y leves golpes sale Borja im—pe—ca—ble del baño. Se ha afeitado, peinado, puesto su mejor camisa y rociado de todas las lociones y

aromas conocidas y por conocer. Huele a todo. Pero todo agradable.

Bajamos al garaje y cogemos el coche de Borja, un Mini rojo full equip, incluido un terrible olor a vainilla que haría temblar a las natillas de cualquier abuela. Borja conduce dejando atrás Madrid hasta llegar a una carretera muy estrecha. En el retrovisor se reflejan las cuatro torres de la capital y a cada uno de los lados de la carretera se extienden espacios verdes y árboles frondosos. Un bonito contraste. Oxígeno tras una crisis de pareja en el barrio de Chueca.

Llegamos al restaurante, campestre pero totalmente fashion, donde nada está fuera de lugar. Comemos relajadamente, compartiendo una botella de vino, que se convierte en una segunda y en un gin tonic tras el enésimo café del día. Ya no hay llantos ni caras largas sino risas y airosos movimientos de manos de Borja. Ha vuelto.

A las siete de la tarde, los camareros dan vueltas alrededor de nuestra mesa esperando que nos vayamos de una vez porque se les junta el turno de comidas con el de cenas y les estamos empezando a fastidiar el mariquita y la añosa. Buitres esperando limpiar la mesa de sus clientes y descansar al menos media hora. Nadie se atreve a echarnos. Borja debe ser un cliente asiduo o incluso diario, diría yo. Hasta que uno de ellos, uno que no se había ocupado de nosotros en todo el tiempo que llevábamos allí, se acerca con una sonrisa de oreja a oreja dibujada en la cara. Una cara que me resulta vagamente familiar. El alcohol ingerido interfiere en la rapidez de mi cerebro que en circunstancias normales es extraordinariamente rápido para asociar cara y nombre. Pero con este tipo no consigo salir del estado de vaguedad mental. Llega a nuestra mesa y con un aterciopelado acento argentino se dirige a nosotros.

—Disculpen los señores, pero necesitamos recoger las mesas. En breves abrimos de nuevo para el turno de cenas y se nos hizo tarde. Disculpá.

Mientras Borja se disculpa coqueto con el simpático argentino yo rebusco entre los trastos de mi interior el origen de esta rara sensación de “dèjà vû” sin éxito.

Borja ha pasado del llanto a la euforia ayudado por la cafeína matutina y el Ribera del Duero de la tarde.

—Ana, es la hora oficial de salir del trabajo así que te voy a invitar a la última en un local diviino.

—¿Hay hora oficial de salir del trabajo?

Pero Borja ya se ha metido en el coche y no me oye. O se hace el sordo, que no se le da mal, para no responder a mi insidiosa pregunta. Yo siempre que cojo el bolso para irme a casa le surge algún asunto urgente que tengo que resolver yo, curiosamente, por el que termino saliendo del trabajo a la misma hora que los hombres lobo.

Mientras yo me debato internamente entre amargarle la fiesta con mis quejas o seguirle el rollo, Borja ha aparcado frente al Olé Lola, local de Malasaña muy frecuentado por los vecinos de Chueca. Ambiente muy gay, no por la decoración sino por los parroquianos. Todos toman caipiriñas, caipiroscas rosas con sombrilla y hablan dejando en libertad las plumas que en sus jornadas laborales esconden tras las camisas de Armani desabrochadas lo justo para mostrar sus trabajados pechos depilados.

Borja pide dos caipiroscas sin preguntarme y hace un brindis:

—¡Por la mejor empleada y amiga del año!

—¡Por las rápidas recuperaciones de mi titán favorito!

Las tristezas parecen haber desaparecido. Nos tomamos nuestras exóticas y rosas copas y mientras el local se va llenando, cada vez con mayor volumen de hombres desplegando plumas. Como enormes boas de cabaret que se enredan por sus brazos que despliegan como alas. Todos ellos con peinados imposibles, barbas de tres días perfectamente perfiladas y zapatos italianos.

Yo estoy de espaldas a la puerta y no me entero de nada, pero no pasa lo mismo con Borja que cada vez mantiene menos la mirada fija en mí y más en los distintos grupos. Me está ignorando, lo noto. Pide otra ronda de caipiroscas sin preguntarme siquiera si yo quiero lo mismo, si me apetece un vaso de agua o incluso marcharme a mi casa a ver a mi familia. Me estoy cogiendo un colocón que no he buscado y mañana no habrá piedad con el despertador y el mogollón de tareas que se habrán acumulado sobre mi mesa por la ausencia de hoy. Pero la música es genial y los pies se me van solos. Suena una canción de las Nancys Rubias de ritmo pegadizo y a mis pies les han seguido las caderas.

—Ana, ¡vamos a bailar!

—Pero, ¿dónde?

—Pues aquí mismo.

Borja le ha echado el ojo a un morenazo de labios carnosos. Casi podría ser el doble de Kortajarena, pero en bajito. Pone cara de venganza perfecta dedicada seguramente a su otrora adorado Tom, me coge de la mano y se lanza a un baile frenético. Yo no me quedo atrás, mi cuerpo lo estaba pidiendo a gritos y bailo pegando saltos como si no hubiera un mañana. A lo mejor el que hay no me agrade por culpa de la resaca, pero hoy es hoy.

Borja mira de reojo una y otra vez al mini Kortajarena y decide utilizarme de parapeto para conseguir la venganza perfecta. Una noche loca con un bellezón olvidando todas las penas de las últimas horas. Los mocos sorbidos y las lágrimas derramadas entre el frú frú de sus sábanas de raso, las que normalmente comparte con Tom y que él ha decidido abandonar.

Me deja colgada en el medio de la nada mientras él se dedica a la caza mayor, aunque yo ya me había olvidado de todo lo que me rodeaba hace rato dejando que la música corriese por mis venas, mi corazón, vibrando en cada neurona de mi cerebro... Cierro los ojos y me abandono al ritmo. La música me transporta a otro mundo en el que no existe el ridículo, donde mi cuerpo se mueve gracias a unos resortes internos que no controlo una vez que las notas musicales se mezclan con los glóbulos rojos, blancos y de todos los colores que quieran ser. ¡Que viva el Orgullo Gay!! Aquí no me van a juzgar, aquí no hay becarias con las tetas bien puestas en su sitio. Aunque suenen a globo cuando se las coloca en esos sujetadores minúsculos con grandes balcones para pechos inmensos. Aquí no hay adolescentes de grandes dramas y tremendos gritos. Aquí no hay asiáticas de rasgos perfectos rodeadas de inciensos llenos de zen. Ni maridos con pereza hasta para saludar. No... aquí no me juzgan. ¡A la mierda todo! Llevo demasiadas horas escuchando el drama sentimental de Borja cuando la que debería llorarle era yo. Que ya estoy harta de encargarme de todos los despojos que nadie quiere hacer. Un día de estos voy a decirle que se meta su boli de plumas por donde amargan los pepinos, tiene que valorarme. Le voy a amenazar con largarme a la competencia, seguro que le entra un ataque de pánico.

Mientras me encuentro ensimismada entre el baile y mis pensamientos, el ritmo de la música se ha acelerado hasta volverse frenética, y en cada subida de tono en la escala yo me iba viniendo arriba sin darme cuenta de que era literal y me estaba subiendo primero en un puf, luego en una silla, una canción más tarde en una mesa, un taburete... estoy a punto de poner un pie en la barra

ante la atónita mirada de todos los clientes del local cuando a lo lejos, como en sueños, distingo una frase procedente de la boca del mini Kortajarena:

— ¡Qué marcha tiene tu madre, cari!

Entonces se acaba el encanto. Poker Face de Lady Gaga se convierte en un estruendo en mis oídos y me despierto del trance con el pelo totalmente revuelto, sin zapatos, la camisa por fuera y despatarrada entre la barra y un taburete de un local de ambiente donde un montón de hombres me miran... ¡horrorizados! Todo lo contrario al sueño de cualquier mujer entrada en la cuarentena.

Poseída por una repentina humillación, me bajo de un salto, encuentro los zapatos camino del baño mientras cien pares de ojos me siguen con sonrisa burlona.

En el espejo del baño vuelvo a ser yo.

—Ana, estás patética.

Me lavo la cara para intentar borrar los estragos de un día increíblemente extraño. Ahora sólo me queda intentar una salida digna.

Nos vamos de excursión

Borja ha convocado una reunión de todo el departamento a las cuatro de la tarde.

Jessi aparece recién llegada de la peluquería. Y yo diría que también de la pedicura, y de la manicura y de Shana, la tienda de ropa favorita de la becaria... Choni, choni, como toda ella. Pedorra de mierda con sus globos postizos, su cinturita de avispa y sus veintidós años.

También vienen los “chicos” de deportes (por ser benévola con los grandes periodistas que llevan décadas y décadas cubriendo los eventos del deporte rey). Ambos peinan canas, y ostentan barriga cervecera. Las canas de uno van sólo en los laterales y el otro tiene la azotea bien cubierta de plata. Los dos saludan babeando a Jessi y ella endereza sus artificiales pezones y les hace una caída de ojos digna de Barbie Zorrón. ¡Ah, no! ¡Si esa versión aún no ha salido! ¡Se están inspirando en esta tetuda con tacones! ¡Qué rabia le tengo!! ¿O es envidia? Antes esos saludos cariñosos iban dirigidos a mí. No tan subidos de tono pero me tenían por su protegida. Y ahora me he vuelto totalmente invisible.

Por último viene “Huracán Lola”. Como siempre, entra mirando a todo el mundo con cara de perro, no saluda a nadie y se sienta en el mejor sitio totalmente despatarrada y coloca un pie encima de la silla de Jessi. Nadie se atreve a decirle nunca nada. Es legendaria su mala leche. O nata agria, a juzgar por la expresión de su boca, siempre torcida en un infinito gesto de desprecio y asco. Yo me llevo más o menos bien con ella por auténtica necesidad pero en el fondo le tengo un miedo atroz. Se cuentan demasiadas leyendas urbanas plagadas de despidos como final nada feliz para el contrincante de Lola, así que mejor de “amiga” que de enemiga. Aunque Lola ha dicho en infinitas ocasiones que ella no tiene amigas ni las necesita. A lo mejor es que lo que tiene es amantes y novias y esposas... Porque hay que reconocer que muy femenina no es.

Perdida en pensamientos lúgubres sobre Lola, no me percaté de la entrada de Borja en la sala ni escucho su saludo general hacia todos los asistentes. Pero para Borja no pasa en absoluto desapercibido mi estado de abstracción. Porque me conoce demasiado bien. Aparte de mi falta de respuesta a sus buenos días ha visto mis movimientos de cejas mientras miraba a Lola y Jessi. He intentado muchas veces corregir estos gestos mientras hablo sola pero por mucho control que intento imponer a los músculos de mi cara ellos cobran vida propia cuando me debato internamente en cuestiones importantes.

—Ana, buenas tardes. ¿De siesta?

La voz de Borja y la carcajada general hace que vuelva del país de las críticas feroces. Pero ya son muchos años de toreo en la misma plaza así que sin inmutarme lo más mínimo contesto en un tono perfectamente neutro:

—Perdona Borja, estaba repasando mentalmente todo lo que me queda por hacer para ti hasta que me vaya casi a medianoche como todos los días de este mes...

Borja acusa el golpe y con los ojos me lo dice todo. “Touché arpía. Te lo perdono por lo del otro día en el Olé Lola. Porque gracias a tus mimos he vuelo aquí, que si no...”

—Bueno chicos, para evitar que seamos muchos los que nos quedemos hoy más horas de lo debido por culpa de esta reunión informal, entramos directamente al tema por el que estamos aquí. Como sabéis la última encuesta de satisfacción laboral salió con un suspenso más cercano al cero que al cinco así que la cúpula directiva ha recurrido a unos consultores y a una empresa especializada en este tipo de problemas y han decidido que hagamos una reunión de team building la próxima semana. Concretamente el jueves. Nos vamos todos a El Escorial así que os recomiendo ropa y calzado cómodo, prendas de abrigo por si hace frío, crema solar por si finalmente sale el sol y una gran dosis de buena voluntad para sacar lo mejor de nosotros mismos.

Jessi, como no podía ser de otra manera, mira calentona a los de deportes, quienes babean y la animan con la mirada y los gestos de sus manos a levantarse para hablar.

— Perdona Borja, yo es que el inglés lo suspendía en el instituto, pero sobre todo porque la profesora me tenía manía....

— Envidia, bonita, sería envidia...

Es el coro de vejestorios haciendo puntos.

— Bueno, eso, envidia... El caso es que no sé lo que es el “timplinin” y no sé cómo poder prepararme si no sé para qué tengo que hacerlo.

En otras circunstancias la carcajada habría sido general porque la gente estaría escuchando y no mirando, pero tratándose de Jessi, y en una redacción mayoritariamente masculina, sólo se oye la mía. Me he quedado sola riéndome de la tonta tetona. Siento como taladros unos doce pares de ojos ceñudos que sin pronunciar una palabra me lo están diciendo todo. Así que el resto de risas las dejo congeladas en las comisuras de los labios.

— Jessi, un team building es una reunión informal de todo el equipo, que se va a hacer fuera de la oficina para que las obligaciones laborales no nos desvíen de nuestro objetivo real en ese día, que no es otro que reforzar nuestras cualidades como equipo y cambiar todo aquello que nos hace más débiles entre nosotros y frente a los demás. ¿Lo entiendes ahora?

—Gracias Borja, creo que sí. ¿Qué tipo de cosas vamos a hacer? Es para saber qué ponerme...

— Habrá de todo Jessi, no puedo decirte más. Te recomiendo pantalones cómodos y zapatillas de deporte sin tacón ni plataforma.

Borja me mira cómplice y me guiña un ojo y yo vuelvo a estallar en otra inoportuna carcajada. Es en estos momentos cuando mi jefe me despierta toda la ternura que a diario guardo celosamente en un cajón y bajo llave. He sentido esa química que teníamos al principio de nuestra relación laboral volar por encima de todas las cabezas para posarse sobre la mía. Por fin me ha dado a entender que él tampoco la soporta. Nota mental: averiguar quién es su enchufe o su amante. No hay otra explicación posible. Borja retoma la palabra con los ojillos burlones.

— ¿Alguna pregunta más? ¿No? Entonces nos vemos todos en la puerta de la oficina el jueves a las ocho de la mañana. Nos recoge un autobús y nos vamos todos juntos a El Escorial. No se admiten excusas de última hora. Con gastroenteritis, fiebre, hemorroides o abuelas moribundas, os quiero a con puntualidad británica y buena disposición. Se me había olvidado decirnos que si no remontamos esa puntuación de la encuesta de satisfacción laboral no cobramos los incentivos de este año. Y ni que decir tiene que nos vendría genial a todos.

El murmullo se convierte en manifestación abierta de enfado por la última

declaración de Borja, que sale escopetado para no tener que dar más explicaciones.

El jueves amanece un día plomizo en el cielo y en los ánimos del equipo de redacción. A las ocho de la mañana estamos todos en el bar de al lado de la oficina con cara de malas pulgas. No hay nadie que sonría. Compartimos el mismo lugar pero ni cruzamos las miradas entre nosotros. El autobús llega, aparca en la puerta de la oficina y abre sus puertas en un vano gesto que anime a la gente a subir. Pero ninguno hace amago de nada. Yo sigo a lo mío con mis churros y mi café con hielo. Y como yo, los tres tenores de deportes que no levantan los ojos de las tetas de Jessi que por una vez van cubiertas con un jersey que parece pintado en la piel. Ni Lola, la mujer carácter, que mira la tele sin voz en lo alto de una esquina mugrosa. Y así todos y cada uno de los invitados a esta fiesta que Borja nos ha montado. No hay motivación.

El conductor se asoma por la puerta delantera y mira a un lado y otro dudando ya de si la dirección donde ha aparcado es la correcta. Mira el reloj. Consulta su móvil. Vuelve a mirar a ambos lados esperando ver llegar un numeroso grupo de personas, da unos golpecitos a su reloj comprobando que funciona y se mete de nuevo en el autobús.

Borja entra en el bar como un pistolero del oeste versión Barbra Streisand.

— ¿Queréis, por favor, ir subiendo al autobús? ¿Esperáis acaso la venta de billetes?

El tono agudo de Borja no presagia buen rollito, así que de repente un montón de parroquianos abandonan porras a medio comer encima de las mesas y la barra y suben cabizbajos a un autobús estacionado en una calle del centro de Madrid.

Borja está en la puerta con los brazos cruzados sobre su pecho haciendo recuento de todo el personal convocado a esta bonita excursión. La última de la fila es Encarnita, la señora de la limpieza del turno de mañana que con ojillos de búho asustado anda a paso de nazareno de la semana santa vallisoletana esperando que le llegue el turno para subir. Borja se acerca a ella.

— ¡¡Encarnita!! Si no es mucho preguntar, ¿se puede saber qué haces en esta fila?

— ¡Usted dirá!— Espeta con un carácter muy agrio, nada acorde con su cara de búho asustado— ha entrao en el bar y con la mala leche de los malos

maricas nos ha ordenao que nos subamos todos al autobús. ¡Como pa no hacerlo! ¡Tié bemoles la loca!

La cara de Borja se vuelve granate.

—Muchas gracias por la obediencia ciega Encarnita, pero esa llamada no iba para ti, evidentemente. Así que puedes darte la vuelta y volver a la cafetería y pedirte otro café. Pagaré yo por las molestias. Díselo al camarero.

—¡Anda el otro! ¡Y la porra me la va a pagar! ¡Que con sus prisas me la he dejao a medias!

—Y la porra Encarnita, y la porra.

Cuando estamos todos en el autobús y Encarnita ha pedido ya su nuevo café con porras, el autobús arranca con rumbo desconocido para casi todos. Nadie parece tener ganas de hablar. Uno tras otro hemos ido ocupando los asientos de las ventanillas del bus y cada uno mira distraídamente lo que pasa por delante de cada una de ellas. Como turistas reconociendo una ciudad que la mayoría conoce de memoria y que una minoría aborrece en lo más profundo de sus almas.

Dejamos atrás Madrid y nadie habla.

Ha pasado una interminable media hora de atasco con frenadas y acelerones que me han revuelto los churros como en una batidora. ¡Qué mal conduce el autobusero! Deberían quitarle el carnet. Para distraerme y olvidarme del mareo, miro disimuladamente a Jessi. Espero muy poco de la idea genial de Borja y sus terapias laborales exportadas de los “Estates”, como a él le gusta decir. Pero estando Jessi cerca la cosa cambia. Seguro que ella nos regalará gratos y memorables momentos...

El paisaje urbano desaparece y da lugar a un entorno poligonero que asusta. El autobús para en un páramo de naves con aspecto de abandonadas y calles agrietadas. Las cabezas abandonan el confortable apoyo que les brindaba el frío cristal de las ventanillas y casi como en un susurro colectivo empieza a sonar la pregunta “¿qué pasa?” y un poco más alto “¿dónde coño estamos?”.

Borja se levanta fingiendo un optimismo y una alegría que tampoco él siente y anuncia:

— ¡¡HEMOS LLEGADO!!

— ¿A dónde? ¿Al infierno? ¿Qué broma es esta? ¿Vamos a jugar a las chabolas? Porque llamarle a esto casitas sería un piropo

Es Manolo, de deportes, quien no se caracteriza precisamente por su delicadeza.

— Dejaos sorprender por favor. Las apariencias engañan. Bajemos y mantened vuestras mentes abiertas.

— Un discurso muy manido Borja. No cuele...

— He dicho que bajéis todos de aquí y os metáis cagando leches en ese...hangar ¡o lo que sea!... Donde cuelga el cartelito de marras.

Como ovejas que van a ser esquiladas, bien abrazados cada uno a su pereza, llegamos hasta la puerta del almacén con un pequeño cartel en un folio plastificado con una frase de recibimiento: “BIENVENIDOS A BRASIL”. Es un reclamo lo suficientemente sugerente como para que los tres mosqueteros de la sección de deportes levanten el puño con la intención de llamar a la puerta, pero antes de que la rocen, se abre. Aparece una mulata con una oscura sombra por la zona del bigote y muy ligerita de ropa que nos desea una cálida bienvenida a la escuela de samba. Como por arte de magia, todos los hombres, que hasta ahora tenían un enfado de inmensas proporciones cambian su cara de cactus por la de oso baboso. Sonríen con ganas renovadas y le dan la mano a la amable mulata mientras los ojos se cruzan con los pechos desbordantes de un mini sujetador de lentejuelas. Las mujeres por el contrario hemos puesto aún peor cara de la que traíamos. He visto como dos de mis queridas compañeras escupen un “buenos días” entre dientes y pasan por delante de la brasileira sin poder evitar un último pensamiento de odio hacia sus pechos y una maliciosa sonrisa a su bigotito. Ciertamente me pregunto cómo Borja ha podido caer en un estereotipo tan sexista. Estoy segura de que él, al igual que toda la facción femenina del grupo, hubiéramos preferido a un hombretón musculoso y de sonrisa impoluta. Las mujeres preferimos mirar hacia arriba para disfrutar de las vistas, no como ellos, todo el día con la cabeza humillada para tener mejor perspectiva.

Una vez dentro de la nave, caemos en la cuenta de que realmente nos han traído a una escuela de samba a escala. Por todos lados hay brasileños vestidos de diferentes colores y pelajes, imitando el previo a los desfiles en el sambódromo. Y junto a las paredes, distintos burros con vestimentas y complementos dignos del mejor carnaval carioco. Nadie entiende mucho de lo que está pasando o de lo que puede llegar a pasar en ese lugar que no tiene nada que ver con nosotros. Ya somos un equipo un poco entrado en años, salvo

la guarra de la Jessi que sólo tiene veintipocos. Yo, personalmente, no encuentro la conexión entre la charla de Borja acerca de la necesidad de construir un equipo fuerte para llegar a triunfar y por lo tanto cobrar nuestros incentivos y este momento de baile carnavalero que nos han montado en un páramo del extrarradio. Todos esperábamos algo más clásico. Una charla impartida por un gurú de la comunicación y el éxito en la vida que nos llenara la cabeza de obviedades sobre la felicidad y el optimismo y nos obligara a tomar apuntes y a hacer construcciones imposibles con solo tres piezas de Lego. Un clásico. Pero, ¿un cursillo intensivo de samba? ¿Para qué?

Las cabezas van girando a nuestro alrededor observando los distintos disfraces. Pelos, plumas, brillos, escotes imposibles, taparrabos de print animal... Todas las bocas abiertas en una mueca mitad espanto mitad incredulidad. Salvo la de Borja. Sus ojos brillan con una felicidad especial. ¡¡¡ÉL!!! ¡¡¡Ha sido ÉL!!! Borja sueña con una vida de boas y frú frús, de colores imposibles y brillos excesivos. Y lo va a cumplir a costa de todos nosotros.

Estoy a punto de dejar el rebaño de boquiabiertos para lanzarse sobre Borja y asfixiarle con mis propias manos. Se marcó un discurso sobre la necesidad de ser y trabajar en equipo para esto. Para venir a una escuela de samba y vestirse de reinona. Como “Priscilla la reina del desierto”. Una vez que le he visto las intenciones al jefe, me pongo en modo búsqueda para encontrar unas botas de plataforma de color fucsia, convencida de que solo habrá unas y serán del número de Borja. Las facciones se me afilan tratando de afinar mi olfato y mi vista, aunque sin las gafas y con tanta gente va a ser difícil. Intento avanzar entre el mogollón y me tropiezo con Lola que me da un codazo de gratis por haber sobrevolado su espacio vital, supongo. No sé si escupirle en la cara o llorar como un bebé para que todos se enteren de su crueldad, pero antes de que me decida aparece un mulato brasileño con una cadencia exageradamente perfecta en sus caderas. Y con ellas se hace hueco para situarse en medio del nutrido grupo de periodistas, redactores y otras subespecies.

—Bom dia e bem—vindos todos. Mi nombre es Adao.

—Ciertamente estás para cometer un pecado.

La frase de Borja no ha pasado desapercibida para nadie, pero yo estoy tan mosqueada con él por esta encerrona que lo intento fusilar con la mirada. Pero

Borja sólo tiene uno ojos extasiados para Adao, quien también ha oído su comentario y con el que cruza una mirada llena de intenciones. Siento que cada vez crece más mi indignación y dudo mucho que sea capaz de contenerla. El muy cerdo nos ha traído hasta el culo de la ciudad sólo para cumplir sus sueños de reina del carnaval. Estoy rodeada de unos compañeros todos con idéntico malhumor, a punto de perder la poca dignidad que parece habernos dejado la empresa para.... Para que él se dé un capricho. Lo que no me encaja es que con la que está cayendo en el periódico le hayan aprobado esta excursión tan lúdico—festiva. ¡Es todo tan vomitivamente falso! Muchas charlas sobre ajustar costes, congelaciones de salarios, austeridad, contención de gastos y le pagamos el capricho carnavalero al jefe. ¡Inaudito! Me voy a hinchar a pasar taxis, todos los que sean por asuntos personales. Esa será mi venganza.

—La samba se dança em grupo. Cada miembro tem um papel importante para que la dança sea perfeita. Es por eso que seu belo chefe ha pensado que la samba e una boa forma de praticar o trabalho em equipo. Os brasileiros da escola de samba formaremos un jurado que dirá quien ha feito o melhor trabalho do equipo. Como veis hay ropa distinta para cada grupo. Você tem que formar cuatro equipos. Los nombres do miembros están escritos en estos sobres. Chamaré o porta—estandarte del grupo y él o ella formará su grupo com os nomes escritos dentro. Fásil, ¿no? Llamo a Borja.

Cruce de miradas entre Adao y Borja otra vez. Se rozan los dedos al coger Borja el sobre de manos del brasileño.

¡Qué desfachatez! Yo me cago en sus muertos. Encima va de cabeza de cartel Yo me lo como....

—Llamo a Jessi.

¡La madre que parió al maldito marica! Ya no hay respeto. No puedo, no puedo. Esto es querer dar donde más duele. Me paso la vida recogiendo sus pedazos del suelo y él me restriega a la becaria tetuda en bikini por delante de las narices. Verás las babas de la vieja guardia...

—Llamo a Raúl.

—Llamo a Martina.

Una bonita estampa, el jefe, la becaria, la secretaria de dirección añosa y el sobrino del director general. Increíble que nadie proteste. ¿Están todos ciegos? ¿O soy yo y mis precoces hormonas menopáusicas?

—Ahora, abrid os sobres y chamad a vuestros compañeros. O color do sobre significa o color de vuestra escuela de samba. ¡Podem empesar!

Los poseedores de los sobres de colores los abren con la teatralidad propia del clásico presentador de la gala de los Oscar y empiezan a llamar a los miembros de su grupo. Las voces se confunden unas con otras y los asistentes van de un lado para otro en busca de su abanderado, aun sin saber si quien los ha llamado ha sido Borja o Raúl, Jessi o Martina. Tardamos unos minutos, que se hacen eternos, en conseguir formar los grupos. Con el momento gallinero despendolado no he sido consciente del grupo en el que me había tocado y respiro aliviada al ver que mi abanderada no es la guarra anoréxica de Jessi sino Martina. De ese modo podré ver perfectamente el desfile de los grupos de Borja y de la becaria.

Pero el alivio me dura muy poco, la felicidad siempre es efimera. En unos burros ocultos en la sombra del fondo de la sala hay colgados unos atavíos llenos de pluma y de color. Tienen que disfrazarse todos con ellos y empezar a ensayar una coreografía que tienen que crear entre todos los integrantes del grupo. Ese es el reto. Encontrar cada uno cuál es su habilidad y ponerla al servicio del equipo para conseguir hacer el mejor número de samba. ¡Esto es *team building*! Alucinante. ¿Y por qué nadie nos ha pedido que nos tiremos todos a la calle, redacción, publicidad, conserjes y señoras de la limpieza a vender publicidad o nuestra alma a cambio de llegar a presupuesto? ¿Por qué no dejar de tirar de Agencia EFE y conseguir las mejores noticias, historias, artículos de interés humano y aumentar ventas de ejemplares? Estas son mis eternas cuestiones filosóficas sin respuesta. Pero supongo que por hacerme estas preguntas tan banales yo no he llegado a ningún puesto de responsabilidad y me encargo de hacer el trabajo sucio de Borja sin ningún reconocimiento por parte del muy tirano. Y aquí estamos tirando el dinero en disfrazarnos de avestruces y pavos reales y paseando nuestro palmito delante de todos los demás para disfrute de... ¿de quién? Sí, de los de siempre, de la maciza de turno y del amante de todo lo que tiene pluma, sin ánimo de ofender. Porque la una va a desplegar su terso cuerpo de veinteañera y el otro su trabajado pecho de gimnasio para lanzarle flechitas de amor al brasileño con el que muy probablemente acabe quedando después de esto.

— Y tú, ¿qué coño piensas hacer?

La desagradable voz de Lola me saca de la espiral de mal rollo que me

había atrapado en mi interior. Lola es la representación del mal rollo, la amargada que toda empresa parece tener. Aparentemente no le falta nada para alcanzar un mínimo razonable de felicidad, pero ella parece empeñarse en enterrarlo todo bien profundo, en poner la pega justa a todo para quitarte hasta el último resquicio de karma positivo. Porque no sólo es negativa y pesimista con lo suyo, también le gusta compartir.

—¿Yo? ¿Yo qué? ¿Habéis repartido ya los papeles? Yo no tengo ni idea de lo que puedo aportar a un grupo de samba.

—¿No eres tú la que montas el espectáculo en todas las fiestas de navidad bailando sola en la pista? ¿Qué pasa que como aquí no hay jefes no te apetece mover el culito?

—Lola eres la persona más desagradable que he visto en mi vida. ¿Y tú? ¿Tú qué vas a hacer? ¿Ponernos a todos a parir para que perdamos esta ridícula competición? Parece que la derrota es tu medio.

—Haz lo que te dé la gana pero quieras o no tú también vas a hacer algo.

—¿Pero quién le ha dicho a la borde ésta que yo no quiero hacer nada? ¡Que sólo me he quedado cinco segundos ensimismada! ¡Tengo unas ganas de que te pierdas tía!

Sin darme cuenta, había levantado el tono de voz diez decibelios por encima de lo recomendado para pasar desapercibida y la acústica de la nave se ha encargado de que mi comentario llegue a todos y cada uno de los integrantes de la comitiva que me miran de reojo y sorprendidos de que haya sacado los pies del tiesto con Lola. Porque hay que tenerlos muy bien puestos para decirle algo a esa mujer.

Martina también ha oído la pequeña escaramuza y nos llama para que nos reunamos con el resto del grupo y organicemos las funciones de cada miembro del grupo y la coreografía.

La tensión podría cortarse con cuchillo en el grupo por el rifirrafe entre Lola y yo pero todos intentan disimular lo mejor posible.

Finalmente se reparten los papeles y a mí me corresponde componer un atuendo uniformado para el grupo con las prendas que nos han tocado en suerte. Es todo un alivio. Martina, con sus 55 mal llevados se convierte en abanderada y a Lola le toca ser la coreógrafa. Justo a ella que es totalmente arrítmica. A pesar de sus protestas, Martina la llama al orden diciendo que ya

ha habido suficiente con una bronca como para consentirle una segunda. Así que a pesar de la desesperación generalizada del grupo Lola se afana en inventar unos pasos de baile, acompasados y sencillos, que lleven al conjunto a la victoria. Porque a pesar de todos sus constantes malos presagios, Lola mata por ganar. Y por eso es más frustrante que le haya tocado justo a ella inventar el baile. Porque cuando dice dos pasos a la derecha, ella hace tres a la izquierda y cuando toca levantar la rodilla ella mueve la cabeza.

Por mi parte, yo he elegido unos petos y unas diademas de plumas fucsias para todos. Era lo más discreto que había dentro del horror. Los hombres protestan por el color y las plumas, hasta que uno de ellos, Jaime, decide que lo ideal es beberse algo y animarse porque si no él se ve incapaz de vestirse de pollo marica.

—¿Y de dónde vas a sacar algo para beber que no sea zumo de naranja y café aquí? – pregunta César, el tímido de redacción de motor. Se trata de un hombrecito discreto de quien sería difícil precisar su edad de puro anodino. Parece haber nacido con la calva trazada con una buena regla, gafas setenteras y siempre vestido con colores grises y azules. Pero tras esa fachada brilla en sus ojillos una chispa de travesura ante la posibilidad de una ayuda extra para superar el ridículo.

Jaime se descuelga la mochila de la espalda, la abre, y para sorpresa de todos, dentro aparecen dos botellas de ron.

—Es lo primero que he pillado en el chino que tenemos al lado del periódico mientras vosotros os hinchabais a porras. Lo bueno es que esto pega con todo. Carajillo o cuba libre, qué preferís. Venga Anita, que tú con una copita eres mucho más divertida.

No puedo evitar sonreírle con cara de besugo enamorado. Jaime es un grandísimo canalla. De los que vuelven locas a las mujeres. Siempre me rindo a sus encantos en la redacción. Siempre consigue de mí lo que quiere y aunque me utiliza como un campeón me deja invariablemente con una sonrisa bobalicona durante un buen rato.

—¡Pues claro que me animo! Si no, no sería capaz de llevar a cabo toda esta parafernalia. Venga Jaimolas, a mí ponme un cuba libre cargadito que me va a hacer falta.

El grupo avanza hacia una mesa donde hay dispuestos unos refrescos, zumos y vasos para paliar la sed, se supone que después del baile

desenfrenado. Cogemos lo necesario y cada uno se prepara su bebida. Lola nos mira de reojo. No saber qué estamos haciendo y no ser el centro de atención puede con ella. Así que decide acercarse. Cuando la veo venir sé a ciencia cierta que será para chafarnos la fiesta e ir con el cuento a Borja o a quien sea. Cojo rápidamente un zumo de naranja le echo un interminable chorrito de ron y unos hielos y remuevo con el dedo. Termino la preparación en el mismísimo instante en que Lola pregunta:

—¿Se puede saber qué hacéis que no estáis ensayando el baile y no habéis empezado ni a vestiros?

Me giro con una sonrisa muy forzada y el brebaje en la mano.

—¡Qué susto Lola! Nos estábamos tomando algo de beber. Yo creo que de los nervios tenemos todos la boca seca. Te iba a llevar un zumo a ti. ¿Te apetece?

Incapaz de resistirse a que le sirvan Lola toma el zumo con sus habituales malas maneras y se da la vuelta sin dar siquiera las gracias.

Jaime se me acerca por la espalda y me susurra en el oído:

—Tan dulce como siempre, ¿verdad Anita? Menos mal que te tenemos a ti...

Un escalofrío me recorre la espalda al sentir a Jaime tan cerca. Huelo perfectamente su colonia. No sé por qué me pasa esto, me he estremecido como una adolescente, peor incluso que mi hija Marina. Para quitarme esta sensación tan olvidada hace años, le doy un largo trago al cubata que acabo de prepararme y avanzo hacia donde están listos los ramos de plumas fucsias que tendremos que vestir en unos segundos. Según me voy acercando, entre trago y trago, las cosas no me parecen tan terribles como antes. César y Jaime se han arrimado a una de las mulatas de la escuela y le están suplicando una demostración de cómo bailar la samba. Mientras la chica mueve frenéticamente las caderas consiguiendo que sus pequeños pechos se balanceen con ellas, los dos hombres beben, bailan y se ríen a mandíbula batiente. De repente César, totalmente liberado de su habitual contención, se agarra las caderas de la mulata y trata de imitar con las suyas los movimientos imposibles de una danza que la brasileña parece llevar en la sangre. Esto hace que el grupo se vaya animando, los chicos deciden quitarse la camiseta para lucir mejor sus disfraces, Lola engendra una mueca que quiere parecerse a una sonrisa y empieza a bailar ella sola y totalmente descompasada la pieza que ha

ideado para el grupo animada por el zumo de naranja con sorpresa que le hemos servido con amor sus compañeros. El espectáculo es demasiado grotesco para no partirse el pecho de risa, así que estallamos en una carcajada generalizada.

Cuando llega el momento del desfile, el grupo abanderado por Martina sale el primero. A ambos lados de un camino marcado en el suelo con cinta adhesiva se encuentran todos los demás componentes de la comitiva del diario.

Jaime, César, Lola y yo tenemos la boca seca como el cartón por los nervios, las risas y el exceso de alcohol. El único remedio posible para la hidratación parece echarse otro traguito más. Tres de nosotros bebemos de manera consciente y Lola, una vez más, ajena al segundo ingrediente de su zumo de naranja.

Martina lleva una pinta atroz. Ha decidido hacerse una especie de falda hawaiana con los foulards de todas las chicas del grupo con lo que la mezcla entre la falda zíngara y las plumas del peto en posición horizontal por culpa del volumen de su pecho provocan un nuevo ataque de risa etílico en la parte trasera de la comparsa. La comparamos cruelmente con un dodo. Y Lola, totalmente lanzada, habla de la extinción de una subespecie cuyo nombre nadie escucha. Cuando se lanza a hablar, sepa o no del tema, es un completo aburrimiento.

El resto va desfilando con la poca dignidad que les deja el atuendo.

Cuando llega nuestro turno, Lola va en la primera fila, con la cabeza bien alta y bailando un ritmo que no es el que sale de los tambores. En la parte trasera de la comitiva sonreímos con ojillos achispados y haciendo cada uno el baile que le apetece. Los hombres imitan el movimiento de las brasileñas con escaso éxito, las féminas intentamos aportarle algo de brío y lucimiento a un baile imposible sin mucho éxito. El desfile resulta un tanto desastroso.

El resto de las comparsas desfilan con más o menos acierto, pero con un mínimo de rigor en la coreografía. Intento mirar lo menos posible porque a pesar de los rones me mata la vergüenza por el espantoso ridículo que hemos hecho pero los veo por el rabillo del ojo y pienso en la bronca de Borja el lunes. Un Borja que aparece en ese momento coronado como icono carnavalesco. Parece el Jerjes de la película "300", todo emplumado y brillante. El jefe tiene unos buenos pectorales, y tableta, y piernas

musculadas....A veces no entiendo por qué la naturaleza a veces es tan cruel con el reparto de cualidades físicas. A un hombre no le hacen tanta falta unas piernas de escándalo. Ya me podrían haber tocado a mí en lugar de estos tobillos de jaca jerezana.

Perdida en esta maraña de pensamientos que mezclan broncas laborales con propósitos imposibles de dietas y ejercicio no me percaté de que los desfiles han acabado hace un par de minutos, los justos para que todos mis compañeros hayan empezado a desprenderse de los adornos que llevaron durante los desfiles y que sólo quedo yo con mi tocado y mi peto de plumas apoyada en una columna y bebiendo zumo de naranja con la mirada perdida en un punto infinito del hangar que fue Río de Janeiro hasta hace nada.

Jaime se me acerca por detrás y me dice al oído con voz pastosa: Gallinita, las plumas no te sientan muy bien. Quítatelas y ven.

Me ha pegado tal susto el gallo de las narices que del sobresalto he tirado el vaso que tenía en la mano. La siguiente reacción es darme la vuelta impulsada por un resorte invisible y sin haber calculado las distancias golpeo la nariz de Jaime con el hombro haciéndole sangrar.

—Joder Ana, ¡qué burra eres! Quédate si quieres pero no tenías por qué partirme la nariz.

—¡Genial! ¡Qué gran final para una actividad de mierda!

Jessi tiene un secreto

Los fines de semana tienen la capacidad de quitarle todo el protagonismo a la mejor versión de Don Limpio Baños. Limpian toda la mierda de días anteriores. Diluyen en amoniacos y lejías comportamientos vergonzantes en ambientes poco propicios. Por eso los lunes son odiados pero deseados a partes iguales.

Empieza la procesión en la redacción del periódico.... Los buenos días se dicen en falsete mirando de reojo las reacciones de tu compañero de mesa y rival de samba. Se escrutan las comisuras de los labios en busca de mal disimuladas sonrisitas.

Todos tenemos algo por lo que no sentirse orgulloso y para evitar la crítica ajena hemos decidido tácitamente poner una pátina a ese día de convivencia y ridículo vivido el viernes pasado. Intentaremos olvidar ese ambiente catódico que nos hizo a todos creernos en las playas de Ipanema y tener un sentido del ritmo tribal. Nada más lejos de la realidad.

Según se van llenando las mesas y pasan los minutos, el ambiente se descarga de tensión y vuelve la normalidad. Y el ruido de los teclados rellena los silencios incómodos.

Yo he entrado como si no hubiera pasado nada extraño la semana anterior. Es lo bueno que aportan los años, que no es que olvides antes o tengas menor capacidad de retención como se empeñan en hacernos creer los médicos, es que pasas en moto de todo, y si lo que has hecho no ha gustado a tus congéneres, pues que se aguanten.

Enciendo el ordenador y salta un mensaje de Borja.

Bdias

¿Hay que contestar ya? No me he tomado aún un café y Borja a palo seco...

Hola?

Estás?

Apareces como conectada
Anaaa??
Hay que contestar ya. ¡Cagoen!
Hola Borja
Estaba soltando el bolso
Alguna urgencia?
Recordarte que hoy no estoy
Y que tienes que ir a ver a los de cosméticos Boreal
Lo tengo en la agenda. No me olvido. Gcs.
Me ha pedido el boss que te lleves a Jessi
Que haga qué??
Estamos locos????????????????????
Que se la lleve Rita!
Para qué?
No necesito hacer de canguro, gracias. Esa niña no aporta nada
No he preguntado por qué?
Quieres acaso hacerlo tú?
Yo encantado
No me sentiré puenteado en ningún momento por eso
Cuando hables con él me cuentas qué te ha dicho
Muy bueno
La ironía te sienta tan bien!!
Te estás cubriendo de gloria jefe!
No. Acato órdenes
Cosa que a ti te cuesta
Mucho
Y no sé cuál es el pecado que ha cometido la pobre...
Ah sí!! Espera...
Tener 20 años menos
Cuando te sale el ramalazo malo te quedas solo
No tienes parangón...
Gracias por ser tan cruel

Pero no te preocupes, que me llevo a tu becaria a Boreal

Eso sí, como venga con una de sus camisetas marca tetas la dejo en la puerta como al perro

Y serías capaz...

Ponme a prueba....

La ira me paraliza y mantiene fijamente pegada la vista en la pantalla del ordenador. Desafío a la ventana que me muestra la conversación con Borja. No hay más mensajes. Pienso, ingenua de mí, que he salido victoriosa y que ha dejado a Borja sin palabras. Pero justo en ese estado de satisfacción personal con el pie mentalmente sobre el cadáver de mi rival, cuando voy a girarme, percibo por el rabillo del ojo que debajo del nombre de Borja aparece en cursiva la palabra “escribiendo”... ¡No tiene valor! ¿Por qué no se calla alguna vez y me deja decir la última palabra? Parece que va a haber guerra desde el lunes. Pero lo que aparece es un cambio de estado en el avatar de Borja que pasa de “En línea” a “Desconectado”

—¡¡Será capullo!! Cobarde....

Por mucho que me quede mirando la pantalla, Borja no vuelve a cambiar su estado ni a dar señales de vida. Relajo la tensión de perro de presa y decido bajarme a tomar ese café que tanta falta me hacía antes de que me amargara la mañana Borjita Mariquita. Porque no entenderé jamás que acepte sin rechistar decisiones que sabe que son perjudiciales para su equipo y por extensión para él. Pero baja la cabeza y asiente con todo y me desespera... Y a mí me toca aguantar a la chustas de la becaria y sus pechos embutidos como herramienta de venta y persuasión. Siglos peleando por dignificar nuestro trabajo y la rubia de bote esta se lo carga en dos golpes de teta. Lástima de intento de evolución.

La reunión con Boreal es a las once, las oficinas están en un parque empresarial en plena Moraleja y hay que salir con tiempo. Consulto el reloj de la pared y calculo que me da el tiempo justo para café, croissant y zumo de naranja. Tengo que cuidarme.

—Porque o me inflo a azúcares o yo lío la de San Quintín, lo veo venir...

Cuatro pares de ojos me miran extrañados. He vuelto a hablar en alto y sola. Muy alto y muy sola. Abochornada, me siento otra vez y le mando un mensaje a Jessi con el fin de pasar unos segundos más escondida detrás la pantalla y se olviden de mí los mirones.

Jessi a las 11 te vienes conmigo a ver a los de Boreal. Hay que hacer publlirreportaje de los últimos lanzamientos.

Lo sabía Ana, me lo comentó el domingo el Sr. Roca.

¿El domingo? La muy zorra se lo tira. Prueba nº1. Conste en acta.

A las 10:15 en mi mesa. Vamos en taxi que allí no hay quien aparque. Pide taxi para esa hora.

Chupi. Te veo en un plis plas.

Esta tía es tonta. Plis plas te hacía yo a ti en toda la cara y te dejaba dos manazas talla M en tu jeta de choni soplagaitas...

Ok. Adiós.

A las diez y doce minutos Jessi aposenta su culo perfecto sobre mi mesa y me obliga a levantar la vista. Sorprendentemente ha decidido vestirse discreta. Lleva un larguísimo y blanquísimo vestido con un escote bastante discreto, no se le ve el ombligo esta vez, sólo la mitad del canalillo. Parece que las cosas van a ser más tranquilas de lo que esperaba.

El taxi está también esperando en la puerta. Al menos como becaria sabe responder. Puntualidad británica en la cita y el taxi es quien espera y no yo. Me voy a pensar darle un cacahuete cuando todo esto acabe. De camino a Boreal voy aleccionándola para que no haga falta estrangularla en público por culpa de una de sus legendarias meteduras de pata. Pero antes quiero algo más de información...

—Y, bueno, qué, Jessi, ¿estás contenta o nerviosa con tu primera salida de la redacción?

—No, estoy normal. Tampoco es mi primera salida, ya he ido más veces con Borja.

—¡Ah...! ¡¡Qué bien!! (Hijo de la gran santa de su madre yo a éste me lo como cuando vuelva). ¿Y en qué más clientes has estado?

—Soy malísima para retener nombres, pero recuerdo que eran uno de bolsos muy famosos y uno de ropa carísima.

—¿Te ha llevado a Vouitton?

—¡¡Sí!! Así se llamaba, ¿por qué? ¿Tú no has ido?

—Por nada, por nada... Claro que he ido. ¡Un montón de veces!

¡Y una mierda! Que el muy capullo de Borja los ha guardado durante todos estos años para sí y ahora se hace acompañar de la rubia. Me va a oír. Pero

necesito saber por qué.

Aquí termina esta bonita charla. A quien tengo que cargarme no es a la becaria, que también, hay que exterminar a la mente pensante....

—Ya estamos señora, señorita... (¿Por qué tengo la sensación de que el “señorita” lo ha dicho haciéndose el seductor? Ay qué paranoia me está entrando con la Jessi de las narices).

Bajamos del taxi. Jessi lleva un bolso que parece el capazo de la playa. Y al cogerlo para salir me golpea con él en la cara.

—¡Jessi coño podías tener más cuidado! ¡Qué bolsazo me has metido! En toda la jeta...

—Señora, sea un poco más amable con la jovencita que seguro que ha sido un accidente y que tampoco ha sido para tanto.

El adalid no es otro que el taxista que mientras me recrimina por increpar a la becaria le hace un repaso a las tetas de Jessi. Ni siquiera se ha molestado en mirarme antes de hablar.

Aunque no tengo ninguna pretensión de convertirme en objeto de lujuria de taxistas o conductores varios en general, me sienta francamente mal ser tan invisible cuando voy con ella así que eso es motivo más que suficiente para que me baje echando humo del taxi y con un arañazo que le marca la mejilla derecha de lado a lado. La niña va intacta pero le hacía yo ahora mismo una avería que le dejaba la cara como un mapa.

Inspiro, expiro. Inspiro, expiro. Inspiro, expiro.

Entramos en la recepción del edificio de Boreal Internacional. Tras acreditarnos nos piden que esperemos un minuto mientras nos avisan para subir a la decimosexta planta.

—Jessi vamos a sentarnos, que el minuto se convierta seguramente en treinta.

—No, siéntate tú, yo prefiero quedarme de pie.

Sigo susceptible y ella no es capaz de verlo. Su ofrecimiento de que sea yo quien me siente y ella permanezca en pie desentierra de nuevo mi hacha de guerra. ¿Insinúa que yo necesito sentarme y ella no?

—Allá tú, creo que por muy joven que te creas ya se te ha pasado la edad de crecer... Y yo no soy tan mayor como para que me sientas el asiento como a una anciana. Además hay sofá de sobra.

Jessi ni se molesta en contestar. Permanece de pie, inquieta, paseando de un lado a otro. Escruto su cara intentando atisbar algún gesto de fastidio en la becaria a causa de mis borderías, porque estoy siendo muy borde, pero lo único que me parece percibir son pequeñas perlas de sudor en su frente. Incluso diría que está un poco pálida... ¡Está nerviosa! ¡Ja! Sí que le molesta que la critique. No tiene ni idea de cómo afrontar una entrevista seria de trabajo sin el apoyo de alguno de sus hombretones. Conmigo lo lleva crudo. No le pienso echar ningún cable, prefiero la soga al cuello. Le favorecerá más.

—¿Nerviosa, Jessi?

—No, es que...

—Señora, ya pueden subir. El Sr. Ramírez las espera. Decimosexta planta.

—Gracias

Jessi camina forzosamente erguida y con pasos de japonesa hacia el ascensor. Una vez dentro se oye un ruido extraño y con él aparece el color en la cara de la becaria.

La miro sobresaltada. No le he confesado que no le tengo muchas simpatías a los ascensores. Y de su boca salen las palabras más inesperadas.

—¡Uy!, me he tirado un pedete y ha ido todo detrás.

¿Qué ha dicho? ¿El miedo modifica las palabras de Jessi?

Empiezo a sentir un hedor espantoso y soy consciente de que lo que ha dicho y he oído se corresponde lo uno con lo otro. Recorro con la mirada a Jessi de arriba abajo atónita. La extraña mueca que tenía en la recepción cuando se negaba a compartir sofá conmigo se ha transformado en un gesto de paz absoluta. Todo atisbo de tensión ha desaparecido y por el contrario ha hecho aparición un extraño charco marrón alrededor de sus sandalias de cuña de esparto. Repito el recorrido de sus pies a sus mejillas encendidas intentando corroborar que lo que he visto es real. Tengo la boca abierta hace un rato y me veo incapaz de cerrarla. No doy crédito. Se ha cagado.

—Jessi, ¿ha pasado lo que creo que ha pasado?

—Pues parece que sí, pero no hagas un drama. Ahora voy al baño un momentito, me acompañas, arreglo un poco esto y vamos a ver al Sr. Ramírez.

—¿A qué te refieres con “arreglo un poco esto”? ¡Esto no tiene arreglo! ¡Hueles a mierda, te acabas de hacer caca en el ascensor de Torre Pizarro!

—¡Tampoco es para tanto!

La puerta del ascensor se abre. Afortunadamente no hay nadie esperando el ascensor. Sería demasiada humillación. Pero, curiosamente, sólo para mí, la sufridora acompañante de la autora del desaguisado. He estado en multitud de ocasiones en estas oficinas, recuerdo que hay un baño antes de llegar a la recepción de Boreal, pero la recepcionista nos ha visto llegar y me conoce de todas esas otras ocasiones y me está sonriendo. Tiene una dentadura perfecta, no puedo apartar los ojos de esos dientes hipnóticos. Es imposible pasar de largo y no saludarla. Pero con el hedor que desprende Jessi no puedo pasar por otro momento bochornoso. En el último momento hago un quiebro extraño, desvío la mirada y meto a Jessi de un empujón en el baño.

—¿Me quieres explicar cómo vas a arreglar esto? En los días de mi vida, en los días de mi vida... Voy a decirle que no podemos quedarnos, yo contigo no voy a ningún sitio así. ¡Me quiero morir! Nos vamos. Salimos reptando para que no nos vean. Que nos busquen en el baño, que se crean que es un poltergeist, un caso de abducción, un rapto en masa, que piensen lo que les dé la gana. Me piro.

—Anita, no seas tan agobios mujer. Sabes que esta visita es importante. Borja espera mucho de ella, que no están las cosas para desperdiciar los miles de euros que Boreal quiere invertir en el diario y nosotras dos somos la carta de presentación...Mira, ya casi está.

Mientras hablaba, Jessi había cogido papel seca manos y lo había dejado a modo de absorbente entre las sandalias y sus pies. Se había levantado la falda y quitado las bragas. Las dobló cuidadosamente como si estuvieran recién compradas y las metió dentro del bolso. Cogió un poco más de papel y se secó la cara interna de muslos y pantorrillas en un vano intento de no dejar huellas de su “escape”.

Pero la verborrea de Jessi me ha hecho salir del shock.

—¿Tú cómo sabes todo eso? No es información que se comparta con una becaria.

—No sé, el otro día...

En ese momento se abre la puerta del baño y la recepcionista de Boreal se dirige a mí desde la puerta:

—Hola, perdonad la pregunta, pero, ¿estáis bien? Os he visto entrar con muy mala cara al baño y me he preocupado cuando no os he visto salir... Os espera el Sr. Ramírez. Hace más de diez minutos que avisaron a su secretaria

desde la centralita y está mosqueándose. Tiene muy mal café, yo no la dejaría ni medio segundo más en la recepción. Por eso he entrado a buscaros...

Me viene pensamientos apocalípticos a la cabeza, esto es el fin. No hay escapatoria. No puedo dejar a la apestosa Jessi encerrada y amordazada en el baño como era mi intención porque ahora hay testigos. Y la limpieza en seco que se ha hecho no ha servido para mucho. Las sandalias aún le hacen chof chof al andar y yo sé que no es agua lo que hay ahí dentro...

—Muchas gracias por avisar, ha sido un pequeño percance, pero Jessi ya lo ha solucionado, ¿verdad que sí Jessi?

—Pues claro, si te lo vengo repitiendo desde hace cinco minutos, que ya está todo listo. Venga, vamos a ver al Sr. Ramírez. No le hagamos esperar más al pobre...

¡La muy guarra se hace ahora la digna! ¡Como si el retraso fuera por mi culpa! ¡Y ese tonito meloso cuando ha dicho “el pobre...”! Yo me la cargo, me la cargo...

Salimos las tres en fila india. La secretaria del Sr. Ramírez ha debido bajar a buscarnos o ha vuelto a dar parte de nuestra desaparición pero al menos no nos espera con cara de pocos amigos. La recepcionista regresa a su puesto y nos indica que sigamos por el pasillo de la derecha hacia el final donde otra secretaria con piel de porcelana nos recibe con la mejor de sus sonrisas. Sonrisa que se tuerce cuando Jessi pasa por su lado y que se convierte en una mueca preámbulo de una arcada.

El Sr. Ramírez se pone de pie y rodea la mesa para acercarse a nosotras y besarnos a ambas y cuando está a un metro escaso le doy un empujón a Jessi de tal calibre que la siento sin contemplaciones en la silla más cercana y alargo el brazo para tenderle la mano para evitar su proximidad. El movimiento es bastante brusco y le asesto un golpe de kárate a la incipiente barriga de nuestro anfitrión.

—¿Qué tal Iñigo? ¡Cuánto tiempo hacía que no nos veíamos!

Iñigo Ramírez acusa el golpe directo a su estómago y se encoge levemente mientras exclama:

—¡Mierda!

Se acabó, lo ha oído. Estamos muertas. Qué bochorno más grande por Dios...

—¿Por qué dices mierda?

—Porque me has dado un puñetazo en el estómago, Ana, ¿por qué va a ser si no?

—Perdona, de verdad, no me he dado cuenta. Es que tú querías beso, yo apretón de manos y el resultado ha sido nefasto. Lo siento mucho. ¿Te encuentras bien?

—Claro, claro, no hay problema... Venga, sentémonos. ¿Qué tal va todo por el diario? Hace mucho que no te veía. Últimamente es Borja quien más se prodiga, parece que te estás volviendo un eremita....

El Sr. Ramírez parece dejar el final de la frase inacabada e intuyo que debo estar agradecida. Sus ojos se posan descaradamente en mi “querida” compañera de fatigas.

—¿Y esta belleza que me has traído, quién es? No me has dejado ni acercarme.

Iñigo Ramírez llega hasta donde está Jessi

—Hola, soy Iñigo Ramírez, ¿y tú?

—Hola Iñigo Ramírez. Yo soy Jessi Pi.

Se acorta la distancia, los labios de él se acercan a la mejilla de ella. Cierro los ojos con fuerza esperando el cataclismo. A medio camino de ese primer beso, la nariz de él empieza a husmear como un perro. Sus cejas se arquean y su boca se tuerce formando una mueca de asco. No puede evitar la inercia del movimiento y sus labios chocan contra la mejilla de Jessi pero en lugar de dar un segundo beso, retira con decisión su cara y los labios de Jessi quedan ridículamente adelantados y solos en el aire.

Sabiéndome el final de esta romántica presentación, yo he metido la cabeza dentro del bolso en busca de una maldita muestra de perfume que consiga enmascarar el olor a mierda que se expande por el despacho de un alto cargo de una importante empresa de cosmética y perfumería. Unapestoso desagravio. Creo que después de esto nos van a catalogar como personas non gratas de por vida. Para mi desesperación, ahí dentro sólo hay pañuelos de papel y unos pantis rotos que debí olvidar tras una fiesta de disfraces. Espantoso color. Levanto la cabeza justo para ver cómo, en una acrobacia sin precedentes, Iñigo ha pegado un salto hasta su cómodo sillón de director general.

—¿Jessi Pi? Qué curioso. ¿Eres catalana? No tienes ningún acento... Olfatea a su alrededor buscando el origen del tufo.

—¡Qué va! Soy de Villarrobledo. El Pi es de Pilar.

La miro derrotada ¡Cómo se puede ser tan cateta por favor! Otra sorpresita más para añadir al haber de esta criatura.

La reunión avanza entre un aprendiz de perro rastreador y una becaria ignominiosamente manchada bajo la falda. Cada vez que hablo veo cómo Iñigo abre las aletas de la nariz intentando capturar la mayor cantidad de aire posible. Y mueve la cabeza de un lado a otro, como un radar, buscando la fuente del olor. Igualito al perro de Rastreatror.

Se impulsa en la silla lejos de la mesa como buscando espacio para cruzar las piernas descuidadamente pero se mira con recelo y disimulo las suelas de sus impolutos zapatos por si fuera él la fuente de la que emana todo.

Jessi está sentada tan tranquila, sonriente, casi se diría que ajena a la situación. Esa tranquilidad me hace pensar que no es la primera vez que ha vivido esta experiencia.

Durante cuarenta y cinco interminables minutos se prolonga esta agonía. Estoy segura que mi discurso está siendo incoherente, me siento incapaz de hilar convenientemente la conversación para que resulte fructífera y cerremos un acuerdo de inversión que necesitamos como agua de mayo.

—Bueno señoritas, ha sido un placer pero tengo que dar por terminada esta reunión.

Iñigo se ha levantado de su silla y se aproxima con prisa hacia Jessi y Ana. No hay tiempo para reaccionar. Se acerca a nosotras y en vez de mirarnos a los ojos nos mira los pies.

Sabueso... No quieres soltar tu presa...

Rápidamente, interpongo mi bolso entre Iñigo y los pies de Jessi. Por si acaso.

—Lo mismo digo Iñigo. Espero tener noticias tuyas pronto. Piénsalo bien. Es una oportunidad única y sólo queremos contar con los mejores. Y sois vosotros. Lo sabéis.

—Os llamo a finales de semana Ana. Lo quiero consultar con mis colaboradores, no vayan a creer que lo tenéis todo hecho por venir a verme a mí. ¡Para algo les pagamos!

—¡Por supuesto! Lo entiendo perfectamente.

Besos de despedida, últimos gestos de asco. Y ya en la calle, liberación.

—¡Cómo se puede ser tan cerda! No me vuelves a acompañar a ningún sitio en la vida.

Dos son compañía, tres multitud y cinco una manifestación no autorizada

Águeda está preocupada. Hace tiempo que se acostumbró a las peleas de su hijo menor y su mujer.

Desde que Quique le comunicó la maravillosa noticia de que esperaban un hijo no pegaba ojo. Y no era un tema de preocupaciones. El problema era la falta de paz.

Cuando el cansino de su ya ex marido se había pirado con Soco creía que con ellos se habían llevado su dignidad y parte de su vida. Antonio era un martirio, no podría catalogarse de otra manera. Desde que se había jubilado de su puesto de director de una oficina de Cajamar en pleno barrio del Pilar no la dejaba ni a sol ni a sombra. En el banco se dedicaba a dar órdenes a sus empleados a diestro y siniestro para terminar haciendo él todo el trabajo. Estaba totalmente convencido de que tardaba más en explicarles las cosas que en llevarlas a cabo. Y cuando por equivocación les dejaba hacer algo, siempre tenían un pero. Y él volvía a empezar de cero en su espiral de órdenes no acatadas.

Al principio los subordinados estaban fuera de sí. Hartos de sentirse inútiles, de trabajar para nada, de perder el tiempo para acabar siempre con una crítica disfrazada de constructiva pero hiriente. Sin embargo, con el paso de los meses se percataron de la ventaja de la situación. Era posible sacar el lado positivo de aquel suplicio. Si no se esforzaban pero fingían hacerlo, si dejaban las cosas a medias y no acababan ninguna de las tareas ordenadas por “don Antonio” pero simulaban hacerlo, podían dedicarse a sus asuntos personales en horas de oficina y vivir en unas constantes vacaciones. Todo ello sin que los resultados de la oficina se vieran afectados, porque el jefe terminaba haciendo todo el trabajo él solito. Los incentivos asociados a objetivos estaban asegurados si dependían de la competencia de don Antonio. Así que además del paripé laboral había que mimar al señor director y hacerle

la pelota para que les durara el chollo. Él hacía el trabajo de seis a la perfección y ellos cobraban como si el éxito fuera de todos.

Como nada en la vida es eterno, llegó el temido día de la jubilación del jefe. Sus empleados dijeron adiós a su libertad y su maravillosa vidorra. Lloraron amargamente porque vieron salir por la puerta el mayor chollo que jamás tendrían. Águeda también. Porque Antonio salía por una puerta con laureles de gloria y con ellos no entraba por la puerta de su casa. Traía años de órdenes no rechistadas y pretendía mantenerlas en el hogar.

Es probable que el hecho de haber evitado a su marido cuando se jubiló y haberse echado a la calle con tal de no aguantarlo fuera en parte la causa por la que asistenta y marido hubieran intimado tanto y acabado el uno en brazos de la otra.

Una vez superado el trago de saber que su marido se estaba beneficiando a la asistenta a la que llevaba años dando de comer, Águeda supo sacar partido de su recuperada soltería. Comía cuando y cuanto le daba la gana. Hizo reformas en la cocina y pintó dos veces la casa. Una para borrar el color de los recuerdos y otra por el mero placer de gastar un dinero que Antonio le había racaneado durante años.

Más tarde llegaron los porros de la mano de Quique, aunque siempre subvencionados por mamá. Terapia de grupo lo llamaban.

Y por último el yoga. Ella y su yoga—mat. Total libertad. Y si algún día estaba más nerviosa de lo habitual, mezclaba la maría y el yoga y el resultado era el súmmum de la felicidad.

Y hace un par de meses la paz se había ido por la misma puerta por la que salió Antonio hace no tantos años. Y por ella habían entrado Quique, Mónica y su bombo. Quique, Mónica, su bombo, sus maletas, sus padres todos los jueves, el cochecito heredado de su hermana, la cuna de Ikea, el cuco regalo de sus compañeras de trabajo, tres bolsas de ropa que amablemente habían donado Ana y Elena para el futuro bebé y lo que faltaba por llegar.

A ella la instaló en el cuarto de Quique y a él lo trasladó al cuarto de la plancha.

Era consciente de que era ridícula esa separación nocturna, pero ya que le hacían ruidosos los días, al menos las noches las quería pacíficas.

Quique aceptó el trato de la separación de buen grado, no así el verse

desprovisto de su antiguo dormitorio. Intentó hacer recapitular a su madre, pero bastó una miradita de Águeda para percatarse de que era mucho mejor acatar órdenes o salían ambos por la puerta de la cocina.

Todas las mañanas, delante de su café con un chorrito de alegría, su dulce manera de llamar al carajillo, y una rosquilla embadurnada de azúcar y canela, Águeda se preguntaba cómo había podido ser tan ingenua. En qué momento había sido víctima de una demencia senil transitoria cuando ofreció a la pareja que se fueran a vivir con ella, ahora que tenía espacio, mientras encontraban una casa que se adaptara a su nueva situación. Por qué había sacrificado su libertad por lo que ella creía que sería el bienestar de su hijo Quique. Porque Toño no contaba. Toño vivía con ella pero era como tener una iguana. Cuando entraba en hibernación no te enterabas de que estaba. Tenían horarios distintos y complementarios. Cuando ella se levantaba, él se acostaba. Sabía que estaba vivo por los platos sucios acumulados en la pila de la cocina y las facturas del súper. Ella no se sentía sola pero tampoco acompañada. Era un acuerdo cómodo para los dos. Y a veces, cuando se encontraban en el salón veían juntos una película y Toño la dejaba que le contara el final. Porque Águeda se sabía todas las películas y sus finales. Aunque no las hubiera visto.

Pero un día abrió la boca y con ella la caja de Pandora.

Mónica y Quique dejaron su diminuto estudio y se trasladaron a la casa materna con sus bártulos y sus problemas de pareja.

Y ahora que empezaba a acostumbrarse a las salidas de tono de Mónica y a la pachorra de Quique, veía que tendría que acostumbrarse a un tercer factor: el bebé.

Ella había criado a sus nietos. Durante al menos un año todos habían estado con ella para que las tacañas de sus hijas se ahorraran la guardería. Y ni a un maldito cartón de Bingo la habían invitado por esa encomiable labor, conste. Pero habían pasado doce años de aquella última vez que le habían dejado un bebé a su cuidado. Y pasada la barrera de los sesenta, uno más uno son siete, como dice la canción. Y ella no estaba ni para esfuerzos ni para sacrificios.

Para colmo de males, la búsqueda del piso no estaba siendo fácil. Tanto Quique con Mónica trabajaban muchas horas y cuando llegaban a casa ni abrían el ordenador para consultar los portales inmobiliarios.

La casa se le estaba haciendo pequeña. Fueron dos, luego cuatro y en breve, cinco.

Suena el teléfono.

Águeda se resiste a cogerlo, está ensimismada pensando en posibles soluciones para que los chicos recuperen su independencia. Y ella también.

Sigue sonando el teléfono.

Águeda se va a la cocina donde guarda, en el bote en desuso de las galletas, un poquito de hierba para ayudarla a pensar.

La insistencia del timbre del teléfono va a acabar con su buen karma y así no hay quien se relaje con un porrito.

Descuelga.

—Aló, aló

—¿Águeda?

—Aló? Yo la Judith. Yo trabaja.

—¿Águeda? ¿Eres tú? ¿Quieres dejar de hacer el tonto? Soy Carmen.

—¡Carmen! ¡Qué sorpresa! ¡Cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo por el pueblo? ¿Y tu hijo?

Carmen es tía de Águeda. Pero la quiere como a una hija. Esa que nunca tuvo porque en la lotería de la vida le tocó un hijo: Angelito. Un ser sin talento, como ella lo describe, anodino y tragón. A sus sesenta y tres años sigue viviendo en la casa materna igual que cuando tenía ocho. Con la misma actitud.

Carmen le cuida porque es lo único que le queda a sus 85 años. Más aún desde que su Aguedita se fue de Belmonte a Madrid.

—Hija Aguedita, no estaba segura de haber marcado bien. ¿Quién me ha cogido? ¿Tienes nueva muchacha?

—No tía, no. Era yo.

—Ay hija, ¿pero en qué idioma hablabas?

—En ninguno tía, me hacía la rumana. Así los de la tele venta me dejan en paz sin necesidad de discutir con ellos.

—¿Quiénes son los de tele venta? ¿Qué te hacen criatura? Mira que tú ahora estás muy sola en esa casa tan grande, a ver si te van a entrar... y sin Antonio ¿tú cómo te vas a defender?

—No tía, no. Los de tele venta no vienen a casa, sólo llaman por teléfono.

—¡Gra' mi Dios! No me asustes niña, que no estoy para disgustos, que por

eso te llamo. Necesito que te vengas al pueblo unos días.

El tono serio de la tía Carmen no presagiaba nada bueno.

—Por supuesto. Arreglo un par de cosas y me cojo mañana mismo La Sepulvedana. ¿Pasa algo?

—Cuando llegues te cuento. Llama al Angelito y dile la hora a la que llegas para que coja el coche y te vaya a buscar. No cargues tú con la maleta por la cuesta.

—Sin falta tía. Le llamo

Águeda cuelga preocupada. Coge su portátil y compra online un billete de autobús. Luego saca su única maleta seria del armario y mira preocupada su estrafalaria ropa de mercadillo hippy. Así no puede ir al pueblo. La apedrean. ¡Sus hijas!

Busca en la agenda del móvil el número de Elena. Se arrepiente. Mucho más efectivo el whatsapp.

Grupo Hijos.

Elena, Ana, estáis alguna en casa.

Ana: Negativo, trabajando

Elena: Y yo

Águeda: necesito ropa de pueblo

Elena: Disfraces Maty cerrado por obras. Te busco otra en Google?

Águeda: Necesito ropa para ir al pueblo. Mi pueblo. Graciosa

Elena: ¡Ay mami! ¡Qué suspicaz! Vete a casa y coge lo que quieras, tienes llaves

Ana: Lo mismo digo. Y si vas, pásame a la perra por favor. Creo que hoy no ha salido

Águeda hace un corte de manga al mensaje de Ana. No piensa irse hasta el quinto pino para pasear a la perra y cogerle un par de blusas negras. Prefiere la ropa de Elena mil veces y si no, el H&M.

Escribe una nota para Toño, Quique y Mónica para que le rieguen las plantas (las legales y las ilegales, puntualiza), a Toño le recuerda que no puede llevar a casa “chicas de las que aceptan un pago en metálico por su amistad” y exige que a su vuelta, en fecha no determinada para jugar con el factor sorpresa, la casa esté tan limpia como ella la deja. O más. Si no, los

tres a dormir al Retiro.

Deja la nota pegada en la nevera. Sabe con certeza que es el único sitio que sus tres queridos huéspedes visitarán en más de una ocasión.

Al día siguiente, a la hora del ángelus, Águeda recaba en la estación de autobuses de Belmonte, Cuenca. Nada más bajarse se da de bruces con su primo Angelito. Un sexagenario regordete, muy bajito y con toda la parte superior de la cabeza calva y el resto del escaso pelo muy peinadito y bien regado de colonia de granel. El labio inferior le cuelga levemente y se le forma un pequeño charquito entre el labio y la encía que debe hacer las delicias de todas las bacterias bucales conocidas y por conocer.

—¡Hola Angelito! Qué bien te veo. Ven, ¡dame dos besos saborío!

—Has llegado trece minutos tarde.

—Hombre primo, yo no, será el autobús. Yo no conducía.

—Tengo hambre. Quiero patatas fritas. ¿Nos vamos al bar de Juliana y nos pedimos dos raciones?

—Te lo agradezco mucho Angelito, pero mejor vamos a ver primero a tu madre que para eso he venido.

—Pero yo quiero patatas fritas...

—Pues te las comes cuando me hayas llevado a tu casa para que yo vea a tu madre. No empecemos Angelito, no empecemos, que acabo de llegar...

—Bueno, te llevo y me haces patatas fritas en casa.

Águeda respira hondo, decide no responder y se monta en el coche de Angelito para ir a ver a Carmen que es lo único que le importa en ese momento. Después de escasos minutos aparcan delante de la casa.

—¡Tía! Tíaaaa! ¡Ya he llegado! ¿Dónde estás?

Carmen baja torpemente las escaleras de la casa. Es innegable que algo le pasa. No ha transcurrido tanto tiempo desde la última vez que se vieron, pero Águeda siente como si por Carmen hubieran pasado diez años en lugar de los dos que realmente han transcurrido.

—Aguedita, niña. ¡Qué gusto verte!

Las dos mujeres juntan las mejillas mientras lanzan una ráfaga de besos al aire. Es un placer oír que aún hay alguien que considera que Águeda es una niña. Es cierto, debería ir con más frecuencia.

—Tía. Qué bien que me hayas llamado y que esté aquí contigo. Te tenía

abandonada...

—Ya lo creo hija. Pero es que esto te queda muy a desmano ya.

—Un poco tía. Pero no es razón para no venir.

—¿Quieres un café niña? Tengo mantecados de los que te gustan. Vamos a la cocina y te preparo un cafetito y hablamos. ¿Qué tal los chicos? ¿Y los nietos?

Mientras avanzan hacia la cocina a lo lejos se oye una voz masculina.

—¡Yo quiero patatas fritas!

—¡Hijo mío, pero qué poco talento tienes! He dicho que no se comen más patatas fritas, que vas a reventar y no tengo intención de recoger tus tripas.

—Mamá, Águeda me lo había prometido...

—Pero Águeda no sabe que te tengo prohibidas las patatas fritas. Que no paras con las condenadas patatas fritas. ¡A ti te freía yo a ver si espabilas!

—Hija mía Aguedita, qué poco talento tiene este niño... Qué lástima de hijo.

Sentadas en la vieja cocina frente al hogar de leña, Carmen empieza a desgranar el motivo de su llamada.

—Hija, yo ya estoy muy vieja y por desgracia me ha tocado un hijo tonto. Porque yo digo delante de la gente que no tiene talento. Pero no me engaño. El pobre es muy tonto. El caso es que veo que se me escapa la vida. Que no sólo no voy a vivir para siempre sino que tengo muchas papeletas para no comerme las uvas el año que viene y necesito que me ayudes tú.

—Pero tía, ¿por qué dices eso? ¿Estás enferma y no me lo has contado antes?

—No tengo nada nuevo que tú no sepas. Pero la tensión la tengo por las nubes y mi corazón ya está cansado de pelear. Lo normal a mis años. No te descubro ningún secreto.

—Qué triste me pongo tía. Yo te veo tan bien que me cuesta creer lo que dices.

—¡A ver si va a resultar que la falta de talento se contagia Águeda! No me vengas con que tú me ves bien. Si te ha cambiado la cara cuando me has visto. Se te ha congelado la sonrisa hija mía. Sé que estoy muy desmejorada y lo asumo. No te creas que me importa demasiado abandonar la partida aquí.

—Bueno, un poco verde sí te he visto si te digo la verdad.

—No te pases Aguedita que todavía te suelto un guantazo.

—Porque hay cosas que nunca cambian. Da igual el porrón de años transcurridos. Tía Carmen saca la mano a pasear en cuanto te descuidas.

—El caso, que yo no voy a durar mucho y el tonto de Angelito no es capaz de hacer nada por sí solo como para dejarle las indicaciones de cómo quiero que sean las cosas cuando me muera. Empezando por el entierro. Y he pensado que no tengo a nadie salvo a ti. Que más que una sobrina te he considerado siempre una hija, y lo sabes. Así que te voy a encargar a ti de todo. ¿A que estás contenta?

—Hombre tía, contenta, contenta, lo que se dice contenta... Es que esto no me suena a “no me como las uvas el año que viene” sino más bien a “no llevo al mes que viene”. Porque cuando me dijiste que me viniera al pueblo unos días no me dio la sensación de que pudiera ser cuando a mí me viniera bien...

—Águeda, las cosas de la muerte llevan su tiempo. Parece mentira que no lo sepas a tus años. Que ya no eres una niña.

—De verdad tía, cuando te pones tétrica, lo bordas.

—Pero si es que es verdad. Si me dejas que te cuente a lo mejor lo entiendes. Tú sabes que yo por mucho que me haya criado toda la vida en Belmonte me siento maña.

—¿Maña? Los ojos de Águeda se abren como platos.

—Sí hija, sí. De Zaragoza. Maña, de toda la vida. Como la jota.

—Que sé lo que significa maña, pero es que no doy crédito.

—¡Pues a darlo!

Ángel entra en la cocina.

—¿Prima dónde están mis patatas fritas? Yo quiero patatas fritas.

—Angelito o sales de la cocina o te doy con la zapatilla. ¡Que no hay patatas fritas leñe!

—Pero la prima me ha prometido que me hacía patatas fritas ma...

Ángel no tiene tiempo de acabar la frase. Carmen se quita una de sus caseras zapatillas negras y se la lanza acertando en toda la frente. Blanco fácil. Asustado por la veracidad de la amenaza de su madre, Angelito sale de la cocina lo más rápido que sus cortas piernas le permiten.

—¡Qué castigo me dio el señor con este hijo! Así no hay quien cuente nada,

pierdo el hilo... ¿qué te estaba diciendo?

—Tía, me estabas contando lo de tus últimas voluntades...

—Cierto. Sigo entonces, a ver si no aparece otra vez tu primo. Pues eso. Lo que te decía. Que a mí me gusta mucho todo lo maño y quiero una misa baturra cuando me muera y que se den adoquines a los asistentes.

—Pero tía, que esto no es como en los cumpleaños que hay que repartir caramelos entre los asistentes.

—Aguedita o me dejas acabar o te doy a ti con la otra zapatilla.

—Perdona tía. Continúa. Me callo hasta que termines.

—¡Ya me he descentrado! A mis años si no lo digo todo de corrido me pierdo.

—Decías que querías una misa baturra y reparto de adoquines.

—¡Eso! Tienes que hablar con el párroco. Porque él se ha puesto cazurro y ha dicho que en su iglesia no canta nadie bailes regionales.

—¿Tengo que hablar yo con don Francisco? Tía, por favor, que sabes que no me puede ni ver. No me hagas eso. Si voy yo es que ni te entierra. Te deja al raso para que seas pasto de los buitres.

—Mira que eres borrica niña. Que es cura, que sabe perdonar. Y con los años que tiene se le ha olvidado ya.

—Tía, don Francisco tiene veinte años menos que yo, así que la memoria no le falla precisamente. Lo que le falta es humildad.

—Tú quieres que yo sea pasto de los buitres... Te estoy viendo venir...

—No tía, y lo sabes. Pero ese hombre saca lo peor de mí.

—Pues saca lo mejor Águeda porque te va a tocar sí o sí.

Hace bastantes años, cuando Elena y Ana iban a misa con Águeda, es decir una eternidad, hubo un pequeño altercado con don Francisco. Después de celebrar una misa en la que las tres perdieron el resuello intentando repetir las oraciones al ritmo del párroco, Águeda se acercó a la sacristía para comentar, con la mejor de sus sonrisas, que el ritmo de la misa se hacía complicado para los feligreses. Si había sido complicado para dos adolescentes y una mujer adulta en plenas facultades, cómo no lo sería para los ancianos de Belmonte.

—Tal vez por esa razón apenas nadie seguía la misa con usted don Francisco.

El párroco no era famoso en el pueblo por su buen carácter, así que apenas había terminado de pronunciar la frase una Águeda recién cumplida la cuarentena, se volvió el cura con el rostro encendido de ira y un gesto amenazante, avanzó hasta quedar a pocos centímetros de la cara de la mujer y de muy malos modos le espetó:

—Cualquier paleta con pretensiones se cree con capacidad para juzgar a un ministro del señor. Coge esa puerta y no vuelvas a cruzarla para criticarme. No estás a la altura. ¡Mujer!

La saliva del sacerdote salpicaba toda la cara de Águeda quien presa del estupor no había tenido tiempo de reaccionar. Todas y cada una de las palabras del sacerdote fueron un insulto, pero ese “¡mujer!” fue una bofetada.

Fue entonces cuando ella sintió una rabia inaudita. Le hubiera soltado un bofetón a aquel cura estúpido pero sabía que no podía y menos aún en la casa del Señor.

—Sabe lo que le digo don Francisco. Que es usted un gilipollas y que no merece la pena que siga hablando con usted. Yo aquí no vuelvo ni muerta mientras esté usted. No deberían dejarle ejercer. Carece de la humildad necesaria.

Dicho esto, giró sobre sus talones y salió de la iglesia siendo perseguida por un párroco bajito fuera de sí.

Habían pasado treinta años pero Águeda había dicho que no iba a volver a la iglesia. Y su tía le pedía, no sólo que fuera sino que hablara con el curita rabioso.

—Me va a mandar a la mierda. Lo estoy viendo venir. Angelito, tú te vienes conmigo.

—Si me invitas a patatas fritas en el bar de Juliana.

—¡Qué fijación Angelito! Me estás poniendo de mala leche y no es lo que necesitamos, no. Te invito después de hablar con don Francisco. Que si no te enredas con las patatas fritas y no me acompañas. Y yo sola no voy.

—Pues eres muy mayor para no saber hacer las cosas sola.

—¡Toma sentencia del tonto!

Fue muy acertada la decisión de pedir ropa para ir al pueblo. Con sus atuendos habituales don Francisco la habría exorcizado por bruja. Seguro que se moría de ganas de hacerlo incluso sin faldas de zíngara.

Así, toda vestida de negro, con el pelo recogido en una recatada coleta, zapatos planos y acompañada de su primo Ángel parece que se dirige al patíbulo. Esa mañana se ha desayunado una tila y dos Lexatin. Porque como le salga la mala leche otra vez a la tía van a tener que tirarla al mar en Castellón que es lo más cercano a Zaragoza que se le ocurre.

Llegados a la puerta de la iglesia, Águeda siente que le faltan las fuerzas. Le tiemblan las piernas y no está muy segura de que los dos tranquilizantes hayan hecho el efecto deseado. Se siente torpe pero alterada. Entra en el templo y se arrodilla en la última fila, fuera del alcance de la vista de cualquiera y arropada por la oscuridad.

—Dios mío, hace meses que no vengo por aquí, pero como tu bondad es infinita confío plenamente en tu perdón y te pido con todas mis fuerzas que me des templanza para no calzarle una hostia a tu soberbio servidor. Aunque espero que con los años se haya calmado. Gracias por escucharme y no juzgarme Dios mío. Acabo de decir una palabrota que no había usado en mi vida. Amén.

Águeda se persigna, se levanta y le dice a Ángel con un gesto de cabeza que la siga a la sacristía.

Por la puerta entreabierta sale luz. Es la hora de la verdad. Águeda toca suavemente la puerta con los nudillos.

—Buenos días. ¿Hay alguien?

—Sí hija, pasa.

La voz suena cansada. Los años han pasado para todos.

Águeda empuja la puerta y se encuentra con un don Francisco más menudo de lo que recordaba. Unas gafas muy gruesas y anticuadas achican sus ojos hasta convertir al sacerdote en una caricatura de sí mismo. Su parecido con la conocida vieja del visillo de José Mota hace temer a Águeda su capacidad de mantenerse seria.

—Buenos días don Francisco no sé si se acordará de mí... soy

—¡Hereje! ¡Blasfema! ¡Irreverente!

Vaya... Se acuerda.

—Don Francisco, han pasado muchos años y no vengo con ganas de pelear.

—¿Cómo te atreves a venir aquí?

—Hasta donde yo sé y usted me ha repetido hasta la saciedad, esta es la

casa de Dios y no la suya. Y Dios acoge a todos los que se acercan de buena voluntad. Y le prometo que yo lo estaba haciendo. No me empuje hacia el lado oscuro que lo tengo don Francisco. Y la tentación es fuerte...

— Y vienes a desafiarme... ¿O a qué vienes?

— Pues mire padre, vengo a hablarle de mi tía Carmen. Me ha pedido que hable con usted de sus últimas voluntades. Y o nos calmamos o esto no va a ir por buen camino y mi tía no se merece que nuestras diferencias le arruinen el entierro. Yo, si usted me lo permite, le cuento los deseos de mi tía y si no quiere escucharme a mí, le mando a Angelito y se arregla usted con él.

El párroco levanta asustado las cejas y asiente levemente con la cabeza.

—A ver, cuéntame. ¿Qué quiere tu tía Carmen? ¿Acaso está moribunda y no me he enterado?

—Hasta donde yo sé, aún no, pero tengo la sensación de que las cosas no van del todo bien y ella ve demasiado cerca su final como para no dejarlo arreglado. Ya sabe, esa manía que nos entra cuando nos hacemos viejos de dejar los fastos mortuorios preparados aunque no nos vayamos a enterar de la fiesta. Y a eso le sumo que ella siempre ha sido muy organizada.

— La conozco perfectamente. Y la echo mucho de menos. Sobre todo en época de procesiones. Me vestía a los santos como ninguna. Pero hace ya unos años que no se encuentra con fuerza. Espero que tengas la decencia de llamarme si hay que darle la extremaunción.

—Padre, que he venido en son de paz. No me busque que me encuentra. Que yo ya no estoy en guerra...

—¿Y te crees que con eso es suficiente? ¿Que yo he olvidado que entraste en esta misma vicaría a insultarme?

— Yo entré con el único afán de ayudarle y ayudar a los feligreses. Que hablaba usted tan rápido que era imposible seguirle. Ninguna doble intención. Ningunas ganas de entablar una discusión con usted. Si se lo tomó como una ofensa le pido perdón. Con treinta años de retraso, de acuerdo, pero perdón al fin y al cabo. Y ayúdeme a que mi tía consiga descansar tranquila cuando yo me vuelva a Madrid, que será más pronto que tarde si usted colabora conmigo y cerramos los detalles que mi tía quiere que la acompañen cuando ella fallezca.

Parece que el cura se ablanda por fin.

—De acuerdo. Hablemos por el bien de tu tía. Acepto tus disculpas aunque lleguen tarde.

Vale, el cura por encima como el aceite. Le doy ese gusto o no acabaremos nunca.

—Don Francisco, mi tía quiere que su funeral sea una misa baturra y que a la salida regalemos adoquines del Pilar.

Lo suelta todo seguido y casi sin respirar para no darle opción a don Francisco que intervenga hasta el final.

—¿Qué has dicho que quiere tu tía? La verbena es en agosto. ¿Lo sabe? ¿Es que no hay nadie con mentalidad tradicional en vuestra familia? ¡Tu tía también ha perdido el juicio!

— Lo sé, no es nada típico. Sé que esto es Cuenca, pero ella dice que se siente maña. Porque soy católica y no creo en la reencarnación padre, que si no, sería para pensárselo.

— Águeda no te me desvíes ni te rías de mí que me estás lanzando el capote.

Me ha pillado.

— Pero, ¿de dónde sacamos a los cantantes?

— Eso es cosa mía padre. Yo me encargo de encontrar al coro baturro. Yo sólo necesito su permiso. Y cuando sea necesario yo le aviso. Y me traigo los mantos, las flores y demás ornamentos y le decoro la iglesia. Usted sólo tiene que poner la buena voluntad, que la tiene padre.

Águeda casi ha suplicado en el último momento y eso parece haber agradado al párroco que se debate entre ceder o mantener el pulso empezado treinta años atrás. Pero Carmen es una feligresa ejemplar. Es consciente de que decir que no sería aguarle el funeral, si es que eso es posible, a la pobre anciana y no a la quisquillosa que se atrevió a criticar su modo de dar misa.

—Hecho. Dile a tu tía que puede quedarse tranquila. Tendrá su funeral baturro.

Con la satisfacción dibujada en la cara y perseguida por un aburrido Angelito, Águeda se dirige a casa de su tía dispuesta a darle la buena noticia, hacer de nuevo la maleta y volver a Madrid a su casa ocupada, sus porros y su yoga... No sin antes pasar por el bar de Juliana e invitar a su primo a una

ración de patatas fritas.

De ITV

—Borja, esta tarde me voy antes.

—Ana, Anita, ¿otra vez? Hoy qué tienes ¿depilación láser del bigote del gato?

—Eres muy gracioso. Mi gato se murió hace poco más de un mes, te agradecería que tuvieras un mínimo de sensibilidad. Me toca la revisión anual.

—¿ITV?

—Sí, ITV. Ojalá fuera de chapa y pintura sólo pero me temo que me van a mirar también el aceite.

—¿Tú también pierdes? Jajajajajaja.

—Lo que pierdo es la paciencia contigo a veces.

—Te odio cuando te dejas en casa el sentido del humor Ana. Entendido. No estás para bromas. Perfecto, pues vayamos a lo serio. No sé a qué hora tendrás tu revisión pero espero que no muy pronto. Necesito que me acompañes a una reunión con una persona a la que quiero que conozcas porque hay que hacerle entrevista en profundidad para el suplemento especial del Día de la Madre y primero deberíamos comprobar si hay química entre vosotras. Y si no la hay, se la encargo a Jessi.

—¿A la becaria cagona?

—Eres cruel.

—Tú más, empezaste primero con las amenazas y extorsiones ¿A qué hora es la maldita reunión?

—A las cuatro. Y te recomiendo que no la califiques como maldita. Te necesito entregada en cuerpo y alma, con ganas y la mente muy abierta.

—Me da tiempo. Tengo cita con el ginecólogo a las seis y media. Cuenta conmigo. Nos caeremos tan bien que no sólo querrá que le haga yo la entrevista sino que me hará madrina de su primer hijo.

—Tiene cuatro ya.

—Pues del quinto.

No puedo evitarlo. Cada vez que me plantean la mínima posibilidad de que Jessi me quite una pequeña porción del más ínfimo de mis proyectos, presentes o futuros, me entra una competitividad que desconocía albergar en mí. Después de veintitrés años de profesión, llega un día en el que te despiertas y te das cuenta de que has perdido la pasión por lo que haces. Igual que pasa en el matrimonio. A veces hay que recurrir a ayudas externas para volver a sentir aquello que te hizo embarcarte en la aventura del “toda una vida juntos”. Da igual si se trata de un hombre o de un trabajo.

Pero si me dicen que hay una rubia, mucho más joven y con una talla 105 bien puesta, que pretende quitarme mi lugar, aunque sea en una aburrida relación laboral, sale la Ana peleona capaz de conseguir cualquier cosa con tal de no dejarse pisar.

Lamentablemente, no hay entrevista que me haga perderme la visita al médico por la tarde. Ya he pasado por unas cuantas revisiones anuales desde que tuve a Marina, pero es de las pocas cosas que mantengo año tras año. Para el resto de las cosas soy caótica, pero una vez una vidente me dijo que tuviera mucho cuidado con no ir al ginecólogo cada año y no me lo salto ni por una cena con Brad Pitt. Aquí sale mi vena cateta, lo sé, pero soy muy creyente de estas personas y sus poderes paranormales. Lo que no supero es el malestar general que me invade cada vez que tengo que ir a ver a la Dra. Recado y poner los pies en los estribos sin ropa interior.

No puedo dejar de recordar el claim de una conocida marca de compresas en un spot de ni se sabe al año que rezaba “Me gusta ser mujer”. Y las ganas que me entran de que me presenten al ingenioso creativo de pelo en pecho que lo ideó. Porque eso una mujer no lo diría en su vida. Ni bajo coacción. No el día que te toca revisión con el ginecólogo.

Normalmente me acuerdo de llevar ropa interior limpia, toallitas refrescantes, ir bien depilada... Al final, esa mujer me mete mano en todos sitios menos en el bolso. En el bolso lo hacen a la salida sus secuaces cuando me enseñan la factura por dejarme sobar y meter mano sin placer. Pero esta vez se me ha olvidado el kit ginecóloga en casa y necesito ir urgentemente a algún sitio para hacerme con todo lo necesario. A menos de cien metros del periódico hay una farmacia, es el lugar perfecto para armarme con todo lo necesario.

Cojo el bolso dispuesta a bajar a comprar al menos las toallitas refrescantes cuando Borja sale del despacho y me reclama.

—Ana, ¿puedes venir un momento?

—Borja, tengo que hacer un recado urgente. ¿Me puedes esperar diez minutos? ¡Por favor!

—Me encantaría pero me temo que no. El director general está al teléfono. Está en Miami en una ronda de prospección de nuevos anunciantes y necesita unos datos sobre las empresas de tu sector que sólo tú dominas. Pero si quieres le digo que estás demasiado ocupada para atenderle. Seguro que lo comprende...

Dejo el bolso de malas maneras sobre la mesa y me encierro en el despacho con Borja para responder a las preguntas del jefe supremo. Lo que deberían haber sido diez minutos se convierten en una hora y media. Porque no sólo quiere datos de inversión, facturación, relación con los responsables en España, no... Para qué quedarse en lo profesional. Ya que estamos, pregunta por nuestras familias y nos cuenta lo bien que se lo está pasando en Miami, el buen tiempo que está haciendo, las fiestas obligadas en las que se junta con lo más granado de la ciudad, las compras que tiene previsto hacer por culpa de los millones de encargos que le han hecho todos sus amigos y compañeros de oficina... ¡Y luego dicen de las mujeres!

Con esa conferencia se me ha ido el tiempo de la comida y la posible entrevistada está a punto de llegar. No hay tiempo para bajar a la farmacia. ¡Mierda!

Estoy intrigada por la identidad de esa persona con la que tengo que tener química para que consienta en hacerse la entrevista. Espero que no sea la típica diva intratable, hoy no es mi mejor día.

Me acerco a la máquina de vending en un intento desesperado de encontrar algo que me llene y no engorde. Tan imposible como el bocata de panceta 0% de materia grasa. Lo único que veo que acalla mi maltrecha conciencia de regordeta en expansión es un croissant relleno de ensalada. Salvando el pequeño detalle de que la ensalada tiene más mayonesa que lechuga y que para darle sabor viene acompañada de grandes trozos de bacon crujiente, claro. Apenas le he dado un mordisco cuando aparece Borja en el pequeño office y me reclama de nuevo.

—Vamos Ana. Ella está aquí.

—Eres el azote de Dios en versión sarasa. Déjame comer algo por favor. Me estás dando un día infernal.

—Siempre tan dulce Anita. No te vendría mal no comer un día. Pero si insistes en hacerlo, puedes comerte tu basura envasada mientras hablamos. Tiene muy poco tiempo y no lo vamos a perder en esta absurda discusión. Coge tus bártulos y preséntate en mi despacho, ¡ya!

Ante la incógnita de quién será la visitante misteriosa, le doy el que me temo será el último mordisco al croissant y lo dejo mordisqueado y a medio comer encima de la mesa del office. Me van a tildar de guarra en cuanto lo vea alguien y con toda la razón del mundo. Voy masticando todo lo rápido que mis mandíbulas me permiten hasta el despacho de Borja, medio trotando por el pasillo para no llegar tarde y tener que soportar uno de los ácidos e hirientes comentarios del jefe como presentación.

Trago y llamo suavemente con los nudillos.

Sin esperar respuesta, entro en el despacho con mi mejor sonrisa y para mi sorpresa, está vacío. ¿Dijo que nos veíamos en el despacho o en la sala de juntas?

Estoy plantada en medio del despacho con los brazos caídos a ambos lados del cuerpo como si estuviera perdida en el metro de Hong Kong.

—Y esta es la persona de la que venía hablándote. Ana.

Me doy la vuelta y me encuentro con Borja y la Consejera Delegada del periódico en animada conversación. Ella es Marisa Mato. Una mujer de éxito en el terreno profesional. Con fama de ser adicta al trabajo, familia numerosa, recién cumplidos los 40, un currículum impecable, una trayectoria imparables, un físico envidiable y un carácter más que fuerte.

Borja me explica que están preparando una serie de reportajes de mujeres ejemplares de cara a las distintas celebraciones editoriales alrededor del día de la mujer y que para llevar a cabo cada uno de ellos hay que pasar una semana completa siendo la sombra de la entrevistada.

Es entonces cuando me empiezan a temblar hasta las uñas postizas que no llevo.

La Consejera Delegada.

Una semana siendo su sombra.

Si la cago, a la calle.

Anotación mental importante: cuando esto acabe, morir matando. O lo que es lo mismo, a mí me echarán pero no sin antes haberme llevado por delante al rey del glam.

—Encantada Ana. Soy Marisa.

—Mucho gusto. Soy Ana. Y mucho me temo, que también tu nueva sombra.

—Si surge la química...

El haber dejado abierta la puerta a una posible salida del proyecto hace que los cimientos de mi quebradiza seguridad en mí misma se tambaleen. Soy perfectamente consciente de que si empiezo a sentirme insegura haré algo de lo que me arrepentiré y todo jugará en mi contra. Y aunque no sea el proyecto más apetecible del mundo sí parece el más relevante. Esto puede significar un impulso o un retroceso importante en mi trayectoria en el periódico.

—Por supuesto, sólo si surge la química.

Calla Ana. Deja que hablen ellos. Tú ES—CU—CHA. Aprende. Observa. Sé prudente.

—¿Nos sentamos y hablamos tranquilamente un rato?

Borja conoce lo suficientemente bien a Ana como para saber que si no corta de raíz este primer momento, se puede lanzar a la piscina con alguna de sus bromas y Marisa no es persona de risa fácil en la primera impresión.

Aun así, Ana es su mejor baza. Sabe que es la única capaz de soportar el ritmo de Marisa y de hacer un magnífico reportaje. Pero también es consciente de que sin química entre ellas, como bien ha dicho la jefa, es muy complicado que salga algo digno de publicarse. Y evidentemente Borja necesita tener el mejor de los reportajes porque sería una medalla que colgarse y un punto positivo más frente a Marisa. Se rumorea desde hace tiempo que está replanteándose un cambio en la estructura del diario y sabe que ella piensa que el suplemento que él lidera se parece a la prensa rosa que tanto aborrece. Así que hay que darle un giro de 180 grados a esa percepción o se ve yendo de puerta en puerta consiguiendo socios del Círculo de Lectores.

Durante cerca de media hora Marisa y yo mantenemos una charla que empieza siendo tensa por ambas partes y que se va relajando a medida que transcurren los minutos.

Marisa va dejando atrás al personaje de Consejera Delegada para asumir el de mujer sin más.

Borja observa desde un segundo plano y se siente más que satisfecho. Si Ana ha conseguido en tan poco tiempo que Marisa llegue a alguna que otra concesión, en una semana desnuda su alma y presentará al país lo que hay detrás de la directiva más importante del momento. Huele los laureles del triunfo.

—Perfecto, pues entonces empezamos la semana que viene. Ana, habla con mi asistente y cuádranos dónde ubicarte físicamente y a qué sitios tendrás que acompañarme. Así vas adecuando tu agenda con tu nueva responsabilidad de Lazarillo.

Concluida la reunión, me siento en las nubes. Me ha parecido una gran mujer. Estoy segura de que haremos un gran trabajo juntas. Miro el reloj y se me va el buen rollo de golpe. Es tardísimo, tengo que salir a toda velocidad si quiero llegar a tiempo a la cita con la Dra. Recado y no tener que esperar una hora como cada vez que llego tarde, que suele ser siempre. A veces pienso que es un castigo velado de la recepcionista que gasta una mala leche de mucho cuidado y odia que le descuadre la agenda de su doctora.

Sin despedirme de nadie ni cambiar impresiones con Borja acerca de la nueva tarea que tengo por delante, salgo como una exhalación de la redacción. Con un poco de suerte, y siempre que no me pille ningún accidente en la M—40, en veinticinco minutos estaré en la consulta.

Tras los habituales trámites con la recepcionista y el intercambio desafiante de datos y tarjetas sanitarias, me siento orgullosa en la sala de espera con un cómodo margen de ocho minutos para mi hora. Incluso me da tiempo para una partidita de Candy Crush...

—¿Ana Gómez?

—Soy yo

—Acompáñeme por favor

Recorriendo el corredor de la muerte... Aunque pasen cien años no me acostumbraré al momento ginecólogo. Muchas revisiones y dos hijos después y el corazón sigue acelerándose.

—Hola Ana

—Hola doctora

—¿Qué toca? ¿Revisión normal, no?

—Sí

—¿Qué tal te encuentras?

—Bien. Sin novedad. Sólo siete meses sin regla.

—Pero, es pronto... aún eres joven... bueno después de la exploración hablamos de eso; pasa, quítatelo todo de cintura para abajo y te sientas...

—En el potro de torturas. Lo conozco, gracias.

—¡Qué exagerada eres! Anda, anda, pasa ya y no seas tan dramática.

En la consulta hay un minúsculo aseo para que las pacientes nos despojemos de la ropa. Entro y abro el bolso de manera automática esperando ver a la primera el kit ginecólogo y me siento muy incómoda cuando no está y recuerdo que no hubo tiempo. Que voy a salir ahí fuera con una falta de frescor que me mata. Las manos me empiezan a sudar y se me seca la boca.

—¿Estás ya Ana?

Y la ginecóloga suena impaciente. Pues no hay nada que hacer. Porque sólo he encontrado una muestra de perfume de Angel Schlessler pero eso ya lo he vivido antes. Escuece y empeora la situación. Abrirte de piernas y que salga un pestazo a pescadilla con Eau de Rochas fue más de lo que ningún médico puede soportar. Por eso cambié de clínica.

—Ya estoy.

Me muero de vergüenza así que me siento con las piernas muy juntas.

—Ana, sube las piernas en los estribos por favor.

Ahí va. “Alea iacta est” que diría Julio César. Seguro que ha visto cosas peores. Yo al menos me ducho a diario.

Obedezco y escucho el encendido de la lámpara que lleva la doctora en la cabeza. No sé si me recuerda a Antonio Molina cantando “Soy minero” o a Manu cuando sale a correr a las 5 de la mañana con su frontal bien puesto para no chocar contra los árboles. Ambas cosas me desagradan profundamente.

—Ana bájame el culote que así no hacemos nada.

Obediencia. Es bueno haber ido a un colegio de monjas. Obedezco y callo.

—Necesito que te relajés y te pongas blandita. Voy a hacerte una ecografía vaginal.

¡Mierda!. ¡La violación!

—¿Pero me vas a dejar gemir?

La ginecóloga da un salto en su taburete.

—¿Perdona?

—Nada, nada. Es que me pides que me relaje y me ponga “blandita” mientras tú me introduces un objeto cilíndrico enfundado en un preservativo...

La cara de espanto de la doctora me recomienda callar.

—Que era un chiste, vamos.

—Ah! Un chiste...

Una vez más he estado bastante inoportuna. Necesito poner algún mecanismo de control a esta incontinencia verbal. Digo todo lo que me pasa por la mente, sin filtrar si es apropiado o no. Si mi interlocutor es receptivo o un muro de hormigón a mis comentarios ácidos. Menos mal que una de estas tonterías no me ha salido a bocajarro durante la charla con Marisa. Me hubiera costado un disgusto y un adiós al proyecto.

—Lista. Ya te puedes vestir.

Mientras me dirige al baño para vestirme de nuevo, soy consciente de que, una vez más, no ha sido para tanto. Es curioso cómo me lastra esa educación en el pudor que los padres de mi generación nos dieron a todos los niños de mi época. Todo era pecado, prohibido, malo, caca, y ahora papá está con Soco después de muchas canitas al aire y mamá fuma porros, consiente con que Quique haya pasado por la vicaría post coito y se dedica en cuerpo y alma al yoga. Pero a mí me siguen sudando las manos cada vez que descuelgo el teléfono para pedir cita con la ginecóloga... Sólo espero que no le ocurra lo mismo a mi hija. Aunque lo duda. Marina es un poquito exhibicionista. No tiene la necesidad de esconder su cuerpo. Aunque lo más incoherente es que yo la amonesto cada vez que la pillo andando en ropa interior por la casa. Estamos programados para repetir los errores de nuestros padres por mucho que nos esforcemos en hacer lo contrario.

De nuevo en la calle, el sol calienta la piel. Se huele la primavera. Estaría muy bien no tener que volver a la oficina. Lo bueno de las ginecólogas es que atienden partos gemelares de alto riesgo. Y hoy podría haber sido el día. Borja no iba a enterarse. Estoy a punto de tomar rumbo a casa cuando me asalta la imagen de Marisa y soy consciente de que si quiero mantener el trabajo hasta la jubilación (que veinte años no es nada, como dice la canción) tengo que volver y arreglar todos los asuntos de la próxima semana ya que entonces, mi

única tarea, será convertirme en la sombra de una Consejera.

Creo que ya llega el bebé

Quique y Mónica llevan cinco interminables meses asentados en casa de mamá. Han arrasado la despensa y la paciencia que cuidadosamente estuvo cultivando en sus clases de yoga durante el último año.

Quique tiene todo el carácter que le falta a mi hermano Toño, no sabe lo que significa tener paciencia, es exigente hasta rozar la obsesión y carece de resistencia a la frustración. Lo malo es que por avatares del destino, ese destino que juega sin reglas con nuestras vidas, se ha ido a enamorar de alguien que desquicia de puro tranquilona, que no se mueve casi nunca del sofá y que come y bebe como si no hubiera un mañana.

Verlos juntos es una experiencia indescriptible. Quique se mueve de un lado a otro, a veces parece que buscando una salida que no es capaz de encontrar, mientras Mónica está repatingada en el primer sofá que encuentra, cuando no es la cama, mirando embobada a la tele o a la nada.

Quique habla deprisa como si las palabras se agolparan en una invisible fila empujándose entre ellas para salir en orden y sin olvidarse de ninguna y a Mónica a veces hay que acabarle las frases por aburrimiento.

Quique es enjuto y Mónica regordeta, y no sólo a causa de su avanzado estado.

Y aunque pudieran parecer el yin y el yang, el complemento perfecto el uno del otro, el veneno y el antídoto, lo cierto es que son tan opuestos que nos preocupa su futuro a toda la familia. Sus diferencias hacen que Quique entre en barrena en situaciones cotidianas, lo clásico en la convivencia.

Sin embargo, también hemos visto como la relación entre los dos se endulzaba con los días. Lo que antes era una relación rayana en lo distante ahora se ha convertido en una inmensa tarta repleta de azúcar, merengue, nata montada, melcocha y dulce de leche. Miraditas tiernas acompañadas de cursis suspiritos. Frases llenas de calificativos tiernos más propios de un culebrón de los ochenta, motes escandalosamente vergonzantes para una madre tan

práctica: “cosita”, “gordito”, “cari”, “vida”, “cielito”... ¿pero de dónde sacan tanta gilipollez?

Y aún no han tenido al niño.

Mamá está aterrada. Presiente que su sexto nieto va a nacer en su casa. Sí no en el sentido literal, sí en el sentido post parto. No se van, no se van, no se van.

La búsqueda de casa se les ha complicado más de lo previsto, dicen ellos. La lectura de mi madre es que el uno por sus nervios y la otra por su calma han estado muy bien cuidados en casa. Y que con la que se les viene encima la situación es perfecta. Mami tira con todo. Hace la compra, pone lavadoras, plancha, les cocina comidas y cenas deliciosas (y desayunos y almuerzos y meriendas para Mónica que está comiendo para el hijo que lleva dentro y los que va a tener en un futuro).

Mamá, que vivía perfectamente de la pensión que le pasaba mi padre tras su fuga con Soco, ha visto aumentados todos sus gastos a un nivel casi insostenible. Las facturas de supermercado y luz rozan la ordinariez, por no hablar del aumento de compra de hierba para poder soportar tanta compañía. ¡Todo un capital!

— Quique, no es mi intención meteros prisa, sabes que estoy muy a gusto con vosotros, pero ¿cómo va la búsqueda de piso? Al ir a la compra me ha parecido ver un cartel de “Se alquila” en un segundo muy luminoso, con dos dormitorios y dos baños, tendedero y orientación oeste a dos portales de aquí. Ya que estaba tan cerquita he subido a verlo si no os molesta. Tiene muchas ventajas. Estaríamos cerca por si necesitáis ayuda con el bebé. Yo os echaría una mano si me lo pidierais. Incluso podéis tirar de Soco, que al fin y al cabo me ha ayudado la muy zorra a cuidar de tus sobrinos cuando no se estaba beneficiando a tu padre, la muy...

— ¡Mamá! Estamos en ello. Bueno, la verdad sea dicha, Mónica está en ello. ¿No es así cosita mía?

— Sí cari. De hecho, creo que ya lo he encontrado. He quedado con la dueña esta misma tarde cuando salga de trabajar. ¿Águeda, me quieres acompañar? Me fío más de ti que de Quique. No por nada vida mía, sino porque tu madre sabe un poquito más del espacio que necesita un bebé, ahora y cuando crezca.

Mi madre no sabe si reír o llorar. Se van a ir. Empezaba a pensar que se

quedarían hasta que el niño hiciera la comunión. Pero no. Sus plegarias han sido escuchadas. ¡Oh Señor, gracias, gracias de corazón!

— Nada me podría hacer más ilusión. ¿A qué hora quedamos y dónde?

A las 18:30, media hora antes de la hora de la cita con Mónica, mi madre ya está en el portal que le ha indicado para evitar que ningún posible inquilino se adelante y se lo quiten delante de sus narices. Se lamenta de que no hayan querido ir primero al piso que les comentó que había visto cerca de casa, pero llegados a este punto, mejor que hagan lo que quieran con tal de que se vayan. Duda entre pasar al bar y tomarse un café o fumarse el porrito que lleva siempre liado de casa por si hay una emergencia. Elige quedarse en la calle con todos los sentidos en perfecto estado de revista. No quiere que Mónica la pille en el bar y ante un ataque de soledad e inseguridad decida no subir a ver el piso sin su suegra o, peor aún, que su dosis de maría la deje en estado semi catatónico, vea con buenos ojos el piso y luego resulte ser una ruina y se vuelvan a vivir con ella. Lagarto, lagarto.

A las siete y cuarto, empieza a estar cansada de esperar y se plantea muy seriamente sentarse en el escalón del portal aunque la miren con malos ojos.

A las 19:35 ya no cree que la habitual pachorra de Mónica la haya retrasado, sino que está convencida de que o ha cancelado la cita y se ha olvidado de avisarla o ha pasado algo. No quiere ser agorera pero no consigue evitar los pensamientos de catástrofes naturales que suelen asaltarla en estas circunstancias.

Decide llamar a Quique. Le resulta más cómodo aún hablar con su hijo. Y si hay que echar algo en cara se lo dice a él y que él se apañe con su mujer. Ella no quiere entrar en conflicto con la parte política de la familia. Ventajas de la edad.

—Hola Quique. Perdona que te llame a ti, pero es que había quedado con Mónica hace más de una hora y no ha aparecido. Me extraña, ella es muy formal ¿Sabes algo de ella?

— Mamá, estamos yendo al hospital. Creo que ya llega el bebé. No he podido llamarte, de hecho se me había olvidado que habíais quedado.

Un desgarrador grito de fondo la obliga a separarse el móvil de la oreja justo a tiempo para evitar ensordecer.

— Quique, ¿dónde vais?

— ¿Pues dónde vamos a ir? ¡Al hospital, joder! ¿Dónde vamos a ir? Nos está llevando Toño porque yo estoy descompuesto y no soy capaz de conducir.

— Calma Quique, calma. Lo que intento preguntarte es a qué hospital estáis yendo.

— Al 12 de Octubre.

— Hablo con tus hermanas para que me acerque una de las dos y voy por si os puedo ayudar.

— ¿A empujar?

No tiene claro en qué momento crió una familia de payasos... Decide ignorar el comentario porque entiende que no es momento de reprimendas. El hipocondríaco de Quique tiene que estar aterrado.

No consigue localizar a Ana pero Elena se presta a acompañarla. En el hospital, dar con la pareja parece una tarea mucho más difícil de lo que ella pensaba. Inocente de ella, empieza buscando en el mostrador de ingresos del hospital. La espera promete ser larga. Hay muchos familiares de pacientes y solo una señorita con cara somnolienta atendiendo. Sus movimientos son lentos. Los ojos entornados. Parece que va a cámara lenta. No, no, no. ¡Parece un perezoso! Menos mal que no ha fumado nada, si no, hasta sería capaz de verle los brazos desproporcionados y las uñas largas agarrándose a cualquier árbol para dormir.

Elena, acostumbrada a una y mil batallas, consigue zafarse a base de sonrisas de dos personas que esperaban también a ser atendidas y llega triunfal al mostrador. La señorita perezoso mira parsimoniosa en su lista de ingresos si encuentra alguna Mónica García sin éxito.

—Estará en urgencias. Es posible que haya entrado por urgencias.

— ¿Puede mirarlo en sus listas por favor?

— No. Si ha entrado por urgencias yo no tengo acceso a los listados de pacientes de urgencias. Tiene que ir a urgencias y preguntar allí.

— ¿Cómo puede ser que en la era de la informática usted no tenga acceso más que a un listado de papel? ¿Quiere dejar de pasar páginas y mirar en el ordenador?

El perezoso abre los ojos. Mucho. Se ha transformado en un búho insomne.

—No tengo acceso a los listados de urgencias. Si quiere encontrar a alguien que ingresó por urgencias tiene que preguntar en urgencias

No parece que haya ninguna posibilidad de sacar a la señorita perezoso del bucle en el que se ha metido. Se aprendió su guión. Está programada para dar siempre la misma respuesta da igual cuál sea la pregunta. Como si de un call center telefónico se tratara. La futura abuela lo tiene claro desde hace rato. Es consciente de que Elena está a punto de perder la paciencia y en estos momentos no le interesa nada de nada. Gasta un carácter de cuidado tras su cara bonachona. La agarra del bolso y tira de ella hasta apartarla un metro escaso del mostrador.

—Elena, no la lées. Venimos a lo que venimos. A urgencias. Ya. Punto. Vámonos a buscar a los “caris”.

En esos momentos el tono materno no deja lugar a dudas. Hay que irse.

Bordean el hospital y entran por urgencias. La escena es diametralmente opuesta a la que han vivido en el otro lado del hospital. La chica de recepción tiene gesto concentrado y se mueve con agilidad y movimientos rápidos de un lado a otro. Parece tener más de dos brazos porque da la sensación de escribir, devolver tarjetas sanitarias, contestar al teléfono e imprimir partes con la misma naturalidad que si se bebiera un vaso de agua. Mi madre piensa que en menos de tres minutos han pasado de tratar con un perezoso a un eficiente pulpo. Día de zoo.

Elena se acerca decidida al mostrador. En escasos veinte segundos tiene toda la información que necesita. Mónica está en un box esperando una habitación porque sí, ciertamente, estaba de parto. No creen que la asignación vaya para largo. Y si quieren pueden espera allí mismo y en cuanto tengan habitación ella misma les informará del número y podrán subirse para acompañarla. Incluso le informa de la manera de subir a las habitaciones sin tener que salir de nuevo a la calle.

Satisfechas por la información y la diferencia de trato entre perezoso y pulpo, Elena y mi madre se sientan a esperar. No han pasado ni dos minutos cuando el pulpo les comunica que ya pueden subir a la habitación donde Mónica acaba de ser instalada. Entran tímidamente después de unos suaves toques en la puerta, ambas con los ojos entrecerrados por si se encuentran alguna escena propia del National Geographic. No tienen ninguna intención de presenciar las actuaciones de la matrona o las exploraciones en busca de algún centímetro más de dilatación. Ya lo han vivido en carne propia y con eso les basta y les sobra.

Ante el silencio de la habitación, abren los ojos poco a poco. No suena material quirúrgico, así que están a salvo. O no.

Mónica y Quique tienen las manos entrelazadas, las frentes juntas y se miran a los ojos mientras se besuquean cada dos minutos.

—¿Es para saber cada cuánto tiene contracciones?

Los dos tortolitos vuelven la cabeza en dirección a la puerta como si la situación fuera de lo más normal.

—Mamá, hubiera preferido ver a la matrona trasteando en las faldas de Moni. Esto es demasiado para mí. Nunca les había visto ni cruzar la calle de la mano. Y, de repente, ¡esto!

—Elena, calla. Les dejas en paz y punto. ¿Me oyes, verdad?

—Yo me callo, pero este parto promete. ¡Azúcar en vena!

—Mamá, Elena, gracias por venir. Nos acaban de dar la habitación.

—Eso nos han dicho en urgencias. ¿Qué tal vas Mónica? ¿Qué ha pasado?

—Pues que estábamos paseando como le dijo el médico y de repente ha roto aguas. Nos hemos asustado, hemos venido y nos han dejado aquí. Según parece al ginecólogo le viene mejor que lo tenga ahora porque tiene muchas cesáreas programadas para cuando nosotros salíamos de cuentas. La verdad es que también nos hace mucha ilusión que venga ya. ¡Son tantas las ganas de verle la carita que es mejor no esperar! ¿Verdad amor?

—Vomito, lo juro. Lo echo todo ¿Hay un cubo por aquí?

—¡Elena!

Quique está tan absorto que ni siquiera escucha los comentarios de Elena. Pero mi madre está a punto de soltarle un guantazo. Le importa un comino los años que tenga la niña. Pero lo último que le apetece es una bronca gitana en el hospital mientras la nuera está de parto. Seguro que si se enzarzan los dos hermanos, la mayor y el pequeño de sus hijos, le toca a ella acompañar a la futura madre en el paritorio.

Como si oyera las tribulaciones internas de mi madre, Mónica suelta un grito espeluznante. Quique corre a su lado lívido. Le coge la mano y le pide que respire.

—¿Pero cómo respiro cielito? ¡Si como no teníamos dinero para las clases de preparación al parto no sé cómo tengo que respirar para que no me duela!

Y se echa a llorar desconsoladamente.

Quique no sabe dónde meterse ni qué decir. Parece haber finalizado con el empalagoso repertorio de cariños y diminutivos. Menos mal, porque aparte de ser agotador para los acompañantes, no es el momento.

—Tú respira fuerte amor. Voy a llamar a una enfermera y que te hagan algo.

—Pero es que me van a poner la epidural y yo quería dar a luz de manera natural.

Cada vez llora más fuerte. A Elena se le nota un ataque de risa contenido. Si suelta la primera carcajada desencadenará otro ataque de risa en mi madre, que es de risa fácil, y no parece lo más oportuno. Mi madre, que es mucha Águeda, decide tomar la iniciativa en lo que respecta a la epidural de su nuera y así se aleja de su hija y sus inoportunas ganas de reír.

Sin embargo, Elena la sigue para poder reírse a gusto en el pasillo.

—¿Pero qué está pasando en esa habitación?! Mamá, ¿tú estás segura de que estos dos son los mismos que se matan a broncas día sí y día también? ¡Se han comido todo el merengue del mundo y se les sale por los poros y la boca! ¡Qué horror de escenitas nos están regalando! Vamos, me río de Danielle Steele...

—Elena, quiero que empieces a comportarte de una maldita vez. Vamos a buscar a alguien que le ponga algo a esta mujer quiera o no.

Por supuesto que mi madre consigue arrastrar a un anestesista hasta la habitación de Mónica. Gracias a la intervención del ginecólogo, la matrona, la suegra, el anestesista y el celador, Mónica consiente en dejar de sufrir como un animal y ponerse la epidural. La llevan a otra sala y en la habitación se quedan mi aterrado hermano, mi madre y mi hermana. Elena está agotada. Como norma general en su casa no hay quien duerma seis horas seguidas, pero la noche anterior fue especialmente movidita por un catarro de Pablo. Así que mientras la cuñada se encuentra ausente, ella se sienta en un cómodo sofá cama destinado a guardar el sueño de las primeras noches de Quique como padre. Enciende su tableta decidida a leer un ratito hasta que la suban de nuevo. Pero a los escasos cinco minutos se le ha doblado el cuello en una postura imposible y respira pausadamente envuelta en un sueño reparador. Mamá la mira con condescendencia. Es consciente de la vida que lleva Elena, así que una siesta no le vendrá nada mal. Quique ha salido de la habitación y hace guardia en la puerta caminando de lado a lado, tal vez concienciándose de lo que se le echa encima.

Media hora después Mónica vuelve a la habitación. Elena se ha estirado por completo en el sofá y ronca profundamente. El camillero, un sonriente veinteañero, coloca la cama de Mónica en su lugar y mira atónito a la Bella Durmiente.

—Una noche dura, ¿eh? ¿Descansando la abuela?

—Sí, dura, muy dura.

—Así coge fuerzas para cuando le llegue el nieto.

—Sí, claro.

Lo mejor es no perder el tiempo en aclaraciones. Pero apunta mentalmente que tiene que decirle a Elena que vaya a la peluquería a darse un repaso a las canas.

Mónica está más tranquila ahora. La anestesia ha hecho su efecto. Tiene recomendación por parte del anestesista de llamar en cuanto sienta de nuevo las contracciones para repetirle la dosis. Al menos él la ha convencido de que es una tontería sufrir habiendo química que te ayuda. Esas bobadas que se han puesto de moda de sentir al bebé por el canal del parto. Lo que sientes son los dolores del parto. Dejémonos de tonterías.

En la habitación ha vuelto el ambiente ñoño de los dos futuros padres mirándose a los ojos con cara de gorrión, con las manos entrelazadas mientras Elena sigue durmiendo a pierna suelta. Parece que esté en casa. ¡Vaya compañía para mi madre! Aunque cuando lo piensa despacio le cuesta decidirse sobre qué resulta más cansino si los llantos desconsolados de antes o los millones de diminutivos chorras que estos dos son capaces de decirse al minuto.

En la última exploración, la matrona ha augurado un parto largo. Se ha ralentizado la dilatación. Elena sigue roncando en el sofá ajena a los centímetros de Mónica. Tanto, que la matrona se ha visto obligada a hablarle a gritos a Mónica para hacerse oír. Y mi cuñada ha llorado porque se ha tomado fatal que la matrona le levantara la voz. Piensa que le tiene manía. Trabajar en una guardería le está pasando factura. Se nos pone pre—escolar con el desarreglo hormonal que conlleva la maternidad. Mi madre, a punto ya de perder la paciencia, la convence de que llora porque se le está pasando el efecto de la epidural. Si quedan aún horas para que nazca el bebé lo ideal sería no cansarse sufriendo dolores. Se necesitan todas las fuerzas para cuando llegue el momento de ayudar al bebé a salir. Sin consultarle mucho más

pide otra dosis de anestesia que nadie le discute.

Elena, mientras, habla en sueños. Quique está cansado y quiere estirar un poco la espalda pero Elena no se lo pone fácil. El sofá es suyo y sólo suyo. Mamá se está arrepintiendo de no haberse metido un par de canutos en el bolso y de haber ido tan pronto al hospital, de donde no puede salir porque su hija se está echando la siesta de su vida y no ha cogido dinero para poder fugarse en un taxi.

Otra exploración indica que la cosa sigue sin avanzar.

Mónica se queja de que con cada exploración le meten la mano hasta el hombro entre una y dos personas y que debido al color del uniforme no logra distinguir si son médicos, enfermeras, matronas o la señora de la limpieza.

Vuelve a llorar.

Quique la consuela con millones de besos y te quiero y vida mías, y cositas y...

Elena tiene gases. ¿Qué más puede hacer esta mujer mientras duerme? ¿Bailar la lambada?

Mamá baja a la cafetería y se pide un Cuba Libre. El camarero debe tener su misma edad y no le pregunta qué es eso, pero tarda lo mismo en ponérselo que si hubiera ido a La Habana a destilar el ron. El alcohol adormece un poco los nervios que le han puesto entre todos.

Sube andando para retrasar el momento del reencuentro con la familia. Son las doce de la noche. Ya no hay manera de volver a casa. Y si Elena sigue fuerte en el sofá la noche va a ser eterna y agotadora.

¡Bingo! Elena sigue en fase R.E.M. y Mónica recibiendo otra dosis de epidural y más oxitocina. Un acelerador, dice la bata blanca.

Mamá se tira sobre el sofá sin importarle si Elena duerme o no. Elena siente el peso de mi madre sobre su pecho y se sienta abruptamente y medio asfixiada.

—¿Ha nacido ya? ¿Dónde está?

—Aquí no ha venido nadie nuevo, hija ¿Has descansado?

—¡Uy, sí! Estaba muerta ¿Cómo está de dilatada? ¡Es tardísimo! ¡Los niños!

—He mandado a tu padre a que se encargue de ellos. Seguro que va con Soco para que les haga la cena y se encargue de todo mientras él ve el partido.

— Y estos, ¿siguen igual de empalagosos?

— Más. Se han jurado amor eterno mil veces y se han puesto tantos motes que me he tenido que bajar a tomarme un cuba libre.

— Y no avisas...

— ¿A la Bella Durmiente? ¡Que nos tienes desde mediodía de pie y tú roncando!

Quique y Mónica se susurran cariñitos cuando entra la matrona para una nueva exploración.

Todo marcha bien. Se la bajan a quirófano. ¡Por fin! Ahora a descansar. Una cabezadita no le vendría mal. Que haga guardia Elena.

Quique palidece a cada paso que da. No hay nada escrito, pero a lo mejor hay que atender al padre de una lipotimia...

Dejan a los tortolitos en una antesala del paritorio donde se oye gritar a una mujer como a una endemoniada.

Mónica se pone a temblar sin control.

—Mi amor tengo mucho miedo. ¿Y si me duele?

—Seguro que no. Esa mujer está exagerando. Te han puesto tres dosis de epidural.

—Por cierto, muéveme la pierna que con tanta epidural no la siento y está en una posición tan rara que me tiran las lumbares. Parece de otra persona y me está agobiando.

Quique coge con suavidad la pierna de Mónica y la sube un poco para colocarla en su lugar natural. Al hacerlo, a Mónica, con el cuerpo insensible de cintura para abajo, se le escapa un rosario de flatulencias y una extraña y húmeda sensación. Su cara se contrae en un sentido puchero.

—Cari, creo que me he hecho caca. ¡Me muero! Por favor, levanta la sábana y dime si me lo he hecho encima. ¡No me lo puedo creer! ¡Es que no siento nada!

—Lo siento amor, pero yo no levanto la sábana ni por todo el oro del mundo. A ver si me voy a encontrar con el pastel...

— ¡No serás tan capullo de dejarme entrar ahí toda cagada!

—Que yo no miro. Que te vas a agobiar si te digo que te lo has hecho todo encima. Ya no hay remedio. No te van a limpiar...

—¡Eres un mierda y un cobarde!

— No me hables de mierda cari, no me hables de mierda...

—¡Levanta la sábana!

Quique sabe que no habrá paz ni muerto si no cumple con las exigencias de una Mónica fuera de sí. Así que coge aire y levanta la sábana que le cubre las piernas.

—¡Hecho! No hay nada. Vas limpita como un bebé ¿Tranquila?

— Como sea mentira, te juro que cuando salga de aquí y me pueda poner de pie y erguida, te mato. Y sabes que lo cumplo.

—Sería incapaz de mentirte en algo así y en este justo momento Moni. Parece mentira. No lo estropees.

Minutos después, un gorro, unas gafas y una mascarilla les esperan con manos enguantadas en un luminoso quirófano preparados para traer al nuevo miembro de la familia al mundo.

En la habitación, madre e hija duermen cabeza con cabeza. Son las ocho de la mañana y el sol entra ya a raudales por el ventanal. Un ruido despierta a Elena ¿Qué es eso? Está desorientada. Otro ruido. ¿De dónde viene? Otro más. Es como un pitido. ¡No! ¡Una alarma! ¿Es hora de ir a trabajar? ¿Dónde está? El hospital. Mónica. Mamá también está.

—¡Qué tonta! ¡Es el móvil!

Mamá se sobresalta.

—¿Qué pasa? ¿Ya? ¿Dónde está el niño?

— No sé mamá. Me he despertado con el móvil. Es un mensaje de Mónica. Ha mandado un whatsapp. No, diez. ¿Mónica? Será Quique con el móvil de Mónica, espero... No. Es ella. Ha mandado unos selfies con el bebé. ¡Qué feo todo arrugado, por favor!

— Hija mía, es oficial ¡Eres una borde! ¿Cómo puedes decir que es feo mi pequeño? Dime qué dice que no encuentro las gafas.

— “Ya está aquí Daniel. Nosotros dos bien. Quique vomitando y llorando. Creo que le van a dar un calmante. Os veo en un rato”.

— Los hombres de la familia han perdido el gen de la masculinidad. Herencia de tu padre, seguro.

ERE que ERE

En los últimos meses sólo hay rumores en el periódico. Las cosas no van como debieran y se comenta que después de los despidos del año pasado, ahora se prepara un ERE. Todos los empleados están haciendo sus quinielas. Absurdas conjeturas sobre si será o no, cuándo, por cuántos días y buscando en Google la calculadora de finiquito para hacer sus cuentas. Quien más y quien menos se imagina montando una start up. Seguros de que con la indemnización tendrán la inversión inicial necesaria para empezar a emprender.

Emprendedores. Todos ellos. La nueva hornada de empleados de redacción y maquetación fundamentalmente. Hipsters en su mayoría. Hordas de barbas cruzando el arco de seguridad cada mañana. Gafapastas por estética. Clones casi exactos, distinguibles únicamente por el color del pelo y de los pantalones pitillo. Siempre me ha creado un poco de aprensión el hecho de que alguno de ellos pudiera ser padre con niños en edad escolar y pillasen piojos en el colegio... La invasión puede ser terrible. Me pica la cabeza sólo de pensarlo. Un escalofrío de asco me recorre el cuerpo de arriba a abajo.

Vuelvo a meter la cabeza detrás del monitor del ordenador. Hace tiempo que dedico mis horas de oficina a muchas cosas que no son estrictamente laborales. Me he apuntado a un curso de cocina de Masterchef online. Creía que para saborear a solas a Jordi Cruz, pero me estoy tragando a un cocinero manchego con gafas que me está atacando los nervios. Me enreda con los fogones virtuales a primerísima hora, mucho antes de que llegue toda la pandilla de jovencitos trasnochados. Porque lo que no ha cambiado de una generación a otra es la hora de entrada de algunos gremios. Tengas o no trabajo, en redacción no eres nadie si llegas antes de las doce de la mañana. Eso le concede una gran ventaja al equipo de suplementos, mi equipo. Silencio para poder trabajar a gusto. Pero en toda moneda hay una cara y una cruz. Cuando sales por la puerta, sea la hora que sea, la redacción del diario al completo proclama a voces las enormes diferencias en sus condiciones

laborales. Yo ya llevo quince años soportando la misma acusación y siento cómo me hierva la sangre todas las tardes en mi corto trayecto hacia la salida.

Aparte de a la cocina, le estoy dedicando bastante tiempo en la última semana, a hacer los trabajos escolares de mis hijos. Ambos van justitos con los estudios así que he llegado a un acuerdo con ellos. Yo les hago los trabajos y ellos se dejan los codos y las pestañas en los libros. Si se entera Manu... Si se entera Manu no pasa nada. Con él nunca pasa nada.

Pero con todo y con eso, no hay suficiente tarea para rellenar las ocho horas estrictamente obligatorias de permanencia en el periódico.

El ambiente está totalmente enrarecido. No hace ningún bien el hecho de que la dirección no haya cogido el toro por los cuernos ni nos haya contado la realidad por la que pasa la empresa, sino que han preferido dejarlo a la rumorología popular.

Yo también me encuentro en una situación extraña. No soy tonta, por mucho que me pase el día riéndome de mí misma. Sólo es una estrategia para sufrir lo menos posible. Pero soy perfectamente consciente de que me han relegado. Hace meses. No es que no haya trabajo, es que no lo hay para todos.

Los reportajes que antaño hacía sin que nadie se planteara ninguna otra alternativa, han pasado a manos más jóvenes, sin manchas en la piel. Sin atisbo de arrugas. Con manicuras perfectas. Mujeres más jóvenes con indumentarias milimétricamente estudiadas. Sin cargas familiares. Con todo el tiempo del mundo para dedicarlo en cuerpo y alma al trabajo y a hacerse ver hasta muy tarde haya o no algo que hacer. Unos hablan de un relevo generacional. Yo hablo de discriminación generacional. Hasta Jessi me ha hecho un adelantamiento por la derecha. Incluso después de haberse defecado en la oficina del cliente ha subido un bonito escalafón. Ya vuela libre. Y aunque no lo haga muy bien siempre está bien respaldada por su cohorte de admiradores de la redacción de deportes que con sus cincuentaytantos meten tripa cuando hablan con ella y se ofrecen amablemente a echarle un vistazo a sus textos y corregir algunos detallitos si fuera necesario. Y los pen drives vuelan de mesa en mesa y convierten en un premio Cervantes la redacción infantil de la ex becaria. Pero ese es el futuro. Está claro. Y habrá que empezar a asumirlo.

Hay otra opción. Subirse al carro del peloteo y las jornadas interminables. Salir a tomarse una copa después de trabajar con el resto de pelotas en el bar

donde suelen hacerlo todos los miembros del comité ejecutivo. Los decisores. Pero a mí me resulta imposible hacer más huecos en las escasas veinticuatro horas que tiene un día. Con los recortes salariales y el insuficiente trabajo de Manu hemos tenido que prescindir de la asistenta. Además, ahora he cogido el vicio malsano de salir a dar un paseo para intentar mantener a raya los michelines que me ha regalado una cruel menopausia precoz. Desde que ví el programa El Método Osmin y asumí que la calle podría ser mi gimnasio, entreno cuando puedo arrastrando cubos de basura y levantando barriles de cerveza vacíos. Ya he tenido más de una bronca con la policía municipal, pero no cejo en el empeño de conseguir un cuerpo diez con ese entrenamiento urbano. Este método es además bastante incompatible con las largas jornadas de alcohol después del trabajo, y me ha decantado por la forma física. Nada nuevo en mí. Cuántas veces me he planteado que si mi actitud hubiera sido otra, las probabilidades de éxito laboral se habrían multiplicado por mil. Pero decidí hacerme abanderada de la sinceridad. Y eso está reñido con los falsos halagos y las risas huecas a los chistes malos.

He puesto toda la ilusión del mundo en lo que he hecho. Me he emocionado como una novia camino del altar con cada responsabilidad que he aceptado. Y como en las relaciones reales, el tiempo ha hecho mella en mis sentimientos, donde la pasión siempre dio paso al cariño. Pero nunca al desamor. A eso no he llegado nunca. Cuando lo veía venir cambiaba de rumbo. Siempre en constante movimiento. Buscando esa chispa que me hacía sentirse muy viva.

Desde hace un año busco desesperadamente un rescoldo en mi actitud y no logro encontrarlo. Cuando las cosas no funcionan hay que tomar decisiones.

Me iría del periódico sin dudarlo. Ahora. Cuando aún es soportable el dolor y la humillación. Pero tengo ya muchos años y son pocas las oportunidades que existen ahí fuera para mujeres como yo. Y tengo miedo. Mucho miedo. Vértigo atroz a lo que el futuro me tiene guardado. No hay un colchón económico para poder permitirse unos meses sin pensar en nada que no sea enderezar mi vida y plantearme qué es lo que quiero vivir de aquí en adelante. Porque no estoy sola. Están ellos. Manu y los niños. Ellos pueden no querer lo mismo que quiero yo.

Manu y yo hemos soñado despiertos con mil futuros distintos. Siempre lejos de lo cotidiano. Siempre cerca del mar. De Costa Rica a Cádiz. En busca del sol. El tópico del chiringuito playero. ¿Pero y los niños? ¿Qué impacto puede

tener una decisión así?

De momento no hay comunicación oficial del ERE pero será mejor estar preparada. Hay que actualizar currículum y pensar si quiero continuar con esta misma vida veinte años más. Hasta la jubilación.

—Reunión urgente de departamento. Ana, despierta. Tienes la mirada hueca y no cuela. No estás trabajando.

Lola, con su característica cara de Sargento de Hierro a punto de dar instrucciones al pelotón para que se dirija a la muerte, mete la cabeza aún más en mi pantalla del ordenador.

Si ella fuera la primera en desfilar, yo sonreiría feliz. Como ahora mismo, imaginándola por fin humillada y no humilladora. Borja pasa por su lado y le da unos golpecitos en el hombro.

—Lola, también va por ti. Hasta donde yo sé, tú también eres departamento. Al menos en la nómina.

—En la mierda de nómina que tengo quieres decir. Porque te recuerdo que soy la más antigua del departamento. Y a mí no me toques que te he dicho mil veces que no me gusta que me toquen.

—Es un placer dejar de hacerlo Lola. A la sala de juntas.

—Yo no puedo ir. Estoy ocupada. Tengo que cuadrar las cifras del mes.

—Lola, no es una sugerencia es una orden y o te levantas ahora mismo o te levanto yo.

¿Es éste el Borja de siempre? ¿Ha tomado alguna sustancia prohibida que le confiere una valentía propia de Thor y una firmeza desconocida? Siento una inesperada admiración por el jefe. Nunca, nadie, jamás, en ninguna circunstancia le ha hablado así a Lola. Porque ha utilizado su agriado carácter y su mala educación desde el albor de los tiempos y nadie ha tenido el valor necesario para ponerla en su sitio. Ella se ha encargado durante años de abonar y regar su leyenda, haciendo de esta manera lo que le viene en gana siempre y blandiendo la grosería como elemento diferenciador.

Pero esta vez ha sido ella la que ha perdido. Se ha puesto tan roja que parecía que iba a estallar y de muy mala gana se ha levantado y ha seguido a la marea humana hacia la sala de juntas.

Ante el espectáculo de la humillación de Lola, no he tenido ocasión de plantearme el porqué de esta reunión inesperada. Nunca presagian nada bueno

y en los escasos metros que me separan de la puerta de la sala los nervios se apoderan de mí. Un pequeño cosquilleo en las manos acompañado de una terrible presión en pecho y estómago. Al borde del ataque de ansiedad.

Borja toma la palabra. Su voz suena menos aflautada que nunca.

— Gracias a todos por venir.

— ¡No ha sido voluntario!

— Lola, gracias como siempre por poner el toque de humor en cada reunión. Siempre tan espontánea.

Carcajada generalizada.

— Como decía, gracias por venir. He querido hablar con vosotros para aclararos la situación del diario. Soy consciente de que corren mil rumores por los pasillos que no nos ayudan en absoluto a llevar el trabajo con normalidad. Está afectándonos a todos y para evitar más conjeturas he decidido trasladaros todo lo que sé a día de hoy.

Nos absorbe un gran grupo de comunicación al que le faltaba un diario. Como en toda absorción, hay puestos que se duplican y habrá que ajustar plantillas. Sí, habrá un ERE. En una primera fase será voluntario y después obligatorio hasta alcanzar la cifra de 500.

Como consecuencia de esta fusión, a mí ya me han comunicado que la empresa no cuenta conmigo en mis actuales funciones, lo que yo he interpretado como “te damos unos meses para que te busques la vida y luego, adiós”, no os voy a ocultar nada. Me han pedido que sea yo quien deje estructurado el departamento tras mi marcha. No lo haría, pero os perjudicaría y eso jamás. Necesito vuestra ayuda. Esto funciona de una manera muy pragmática. Por departamento hay un cupo de despidos que cumplir. Nos han tocado tres. Se le dará preferencia a las bajas incentivadas por edad y las bajas voluntarias, siempre y cuando a la empresa le cuadren estas últimas. Si alguno quiere acogerse a una de estas dos circunstancias os ruego que me lo comunique en privado lo antes posible. Es todo tan increíble como que el plazo para presentarse es de tres días. Os dejan setenta y dos míseras horas para que decidáis vuestro futuro. Si no se presenta nadie seré yo quien tenga que decidir quiénes podrían ser prescindibles para el futuro de la empresa. Y ya hay quinielas en Recursos Inhumanos aunque ellos no quieran reconocérmelo y no os conozcan ni de vista. Siento la brusquedad de mi discurso. Si tenéis alguna pregunta este es el momento de hacerla.

Pero nadie habla. El comunicado de Borja les ha pillado por sorpresa. Se oían rumores acerca del despido colectivo, pero jamás pensó nadie que el futuro pasara por no tener a Borja entre ellos. Estaba tan vinculado al periódico que parecía increíble. Borja respiraba el aire del diario. Borja era el diario. Si no contaban con él no contarían con nadie de su equipo. Sonaba a cambio radical. Querían nueva línea editorial en suplementos.

—Veo que no hay preguntas. Eso significa que o bien me he explicado maravillosamente bien como es costumbre en mí o que no os salen las palabras. Como me inclino más por lo segundo, mi puerta estará abierta para todos vosotros. Más que nunca. Y ahora, todos a trabajar.

De repente siento los músculos ralentizados. Invasión por una especie de parálisis que hace que mi cuerpo se mueva en cámara lenta. Me siento muy extraña. Borja no estará en el periódico...

—Ana, necesito hablar contigo. Acompáñame a mi despacho, por favor.

—No estoy muy segura de poder hacerlo Borja. Creo que estoy aterrada. No me puedo mover. Y no es una frase hecha.

—Pues te rogaría que hicieras un esfuerzo. Lo que tengo que decirte no debería hacerlo en ningún sitio en el que alguien más que tú pudiera oírlo.

—No me ayudas nada Borja.

—No pienses mal Anita. Quiero contarte algo que no debería. Pero creo que nuestra relación estos años ha ido más allá de lo meramente profesional y siento que te lo debo. Sólo yo, nadie más. Levántate despacito y vienes a tu ritmo. Yo te espero en el despacho. Incluso si quieres hasta te preparo un café en mi Nespresso... Esa que nunca utilizo con gente de la casa.

Borja cumple con su parte y yo le sigo a cámara súper lenta. Tras lo que parece ser una eternidad llego al despacho de Borja y cierro la puerta detrás de mí.

—Creo que ni me siento Borja. Si lo hago luego no vas a conseguir levantarme. Estoy acojonadita. Entre tu charla y este tête—à—tête...

—Lo siento Ana, pero me veía en la obligación de hablar contigo en privado. Antes de que lo sepa el resto del departamento, la empresa y toda la profesión. Un escándalo.

—Suelta ya lo que tengas que decirme Borja que a ti te encanta el suspense pero yo estoy a punto de desplomarme. ¿Me vas a echar?

— No Ana. Creo que mi discurso ha sido claro. No se despide a nadie. Es un ERE. Y hay voluntarios y obligados. Con un poco de suerte ninguno de nosotros será por la fuerza. Yo creo que hay gente que quiere irse hace tiempo y esta será su oportunidad de hacerlo con un pellizco digno de consideración. Serán buenas condiciones. O eso me han dicho. Pero no es eso lo que quería decirte. Las condiciones del ERE serán públicas en escasos treinta minutos. Para que la gente sepa si quiere acogerse a él voluntariamente debe saber cómo. Quería hablarte de Jessi.

— ¿Qué ha hecho esta vez? ¿Dónde hay que ir a reanudar nuestras relaciones políticas y diplomáticas?

— No Anita, no. Esta vez no hay nada que podamos hacer. Ha estado tramando una astuta estrategia durante meses. Y ha conseguido lo inimaginable.

Mis ojos permanecen mirando fijamente la cara de Borja, sin pestañear para no perder detalle.

—He dicho ahí fuera que me han pedido que les deje reorganizado el departamento. Pero no es exactamente cierto. Ya hay casillas con nombre...

Ninguna reacción. Apenas respiro para no hacer ruido exhalando el aire y perder una palabra.

—Quieren que sea ella quien ocupe mi lugar. Que le enseñe todo lo que sé durante los tres meses que me han pedido que me quede. Sólo para sangrarme, supongo.

— Me estás tomando el pelo. ¿La becaria, jefa? ¿De entre todos nosotros? Tiene veinticinco años, por el amor de Dios. ¡No sabe hacer nada aparte de lamer culos y enseñar las tetas!

—Tú misma acabas de dar con la clave Ana. Le ha estado lamiendo por lo menos el culo al director general desde que entró. Acuérdate del tipo de información que manejaba siendo quien era. Todos lo sabíamos, éramos conscientes de que le buscaba y se hacía la encontradiza. Que le restregaba las tetas como una osezna contra un árbol. Y que desde que entró está haciendo un MBA. Cumple con todos los requisitos que van a pedir que tenga la plantilla que permanezca en la empresa. Es joven, se está preparando y encima es mujer. Sabes que ahora es muy sensible el tema de los cupos en cualquier organigrama.

—Bueno, tú también cumples muchos de esos requisitos. Incluso el de ser un poco mujer...

—Digamos que soy medio hombre, mejor. Pero no soy tan joven como ella. Y al director general no le gustan mis tetas. Ni a Paco Reguero, el de deportes. Ya sabes que son íntimos. Jessi también pasa mucho tiempo consultándole estupideces mientras luce escote a destajo...

—Y eso ¿dónde me deja a mí? No estoy preparada para este nuevo revés profesional Borja.

— Por eso estoy hablando contigo Ana. Porque te aprecio mucho. A pesar de tu carácter y tus salidas de tono. Siempre he pensado que de habernos conocido en otras circunstancias, habríamos sido AMIGOS.

— Ha sonado fatal lo de mi carácter, pero esta vez no te lo voy a tener en cuenta. No tengo fuerzas para discutir contigo hoy. Ya me gustaría verte a ti en mis menopáusicas circunstancias. Los cambios de humor son incontrolables. Claro, como tú sólo tienes la intuición femenina pero no la esclavitud hormonal te aventuras a dictar sentencias sobre el carácter de los demás.

— Ana, Anita, no empieces... Deberíamos hablar de otras cosas mucho más serias en estos momentos. Necesito que te centres con todas tus fuerzas en pensar en tu futuro profesional con la estructura que te estoy planteando. Necesito saber si puedo contar con poner tu nombre en una casilla.

— ¿Y qué otra opción tengo Borja? Tengo 45 años, soy mujer y madre. Eso en este país significa cadena perpetua en un trabajo. Te guste o no. Te haga feliz o desgraciada. Si sales ya no hay ninguna otra entrada digna. Soy demasiado vieja para todos los trabajos. Demasiado preparada para muchos y por lo tanto un problema que nadie querrá asumir.

— Creo que antes de tomar una decisión deberías hablar con un head hunter. Tengo una muy buena relación con el mejor de nuestro sector. Me he permitido adelantarme y he quedado a comer con él hoy. Por supuesto, estás invitada.

— Vas a hacer que llore. Y es lo único que me falta ya. Que se me hinchen los ojos como a un sapo con retención de líquidos.

— No pierdas nunca el humor Ana.

La comida con el cazatalentos no me aportó ninguna novedad respecto a lo que ya sabía yo. Que estoy en una edad complicada, que estoy muy preparada

y tengo mucha experiencia pero que nunca he tenido puestos de responsabilidad oficialmente reconocidos, que el mercado laboral está muy parado... Ovbiedades. El único punto positivo fue que me pedí un mero con verduritas a costa de Borja que me hizo llorar de emoción. Fue, probablemente, el mejor momento del almuerzo. Sobre todo cuando los dos hombretones me acariciaban la espalda de forma amistosa pensando que lloraba por miedo al futuro. Visto lo visto, a lo mejor me toca sopesar los pros y contras que tiene apuntarme al ERE y subirme al carro de los autónomos hasta que encuentre un trabajo digno. Mi jefe y su amigo el experto en la materia me recomendaron que hiciera una lista con los puntos positivos y negativos de mi situación actual, así que allí mismo me puse con ella. La lista no es muy larga:

EN CONTRA

Edad

Sexo

Cargas familiares

Años de experiencia

No haber gestionado equipos

No haber llegado a puestos de responsabilidad

Sólo tres empresas en mi currículum y en una de ellas, en prácticas

Salario actual, demasiado alto para lo que se paga ahora

Pretensiones salariales (hay que aspirar a más en la vida, ¿no?)

A FAVOR

No tener que levantarme todos los días a las seis de la mañana.

No tragarme un atasco matutino al menos durante un tiempo

No tener que aguantar a Lola

No tener que ver nunca más a Jessi

Dispuesta a escuchar todo tipo de ofertas y a dar un giro radical hacia donde sea.

Esto último ha permanecido en mi lista en contra de la opinión del experto, pero me he empeñado en mantenerlo como punto a favor. Si no, la balanza estaría descompensada del todo. Es mi única esperanza. Si no cumplo ninguno de los requisitos de las ofertas de empleo al menos deberán ver que soy una

entusiasta irremediable e inasequible al desaliento. En casa tengo cinco bocas que alimentar entre familia y mascotas. Aunque a mí no me vendría nada mal una dieta. ¡Otro punto a favor!

La comida finaliza y me deja con una terrible sensación de angustia así que en lugar de volver a la oficina directamente, me disculpo con Borja y me invento una reunión ficticia. Un clásico en la profesión. Borja transige aunque por su cara sé que es consciente de que tengo que digerir todo lo que he escuchado hoy, y que no suena precisamente a música celestial.

Las calles de Madrid están preciosas. Esta forma de mirarlas cada vez que las recorro a pie me hace sentir una pueblerina visitando por primera vez la capital. Y no es muy desacertada la definición. Deambulo sin rumbo fijo intentando encontrar una inspiración, una luz que me ilumine y me marque el camino. En las películas americanas siempre pasa algo así, ¿por qué no me puede pasar a mí después de habérmelas tragado todas ellas?

Y ahora qué voy a hacer. No me siento con fuerzas de tener a Jessi como jefa. Hay cosas en la vida con las que no se puede tragar. ¡Qué ingénuo y pequeña me siento! Alguna vez incluso he creído que se me iba a valorar por mi trabajo, mi dedicación, incluso por mi experiencia. No ahora. Pasados los cuarenta nos convertimos en trastos viejos, inservibles hasta para mercadillos laborales.

Suena el móvil y me deja a mitad de reivindicación interna. Manu. ¡Qué raro! Nunca me llama en horario laboral y menos a mediodía, cuando él aprovecha para meditar un rato en el parque que hay debajo de su oficina.

—Hola Manu. ¡Qué grata sorpresa! A no ser que me digas lo contrario.

—Bueno, depende.

—Concretamente, ¿de qué depende?

—De cómo de bueno consideres que nos hayan comunicado que piensan cerrar la empresa. No les salen las cuentas. Seis meses.

El cómo una persona puede llegar a creer que mirando por algún recóndito ángulo del complicado prisma de la existencia el cierre de tu empresa puede llegar a ser bueno me deja sin palabras. Una noticia así, por teléfono, a la hora de comer. Justo después de la conversación con Borja y el head hunter... Deberían incluir lección de delicadeza y psicología humana en los colegios. Sólo para hombres. Mientras las mujeres vamos a clase de cómo quitarte de la

cabeza la estúpida idea de ser Super Woman.

—¡Ana! ¡Ana! ¿Sigues ahí?

— Sigo aquí Manu. Pero no tengo claro si sigo respirando o Dios ha tenido a bien llevarme pronto como le pedí.

— No te lo tomes así Ana.

— Me lo tengo que tomar así Manu. A mí acaban de comunicarme que hay un ERE en marcha, que Borja abandona el barco y toma el relevo la Jessi de los huevos y yo así tampoco quiero seguir en este trabajo y en esas condiciones....

— (...)

— Ahora eres tú el que callas. ¿Entiendes por qué me lo tomo así?

— Sí. Esta noche hablamos, ¿de acuerdo? Te veo en casa.

— De acuerdo.

— ¡Ah! Ana, te quiero. Saldremos de ésta.

De repente Manu recobra el brillo que había perdido su armadura en los últimos años. Es increíble cómo puede alguien resucitar el amor simplemente sabiendo llevar la vida de un modo elegante. Soltando un “te quiero” sincero de los que no pronunciábamos en años. Una frase que es justo la que necesito: saldremos de ésta. Manu me devuelve la seguridad. Ha vuelto a tomar las riendas de la familia. Entonces, la tristeza se me aferra a la garganta y me dejo llevar por un llanto desconsolado y desgarrador, envuelta en una extraña sensación de haber perdido una y mil batallas. ¡Pero si no he peleado por casi nada en la vida! Si mi madre me viera me acusaría de volver a ser la reina de las tragedias griegas como cuando era una adolescente.

Caminando a ciegas, y no sólo por las lágrimas, sino también por mi escaso sentido de la orientación, me pierdo. Un clásico. Como ya estoy en pánico desde hace unas horas no llamo a Manu para decirle entre lágrimas que me he perdido. Ya lloro por otras cosas más importantes. Al final acabo dándome de bruces contra El Gaucho, un bar regentado por Leo, un joven argentino con todos los caminos recorridos, arrugas en los ojos de tanto mirar al sol de frente y una sabiduría digna de un octogenario. Un tipo con el que en los últimos tiempos me he ido topando en cada bar y cada restaurante de una manera casi inquietante... Empezó todo el aciago día que la puñetera faja reductora pilló mi sensual vestido negro en un mesón de mala muerte. Luego

vino la cena íntima con Manu en la que acabó chamuscándome lo que no debía con un juguetito sexual comprado en la liquidación del Vibra d'Or, la boda de Quique y Mónica... En cada uno de los eventos, me encontraba con un camarero argentino de mirada guasona que parecía conocerme.

Y es que aunque no me conociera de verdad, me había visto en demasiadas situaciones comprometidas como para no reírse ni un poquito de mí. Los Gómez cuando la liamos, la liamos de verdad.

Cuando me topé con él en El Gaucho, ya como encargado ¡por fin! de un garito, éramos dos viejos conocidos y empezamos a hablar más allá de lo estrictamente profesional de un café con leche y un croissant, que mañana me pongo a dieta.

En el interior de El Gaucho suenan los tangos que Leo canturrea cuando hay poca clientela.

Entro hasta el fondo del local y me siento en una mesa completamente abatida.

Leo me pone delante un mate y se sienta frente a mí con otro.

—¿Qué fue lo que te pasó esta vez Anita? Me traés la mirada lánguida...

—¡Leo! Mil gracias, pero nunca he probado el mate, lo sabes.

—Por eso lo hice, dale. Parecés estar gritando “hoy debería ser el día de mi primer mate”.

No puedo evitar una sonrisa.

—¿Cómo lo consigues?

—¿El qué?

—Estar siempre alegre. Hacerme sonreír.

— ¡Ya te lo dije la última vez! Somos diminutas hormiguitas en la inmensidad del Universo Anita y si no sos capaz de verlo claramente nunca serás feliz. La clave está en lo pequeño, lo cotidiano, vieja. Lo sabés... ¡Relativizá las cosas! ¡No seas tan trágica!

— No soy trágica. Soy vieja como bien dices. Se me pasó el arroz en lo laboral, en lo personal, en todo.

— ¡Cortáte las venas piba!

— ¿Qué?

— Sí, cortáte las venas. Yo creo que estarás mejor muerta que viviendo con

el desprecio que te tenés. ¡Sos increíble! ¿Por qué sos la única que no lo ves? ¿Vos no tenés un sueño? Todo el mundo lo tiene. Los sueños no se persiguen, se trabajan y entonces se hacen realidad. En lugar de lamerte las heridas imaginarias como un perrito abandonado, ¡andá! No podés lamentaros si no hacés nada por corregir lo que no te gusta de tu vida...

Leo se levanta y se vuelve a la barra para atender a un parroquiano que ha entrado pidiendo un café.

Y a mí me deja con mi mate a medio camino entre la mesa y mi boca abierta, y cuando lo pruebo su sabor no me resulta nada extraño, como si me hubiera pasado la vida tomando mate y escuchando mi voz interior en boca de un argentino al que apenas conozco pero que se ha pasado los últimos meses dando de beber a la sedienta Ana sin apenas enterarme.

Nuevos aires, Buenos Aires

¡Y se hizo la luz!

Mentiría si no dijera que le di una y mil vueltas. Acogerse al ERE sonaba muy bien como sueño, como manera de hacer unos ahorrillos si tienes esperando el otro trabajo de tu vida a la vuelta de la esquina. Pero no era mi caso. Mi situación familiar era un poco más apurada. Lo que estaba claro es que lo que me esperaba en lo laboral no me apetecía nada. Y haciendo un ejercicio de inmadurez y riesgos me presenté en el despacho de Borja y le pedí que considerara seriamente mi inclusión en las listas de los posibles afectados por el despido colectivo.

La primera y única reacción de Borja fue el llanto. Sí. Lloró. No me dijo nada, sólo me mostró sus lágrimas. Me abrazó y me incluyó en la lista.

No dije nada a nadie. Ni podía ni debía hacerlo. Soy supersticiosa y creo que los temas de vital importancia pueden gafarse si los compartes antes de tiempo. Tampoco tenía con quién hacerlo en ese territorio hostil en el que se había convertido en los últimos meses el periódico.

Había tomado una decisión yo sola. Pero ahora tocaba contarlo al resto de la familia. Tenía que decirles que su vida no iba a ser lo mismo a partir de ese momento.

Tenía la oportunidad de preparar un discurso maduro y coherente que si me estudiaba a conciencia, podría llegar a ser irrefutable. Porque tenía la certeza de que Manu me iba a apoyar. Es un optimista vital. El desafío estaba en convencer a los dos pequeños enemigos que tenía en casa.

Sentada frente a la hoja en blanco en busca de la inspiración de los pros y contras me acordé de cierto argentino, maestro de las sentencias y camarero de profesión. Las musas habían vuelto y no en forma de palabras. Había que encontrar al tipo que en los últimos tiempos me había dado las pistas necesarias para salir sola de mis numerosos embrollos.

No había contado con que yo nunca encontraba al argentino porque lo

buscase sino que él parecía encontrarme a mí. O que la vida me lo ponía en todo el medio para que yo lo viera. Y ahora que sí quería encontrarlo de manera voluntaria, no era capaz de recordar la ubicación exacta del bar donde me sirvió un mate hace un par de semanas como mucho. Anduve y desanduve mis pasos tres veces sin éxito. Recurrí a San Google que todo lo cura, y nada. No existía ningún bar, cafetería o restaurante llamado El Gaucho. Se había esfumado el local, el argentino y mis expectativas sobre ambos. ¿Y si me había inventado yo al argentino de marras? ¿Y si nunca hubiera existido y fuera como una especie de rubia de la curva pero en calvo y con perilla? Un escalofrío me recorrió la espalda. No sería capaz de discernir si era por el miedo a unos posibles brotes psicóticos o porque se me había escapado mi última oportunidad de que fuera otro el que pensara por mí lo que tenía que decirle a la familia. Estaba sola ante el peligro.

—Vale, pensemos Anita. Qué puede pasar si llego a casa y le digo a Manu que yo también he tocado fondo con mi dignidad. Que no me siento capaz de mantener la humillación de que la estúpida de Jessi sea mi jefa. Que lo dejo todo. Que acepto un miserable cheque que no nos permite ni terminar de pagar la hipoteca y que empiezo a pensar en mi futuro, ahora, con mis cuarentaytantos.

El mero hecho de decirlo en alto me produce escalofríos. Nunca he sido propensa a las aventuras. Mis padres me criaron en modo seguro. Es decir, que mejor un trabajo fijo que ser emprendedora, mejor un marido soso y fiel que uno alegre y pendón (aunque ahí papá me la ha jugado), que jugar a la lotería es tirar el dinero, y que siempre hay que tener la despensa muy llena por si pasa algo. Rémoras de la época post guerra que les tocó vivir.

Esas frases repetidas a diario desde mi más tierna infancia forman parte de mi impronta tanto como mi manía de contar escalones. Dieciséis las que me llevan del salón a mi dormitorio, ciento veinticuatro las que me conducen desde la puerta de la oficina a mi puesto de trabajo. O ¿me conducían?.... Tengo que plantearme esa opción firmemente.

Los conflictos tampoco son mi fuerte. Soy Libra, signo del zodiaco que se caracteriza por ser un mediador nato. Otra herencia familiar, saberme el carácter de todos los horóscopos, gentileza de mamá en su época esotérica. Así que llegar a casa y plantear mi ¿decisión? a la familia tampoco va a ser plato fácil de digerir. Porque, ¿he tomado ya la decisión? Creo que soltar la

bomba y largarme al bar a pillarme una cogorza enorme puede ser el mejor punto de partida posible. Un golpe de efecto en toda regla.

Dentro del coche me tiemblan las piernas y el viaje resulta movidito. Me adelantan sin tirones los coches con L de principiante conducidos por jovenzuelos agarrados al volante con un poso de inseguridad aún.

Tras cuarenta minutos de angustia en la carretera llego sana y salva hasta la puerta de casa. Levanto la vista para tener una perspectiva de lo poco que poseo. El habitáculo de mi coche y ese adosado tirando a pequeño es todo lo que he logrado en la vida después de trabajar muy duro. Sin embargo, no siento que nada me una a esos ladrillos, las ventanas mal acabadas ni las puertas de sapeli. Cojo aire como si me fuera a sumergir en aguas profundas y me adentro en el ojo del huracán.

—¡Hola chicos! Ya estoy en casa.

—...

—¿Hola?

Ni la perra ha venido a saludarme. Eso es o que no hay nadie o que está Manu que es como que no haya nadie en circunstancias normales. Y si es así, para la perra no existe nada ni nadie más. Estando con él ella no sale a saludarme ni aunque llevara un pollo colgando del bolso. Me tenía que haber comprado un yorkshire, seguro que entonces no lo querría tanto ni lo pasearía constantemente. Sería mi perrito faldero.

Esta casa solitaria trastoca un poco mis planes.

Para rebajar la tensión y ordenar las ideas, decido darme un baño caliente. Es probable que haga cerca de diez o doce años que no haya encontrado el momento para mantenerme en remojo sin pensar en nada. Y hoy voy a hacerlo a lo grande. Me voy a montar un escenario a lo Pretty Woman. Con sus velas, la toalla estratégicamente doblada debajo de la nuca y un vaso de vino, que viste mucho. Incluyo música ambiente en lugar del móvil con unos cascos porque eso terminaría mal. Mando un WhatsApp al grupo familiar para pedir un poco de piedad y que cuando entren en casa no vengán reclamándome a gritos como es costumbre. Aviso amablemente que hoy no es el día de tocarme las narices y dejo el teléfono fuera de mi alcance para evitar tentaciones de contacto con el exterior.

El agua caliente adormece mi cuerpo y consigue relajarme. Con el calorcito

el vino se me sube pronto a la cabeza y atonta mis sentidos. Estoy en estado de casi letargo y lo disfruto. A veces pienso que debería saber disfrutar más de estos momentos de sólo para mí. Pero nunca he aprendido a estar sola conmigo misma. Ni a darme caprichos insignificantes que deberían ser obligación y no devoción. Perdida en mis divagaciones me olvido de que el motivo de toda esta puesta en escena era elaborar un discurso coherente para contarle a Manu y los niños mi situación laboral y la única salida digna que me queda. Lo olvido de tal manera que el efecto vino—calor me sumerge en un sueño placentero.

Y mientras yo ronco en el baño de mis hijos Manu ha tenido que coger las riendas de nuestra casa. Al llegar a casa soñando son su perra, su sofá y una cerveza se ha encontrado con Marina dejándose hacer un piercing en el ombligo por su peor amiga (para nosotros). Con cariño la llamamos The Eye of The Tiger porque tiene más cara de boxeador que Rocky Balboa la cabrona. Para anesthesiarse, y por influencia de las múltiples películas de vaqueros que se tragó por obra y gracia de su abuelo Antonio cuando mis padres vivían juntos y mi madre se encargaba de sus deberes mientras yo trabajaba, se había bebido media botella de Jägermeister, que es la bebida de moda entre los adolescentes. La situación es tan caótica que Manu no sabe si va a tener que decir en la puerta de urgencias que va por un coma etílico o por una sepsis galopante. Esta niña nos ha salido gilipollas y no parece tener remedio. La bronca está servida.

— ¿Se puede saber qué coño hacéis?

Rocky Balboa tira lo que sea que tenía en la mano y que utilizaba para agujerear la piel de Marina.

— ¡Hola! He hecho una pregunta.

Marina intenta incorporarse y cae de boca encima de la mesa del salón. Suena a cristal roto. No hay sangre. Menos explicaciones en urgencias.

Manu se acerca a incorporar a su hija y mientras Rocky aprovecha para escapar sigilosamente. La coge en brazos y la sube a su habitación. Cura la escabechina del ombligo mientras Marina ni se mueve, la deja bien tapada en la cama y se va a dar un paseo con la perra intentando rebajar el nivel de cabreo que le sube desde el estómago y le revienta en la cabeza. La niña ha salido rebelde sin causa y según acaba de comprobar, sin cerebro. Las malas amistades están acabando con lo poco que quedaba de su pequeña. Hay que

alejarse de todo eso o no será recuperable.

Una vez oxigenado vuelve a casa y ve que Ana ha llegado. El coche está mal aparcado en la puerta. Como todos los días.

Entra en casa y la llama pero no hay respuesta.

Sube a ver a Marina y comprueba que sigue respirando. Al salir del cuarto de la adolescente borracha ve que sale luz del baño de los niños. Unos tímidos golpes son los nudillos para saber si hay alguien. Unos golpes un poco más fuertes y una pregunta:

— Santi ¿eres tú?

Silencio.

Intenta abrir la puerta que por suerte no tiene puesto el pestillo. Entra y se encuentra a Ana roncando en la bañera. Mete la mano en el agua. Helada.

— Ana, despierta. Te has quedado dormida en la bañera.

Ana despierta y se da cuenta de que está completamente congelada.

— ¡Mierda! ¡Me he quedado dormida! ¿Por qué no me has despertado antes? Me voy a coger una pulmonía.

— Porque acabo de verte sería una buena respuesta. Y un gracias también estaría bien. Nunca te hubiera buscado en este baño Ana. Cuando acabes de descargar tu mal humor te espero en el salón. Tenemos que hablar.

La frase. Ha dicho la frase. Se me ha pasado hasta el frío y me ha inundado una ola de calor. Pensaba ducharme para devolverle la temperatura al cuerpo pero siento que ya no hace falta. No me lo puedo creer. Yo dejo el trabajo y Manu me va a dejar a mí. ¡Qué panorama Dios mío, qué panorama!

Bajo hacia el salón envuelta en dos pijamas y la batamanta de Santi y muerta del miedo. Con esta pinta le tengo que dar la razón si me manda al carajo.

— ¿De qué tema tenemos que hablar que necesita tanta seriedad? ¿Vas a dejarme? ¿Justo ahora que yo iba a dejar el trabajo?

— ¿Que vas a dejar el periódico? ¿Por qué? ¿Qué vamos a hacer? ¿Te has olvidado de que mi empresa cierra en seis meses?

— No te desvíes del tema. Tú me vas a dejar, ¿no? Pues yo dejo lo que me da la gana.

— ¿De dónde te has sacado lo de que te voy a dejar Ana? No me toques los huevos que ya me los ha tocado suficientemente tu hija.

— ¿Mi hija? ¿Ahora es mi hija? Es tu niña, no mi hija.

— Lo que tú digas. Marina, para resumir.

— ¿Y qué ha hecho esta vez?

— La he pillado dejándose pinchar por Rocky.

— ¡No me jodas! ¿Caballo? Pensaba que era cosa de los 80 y que esa droga había muerto. Pero la que se va a morir soy yo.

— ¡Que no! ¡Qué burra eres! Le estaba pinchando el ombligo para hacerle un piercing. Para no sufrir la muy burra se ha pimplado media botella del jarabe alemán ese que beben estos idiotas y tiene un pedo de colores. Está en su cuarto durmiendo la mona.

— ¡Qué alivio! Bueno, no. Alivio sí por lo de las drogas, pero mal por lo del pedo y el agujero. Cuando se me pase el ataque de nervios la mato. Y a Rocky la denuncio. Porque a mi hija no la mato literalmente pero a la otra sí.

En el piso de arriba suenan golpes. Es Marina haciendo carambola de pared a pared intentando llegar al baño. Pero tras escuchar una repugnante arcada seguida del inconfundible sonido del vómito sobre el suelo Manu y Ana son conscientes de que les toca subir a limpiar los estragos causados por la adolescente inconsciente.

La borrachera pre piercing fue la gota que colmó el vaso de las fechorías de Marina. Desde que cumplió diez años nuestra dulce niña sufría una transformación hacia una desconocida que se empeñaba en hacerse daño y destrozarse la vida. Vamos, una adolescencia de libro. Cumplía uno por uno todos los puntos de la adolescente rebelde. Sufría muchísimo, pero lo hacía en silencio y a escondidas y delante de nosotros sólo daba muestras de desafío. Todo el día con el pecho levantado como un gallo de pelea en guerra constante.

Malas notas, amonestaciones de los profesores, look gótico, malas compañías, acento cerrado de macarrilla en prácticas... Todo para esconder al ser más bueno que haya conocido jamás. Pero en estos momentos no había quien pudiera con ella. Era un caballo desbocado.

Era el momento de dejar atrás todo lo que nos estaba destrozando la vida y a nuestra hija. Debíamos tomar una decisión urgente antes de que la de Marina nos tomara la delantera.

Acogerse al ERE sonaba muy bien como sueño, como manera de hacer unos

ahorrillos si tienes esperando el otro trabajo de tu vida a la vuelta de la esquina. Pero no era mi caso. Nuestra situación familiar era un poco más apurada. Lo que estaba claro es que lo que me esperaba en lo laboral no me apetecía nada, pero debía romper con la vida conocida hasta ahora para alejarnos de Madrid y salvar a nuestra hija de un futuro poco halagüeño. Así que haciendo un ejercicio de inmadurez y riesgos me presenté en el despacho de Borja un día y le pedí que considerara seriamente mi inclusión en las listas de los posibles afectados por el despido colectivo.

La primera y única reacción de Borja fue el llanto. Sí. Lloró. No me dijo nada, sólo me mostró sus lágrimas. Y me incluyó en la lista.

He pensado muchas veces en cuál fue el revulsivo que me hacía falta. Esa patadita en el culo que te hace avanzar cuando el miedo te ha paralizado. Los coach le llaman salir de la zona de confort. Yo lo llamo olvidar que estás cagada de miedo e intentar ser feliz olvidando que tienes hipoteca.

Fue increíble la manera en que todo se fue colocando en su sitio poco a poco. Mi relación con Manu mejoró porque ambos contábamos el uno con el otro. Volvimos a ser aquel equipo que éramos al principio de nuestro matrimonio. Inquebrantable. Una piña de dos piñones. Cuando colocas la primera piedra el movimiento lógico es seguir con la segunda. Encontrar mi centro, mi antigua persona que andaba perdida por el limbo de los justos. Me he aficionado a la meditación. Me sale mucho más barata que la medicación. Me enchufé los casos y busco en YouTube los audios de Brian Weiss. Me dejan infinitamente más relajada que el Lexatin o el Lorazepam y encima puedo conducir tras una sesión.

A pesar del terror que teníamos Manu y yo por el futuro que estaba por venir teniendo en cuenta que ya no soy una niña y que la indemnización del ERE no iba a durar más allá de doce meses, por el momento me mantengo a flote. Me he hecho un hueco en el difícil y competitivo mundo de los free lance. Soy la eterna colaboradora de muchos proyectos. En uno de ellos me muevo como pez en el agua. Es mi favorito porque combino mis años de experiencia escribiendo como periodista con mi sentido del humor: colaboro con una empresa que hace monólogos para artistas en ciernes. No salen aún en El Club de la Comedia, pero apuntan maneras. Y no es porque sean míos, pero algunos son tronchantes.

También estamos trabajando duro en el otro sueño de juventud: vivir junto

al mar. Le hemos echado el ojo a una casita con ventanas azul cielo encima de una pequeña loma con vistas al océano en la provincia de Cádiz. Está justo encima de una playa salvaje, paraíso de surfers con melenas quemadas por el sol y la sal. Es una casa con nombre. Siempre soñé con ponerle nombre a una casa. Pero ésta ya está bautizada. Curioso. Se llama Buenos Aires.

Es como un guiño del destino hacia Leo; mi penúltima patada en el trasero. La última me la dio mi querida hija con un malogrado piercing que le ha dejado el ombligo digno de Picasso.

Y allí nos vamos a pesar de las amenazas de suicidio de mi hija. Mi última concesión con Manu ha sido cambiar el coche familiar por una furgoneta. A falta de la mítica Volkswagen que nos haría rejuvenecer veinte años, nos hemos hecho con una Nissan de reparto muy apañada. En breve la vamos a llenar hasta los topes porque vamos a hacer la mudanza definitiva. A pesar del tremendo disgusto de nuestros cachorros. Conscientes, por el momento sólo Manu y yo, de que no es el final de su vida, sino el comienzo de una mucho mejor. O eso necesitamos creer.

Yo seguiré haciendo los trabajos que caigan y en la casa de ventanas azules daremos cobijo a esos jinetes de las olas que matan por una ducha y un tentempié después de salir del agua.

Manu está lanzado al mundo de la chapuza domiciliaria. Nunca en los veinte años que llevamos juntos le había visto colgar un cuadro y ahora se gana un buen dinerillo como hombre para todo. Lo mismo te arregla una cisterna que te alicata el baño.

No necesitamos más. Al menos no por ahora.

Nos podemos poner en momento frase de carpeta y decir que lo mejor está por llegar. Pero aún no he llegado a futuróloga, así que no voy a arriesgar en vaticinios. Sólo sé que ahora me siento muy bien. Que este cercano viaje al sur me está sirviendo de limpieza espiritual y que el vértigo del estómago me despierta la mente. Ya lo tengo comprobado. Ahora pienso que el futuro es el desayuno de mañana y quiero que mis hijos se apunten en cuerpo y alma a este viaje. Necesito que limpien su vocabulario de necesitos y quieros. Vamos a aprender a vivir de nuevo.

No puedo evitar que de cuando en cuando me asalte la cordura y piense que definitivamente he enloquecido, que he empujado a mi familia a una vida lejos de la seguridad de un sueldo fijo al mes. En esos momentos saco la cabeza por

la ventana y espero a que el viento aleje los pensamientos negativos. Cuando el miedo pretende volver a tumbarse sobre mi pecho recuerdo que tengo capacidad e ilusión para hacer muchas cosas. Me acuerdo de las horas frente al ordenador, de los caprichos de Borja, de los malos humos de Lola, de la presión de no tener el cuerpo y los años de Jessi. Y recuerdo que todo eso me dejó un puñado de recuerdos y un pequeño colchón económico.

No estuvo mal del todo el finiquito. Me dieron 45 días por año.